

Humanidades

E. M. Cioran

# Adiós a la filosofía y otros textos

Prólogo, traducción y selección  
de Fernando Savater



El libro de bolsillo  
Filosofía  
Alianza Editorial

TÍTULO ORIGINAL: Extractos de *Précis de décomposition*,  
*La tentation d'exister* y *Le mauvais démiurge*  
TRADUCTOR: Fernando Savater

Primera edición en «El libro de bolsillo»: 1980  
Cuarta reimpresión en «El libro de bolsillo»: 1995  
Primera edición en «Área de conocimiento: Humanidades»: 1998

Diseño de cubierta: Alianza Editorial

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© *Précis de décomposition*: Editions Gallimard, París, 1949  
© *La tentation d'exister*: Editions Gallimard, París, 1956  
© *Le mauvais démiurge*: Editions Gallimard, París, 1969  
© Ed. cast.: Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1980, 1982, 1988, 1994, 1995, 1998  
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15;  
28027 Madrid; teléfono 393 88 88  
ISBN: 84-206-3507-3  
Depósito legal: S. 257-1998  
Impreso en Gráficas VARONA  
Polígono "El Montalvo", parcela 49  
37008 Salamanca  
Printed in Spain

## E. M. Cioran: El alma alerta

*En un instante pasaremos por el umbral del mundo a una región... llamadla como queráis: negación del lenguaje, desierto, muerte, o quizá más simple: el silencio del amor.*

Vladimir Nabokov

«Despierte el alma dormida...» Pero no es tarea fácil hacerla despertar. Acurrucada entre acolchados cobertores de dogmas, de consignas, de explicaciones, drogada de noticias y de ese otro beleño, la esperanza, amodorrada de ciencia, convicta y confesa, pobrecita mía... ¡con qué escalofrío saca la punta del pie de su embozo para calibrar la temperatura glacial que reina allí donde la coherencia acaba y los razonamientos más razonables comienzan a enarbolar una sonrisilla demente! Vuelve a tu sopor, pobre alma mía: tiritita y sueña, bien arropada, hasta que lo irremediable venga a buscarte. Sueña que tienes un inconquistable alcázar de certezas, un plano digno de confianza de las selvas y pantanos que te rodean, guardianes fieles que rechazarán los asaltos de la duda, capitanes de ojos fieros y proyectos claros, abades capaces de encontrar la huella estoica de la Ley hasta en tu entraña más brumosa, alegres compañeros de banquete y una dama de impúdico pudor que alegrará la soledad de tu cama...; no eres ilusa, nadie debería serlo ya, sino ilustrada; conoces los decretos de la necesidad y los acatas con aparente fastidio y secreta complacencia; estás segura de tus límites y, lejos de los arrebatos adolescentes, has aprendido a estimar las sosegadas aventuras del orden, el medro moderado,

la progresión tranquila hacia una armonía social más auténtica... Con pólizas de resignación y cordura te veo estampillada, alma mía. Y bien pudiera ser que tuvieras nebulosa y blanda suerte hasta el final: quizá mueras antes de despertar. Ojalá no te acometa la vigilia, mi apocado fantasma. Que el destino te guarde del vendaval de la lucidez, del vértigo de la ausencia de locura, del desfondamiento, de las imponentes olas del mar de acíbar... Aunque sólo te llegases a despertar un instante, jamás olvidarías la visión de fuego que iba a zarandear fulminantemente tu discreto reposo; la *recaída* siempre estaría ya cerca de ti y tu voz nunca recobraría el tono de firmeza con que sueles decir: «Yo creo...»

Pero hay también almas, raras y terribles, que tienen *propensión* a la lucidez. Algún hada irónica o adversa dejó ese don negro en su cuna, y ellas despiertan al menor choque de la vida, al más pequeño indicio de fisura en la solidez estatuída... Se convertirán así en centinelas insomnes de fracasos que todo pretende hacer olvidar, en sarcásticos pregoneiros de bancarrotas *fundamentales*. Tal es el caso de E. M. Cioran, visionario a fuerza de desengaño al que la pasión de ver despejadamente ha quemado los ojos: un alma alerta, fascinada por la desfascinación. La voz con que susurra, insinúa y aúlla la inacabable modulación de su mensaje está enriquecida por todos los registros que presta la maestría literaria, del sollozo a la risotada. Cioran es un exilado obsesionado por el Exilio, un escéptico poseído por el Escepticismo, un frenético del Desapego; mezcla en su sangre perturbada la nostalgia pagana por los Dioses Muertos y la repulsión gnóstica por el Aciago Demiurgo que ha caído en la tentación de *crear*; la ilusión de poder pasarse de todas las ilusiones le atormenta, el vicio de negarse a toda complicidad con el revestimiento afirmativo del mundo, con la acumulación de fanatismos minúsculos merced a la cual podemos arrastrarnos de un día a otro... Pero también advierte

que no deja de ser un obseso, un frenético, un alucinado de un género particular: quizá la droga a la que se entrega es incluso más embriagadora que ninguna otra. Cioran tampoco se hace ilusiones sobre su propia desilusión, cuya función psíquica no puede ser distinta de la de cualquier otro vértigo improbable. Buen lector de Pascal, no olvida que «la locura es algo tan inexcusable a la condición humana, que incluso no estar loco es una forma de estarlo también». De aquí la ferocidad tétrica y jubilosa de su humorismo, como también su resignación, difícilmente conseguida y conservada, que desemboca en una especie de serenidad *trepidante*.

Una foto reciente muestra a Cioran, Mircea Eliade y Eugène Ionesco en un bulevar parisino. Sólo falta Paul Celan (que, por cierto, tradujo algún libro de Cioran al alemán) para completar la nómina de creadores rumanos que han ejercido, desde París y desde la lengua francesa, la más profunda influencia en lo mejor de la cultura occidental contemporánea. De todos ellos, quizá haya sido Cioran el que ha alcanzado más tarde el reconocimiento de la radical conmoción que su obra aporta a nuestro equipaje intelectual; me refiero, naturalmente, al reconocimiento más extenso y público, pues el individual se lo habían otorgado ya personalidades tan indiscutibles como Saint-John Perse, Gabriel Marcel, Henri Michaux, Samuel Beckett, Roger Caillois, Octavio Paz, Susan Sontag, etc... Desde hace exactamente treinta años –su primer libro, *Précis de décomposition*, es de 1949 y el último acaba de aparecer hace pocos días, bajo el título de *Ecartèlement*– Cioran administra su periódica dosis de veneno o, mejor, de emético, a una cultura atiborrada por espejismos fabricados en serie. No es una obra copiosa: en treinta años, ocho libros, o nueve, si queremos contar la *plquette* «*Valéry facé á ses idoles*», que le editó los *Cahiers de l'Herne*. Pero imagínense la proeza: en seis lustros, un escritor de París (¡y de *chez Gallimard!*) no ha inventado ninguna

nueva doctrina, no ha patrocinado ningún movimiento intelectual revulsivo, no ha acuñado ninguna terminología o jerga característica, no ha traído ninguna buena nueva a competir con las ya existentes, no ha salido ni entrado media docena de veces en significativos partidos o iglesias, aureolado de sonadas polémicas, no ha tomado postura sobre los acontecimientos del día, no ha firmado manifiestos ni cartas de enérgica repulsa, no ha estado de moda, no ha pasado de moda, no ha sido condecorado ni ha desayunado con Giscard, no ha dado conferencias ni ha sido invitado por ninguna universidad extranjera a explicar sus puntos de vista... y, sin embargo, no ha dejado de *pensar*, en el sentido más enérgico del término, y de escribir lo que pensaba, y ha ayudado –por vía negativa– a pensar a muchos, y es sin duda uno de los maestros actuales de la prosa francesa; y, poco a poco, subversivamente (un tipo de subversión que subvierte hasta a los subversivos del día), el ácido suntuoso de su estilo se va abriendo camino por entre los estupefacientes al uso. Es como para palidecer de la más *sincera* envidia, pues se envidia aquí lo que *es* y no lo que *representa*; y es también como para morir de risa, como para romper los escaparates multicolores a carcajadas más diogénicas que homéricas...

La mayoría de las antologías de un autor suelen iniciarse con una palinodia en la que se deploran las mutilaciones que la selección ha impuesto en la obra profusa del antologizado y se asegura modestamente que quien desee conocerle *de verdad* debe acudir a la lectura de la obra completa. Por mi parte, evidentemente, recomiendo al lector la lectura de todos los libros de Cioran e incluso me permito profetizar que, si se contagia a fondo de su pensamiento, sufrirá un cruel síndrome de abstinencia cuando le falten sus páginas; pero en lo tocante a conocer su pensamiento, no me cabe duda de que en esta antología está *todo* él, completo y verdadero, no una simple muestra. Tal es la diferencia entre los «empresarios de ideas» (véase el texto de ese título al final de esta selección, dedicado obviamente a Sartre hace varias décadas y reimpresso de nuevo en el número de *Obliques* dedicado al autor de *La náusea*) y este «entrepreneur de démolitions», por calificarle con el autobautismo de León Bloy. La lucidez no tiene la obligación imperiosa de la variedad compulsiva: no *salta* de lo uno a lo otro, sino que *ahonda* en lo que los demás pretenden olvidar. Los textos aquí escogidos dan cuenta de todas las obsesiones de Cioran: el destino de los pueblos, la decadencia, el fanatismo, el final del politeísmo pagano, la mística, la compleja maldición de la literatura, el suicidio, la imposibilidad necesaria de la filosofía, los terrores majestuosos de la teología, las amenazas triviales de la carne... En su último libro, dice Cioran: «Según Hesiodo, los dioses han ocultado a los hombres las fuentes de la vida. ¿Hicieron bien o mal? Lo cierto es que los mortales no habrían tenido el coraje de continuar tras semejante revelación.» Hacia esas fuentes ocultas de la vida bucea el pensamiento de Cioran, abriéndose paso entre ficciones dormitivas. Y, sin embargo, el clamor de su alma alerta no *desanima* más que a quienes no merecen ánimo, a los desalmados; pues la verdadera fuerza se regenera y temple en la llama trágica.

FERNANDO SAVATER  
Madrid, 30 de octubre de 1979

Los textos de esta antología provienen de *Breviario de podredumbre* (ref. BP), *La tentación de existir* (ref. TE) y *El aciago demiurgo* (ref. AD).

### *Genealogía del fanatismo*



En sí misma, toda idea es neutra o debería serlo, pero el hombre la anima, proyecta en ella sus llamas y sus demencias; impura, transformada en creencia, se inserta en el tiempo, adopta figura de suceso: el paso de la lógica a la epilepsia se ha consumado... Así nacen las ideologías, las doctrinas y las farsas sangrientas.)

Idólatras por instinto, convertimos en incondicionados los objetos de nuestros sueños y de nuestros intereses. La historia no es más que un desfile de falsos Absolutos, una sucesión de templos elevados a pretextos, un envilecimiento del espíritu ante lo Improbable. Incluso cuando se aleja de la religión, el hombre permanece sujeto a ella; agotándose en forjar simulacros de dioses, los adopta después febrilmente: su necesidad de ficción, de mitología, triunfa sobre la evidencia y el ridículo. Su capacidad de adorar es responsable de todos sus crímenes: el que ama indebidamente a un dios obliga a los otros a amarlo, en espera de exterminarlos si rehúsan. No hay intolerancia, intransigencia ideológica o proselitismo que

no revelen el fondo bestial del entusiasmo. Que pierda el hombre su *facultad de indiferencia*: se convierte en asesino virtual; que transforme su idea en dios: las consecuencias son incalculables. No se mata más que en nombre de un dios o de sus sucedáneos: los excesos suscitados por la diosa Razón, por la idea de nación, de clase o de raza son parientes de los de la Inquisición o la Reforma. Las épocas de fervor sobresalen en hazañas sanguinarias: Santa Teresa no podía por menos de ser contemporánea de los autos de fe y Lutero de la matanza de los campesinos. En las crisis místicas, los gemidos de las víctimas son paralelos a los gemidos del éxtasis... Patíbulos, calabozos y mazmorras no prosperan más que a la sombra de una fe, de esa necesidad de creer que ha infestado el espíritu para siempre. El diablo palidece junto a quien *dispone* de una verdad, de *su* verdad. Somos injustos con los Nerones o los Tiberios: ellos no inventaron el concepto de *herético*: no fueron sino soñadores degenerados que se divertían con las matanzas. Los verdaderos criminales son los que establecen una ortodoxia sobre el plano religioso o político, los que distinguen entre el fiel y el cismático.

En cuanto rehusamos admitir el carácter intercambiable de las ideas, la sangre corre... Bajo las resoluciones firmes se yergue un puñal; los ojos llameantes presagian el crimen. Jamás el espíritu dubitativo, aquejado del hamletismo, fue pernicioso: el principio del mal reside en la tensión de la voluntad, en la ineptitud para el quietismo, en la megalomanía prometeica de una raza que revienta de ideal, que estalla bajo sus convicciones y la cual, por haberse complacido en despreciar la duda y la pereza –vicios más nobles que todas sus virtudes–, se ha internado en una vía de perdición, en la historia, en esa mezcla indecente de banalidad y apocalipsis.. Las certezas abun-

dan en ella: suprimidlas y suprimiréis sobre todo sus consecuencias: reconstituiréis el paraíso. ¿Qué es la Caída sino la búsqueda de una verdad y la certeza de haberla encontrado, la pasión por un dogma, el establecimiento de un dogma? De ello resulta el fanatismo –tara capital que da al hombre el gusto por la eficacia, por la profecía y el terror–, lepra lírica que contamina las almas, las somete, las tritura o las exalta.. No escapan más que los escépticos (o los perezosos y los estetas), porque no *proponen* nada, porque –verdaderos bienhechores de la humanidad– destruyen los prejuicios y analizan el delirio. Me siento más *seguro* junto a un Pirrón que junto a un San Pablo, por la razón de que una sabiduría de humoradas es más dulce que una santidad desenfrenada. En un espíritu ardiente encontramos la bestia de presa disfrazada; no podríamos defendernos demasiado de las garras de un profeta... En cuanto eleve la voz, sea en nombre del cielo, de la ciudad o de otros pretextos, alejaos de él: sátiro de vuestra soledad, no os perdona el vivir *más acá* de sus verdades y sus arrebatos; quiere haceros compartir su histeria, su bien, imponérosela y desfiguraros. Un ser poseído por una creencia y que no buscase comunicársela a otros es un fenómeno extraño a la tierra, donde la obsesión de la salvación vuelve la vida irrespirable. Mirad en torno a vosotros: Por todas partes larvas que predicán; cada institución traduce una misión; los ayuntamientos tienen su absoluto como los templos; la administración, con sus reglamentos: metafísica para uso de monos... Todos se esfuerzan por remediar la vida de todos: aspiran a ello hasta los mendigos, incluso los incurables; las aceras del mundo y los hospitales rebosan de reformadores. El ansia de llegar a ser fuente de *sucesos* actúa sobre cada uno como un desorden mental o una maldición elegida.

«La sociedad es un infierno de salvadores. Lo que buscaba Diógenes con su linterna era un *indiferente*...»

Me basta escuchar a alguien hablar sinceramente de ideal, de porvenir, de filosofía, escucharle decir «nosotros» con una inflexión de seguridad, invocar a los «otros» y sentirse su intérprete, para que le considere mi enemigo. Veo en él un tirano fallido, casi un verdugo, tan odioso como los tiranos y los verdugos de gran clase. Es que toda fe ejerce una forma de terror, tanto más temible cuanto que los «puros» son sus agentes. Se sospecha de los ladinos, de los bribones, de los tramposos; sin embargo, no sabríamos imputarles ninguna de las grandes convulsiones de la historia; no creyendo en nada, no hurtan vuestros corazones, ni vuestros pensamientos más íntimos; os abandonan a vuestra molicie, a vuestra desesperación o a vuestra inutilidad; la humanidad les debe los pocos momentos de prosperidad que ha conocido; son ellos los que salvan a los pueblos que los fanáticos torturan y los «idealistas» arruinan. Sin doctrinas, no tienen más que caprichos e intereses, vicios acomodaticios, mil veces más soportables que el despotismo de los principios; porque todos los males de la vida vienen de una «concepción de la vida». Un hombre político cumplido debería profundizar en los sofistas antiguos y tomar lecciones de canto; y de corrupción...

«El fanático es incorruptible: si mata por una idea, puede igualmente hacerse matar por ella; en los dos casos, tirano o mártir, es un monstruo». No hay seres más peligrosos que los que han sufrido por una creencia: los grandes perseguidores se reclutan entre los mártires a los que no se ha cortado la cabeza. Lejos de disminuir el apetito de poder, el sufrimiento lo exaspera; por eso el espíritu se siente más a gusto en la sociedad de un fanfarrón que en

la de un mártir; y nada le repugna tanto como ese espectáculo donde se muere por una idea... Harto de lo sublime y de carnicerías, sueña con un aburrimiento provinciano a *escala universal*, con una Historia cuyo estancamiento sería tal que la duda se dibujaría como un acontecimiento y la esperanza como una calamidad...

[BP]

### Variaciones sobre la muerte

I. Porque no reposa sobre nada, porque carece hasta de la sombra misma de un argumento, es por lo que perseveramos en la vida. La muerte es demasiado exacta; todas las razones se encuentran de su lado. Misteriosa para nuestros instintos, se dibuja, ante nuestra reflexión, límpida, sin prestigios y sin los falsos atractivos de lo desconocido.

«A fuerza de acumular misterios nulos y de monopolizar el sinsentido, la vida inspira más espanto que la muerte: es ella la gran Desconocida.»

¿A dónde puede llevar tanto de vacío e incomprensible? Nos aferramos a los días porque el deseo de morir es demasiado lógico, por tanto ineficaz. Porque si la vida tuviese un solo argumento a su favor —distinto, de una evidencia indiscutible—, se aniquilaría; los instintos y los prejuicios se desvanecen al contacto con el Rigor. Todo lo que respira se alimenta de lo inverificable; un suplemento de lógica sería funesto para la existencia, esfuerzo hacia lo Insensato. «Dad un fin preciso a la vida: pierde instantáneamente su atractivo. La inexactitud de sus fines la vuelve superior a la muerte; un ápice de precisión la reba-

jaría a la trivialidad de las tumbas. Pues una ciencia positiva del sentido de la vida despoblaría la Tierra en un día; y ningún frenético lograría reanimar la improbabilidad fecunda del deseo.

✱✱II. Se puede clasificar a los hombres siguiendo los criterios más caprichosos: según sus humores, sus inclinaciones, sus sueños o sus glándulas. Se cambia de ideas como de corbatas; pues toda idea, todo criterio viene de lo exterior, de las configuraciones y de los accidentes del tiempo. Pero hay algo que viene de nosotros mismos, que es nosotros mismos, una realidad invisible, pero interiormente verificable, una presencia insólita y de siempre, que puede concebirse en todo instante y que no nos atrevemos jamás a admitir, y que no tiene actualidad más que antes de su consumación: es la muerte, el verdadero criterio... Y es ella, la más íntima dimensión de todos los vivientes. La que separa la humanidad en dos órdenes tan irreductibles, tan alejados el uno del otro, que hay más distancia entre ellos que entre un buitre y un topo, que entre una estrella y un escupitajo. El abismo de dos mundos comunicables se abre entre el hombre que tiene el sentimiento de la muerte y el que no lo tiene; sin embargo, los dos mueren; pero uno ignora su muerte, el otro la sabe; el uno no muere más que un instante, el otro no cesa de morir. Su condición común les coloca precisamente en las antípodas el uno del otro; en los dos extremos y en el interior de una misma definición; inconciliables, sufren el mismo destino... El uno vive como si fuera eterno; el otro piensa continuamente su eternidad y la niega en cada pensamiento.

Nada puede cambiar nuestra vida salvo la insinuación progresiva en nosotros de las fuerzas que la anulan. Nin-

gún principio nuevo le adviene ni de las sorpresas de nuestro crecimiento ni del florecimiento de nuestros dones; le son naturales. Y nada natural sabría hacer de nosotros otra cosa que nosotros mismos.

⟨ Todo lo que prefigura la muerte añade una cualidad de novedad a la vida, la modifica y la amplía. La salud la conserva tal cual, en una estéril identidad; mientras que la enfermedad es una actividad, la más intensa que el hombre pueda desplegar, un movimiento frenético y... estacionario, el más rico derroche de energía *sin gestos*, la espera hostil y apasionada de una fulguración irreparable. ⟩

✱✱✱✱  
 III. Contra la obsesión de la muerte, los subterfugios de la esperanza se declaran tan ineficaces como los argumentos de la razón: su insignificancia no hace sino exacerbar el apetito de morir. Para triunfar sobre este apetito no hay más que un solo «método»: vivirlo hasta el fin, sufriendo todas sus delicias y sus espantos, no hacer nada por eludirlos. Una obsesión vivida hasta la saciedad se anula en sus propios excesos. De tanto hacer hincapié sobre el infinito de la muerte, el pensamiento llega a *gastarlo*, a asquearnos de él, negatividad demasiado llena que no ahorra nada y que, más bien que comprometer y disminuir los prestigios de la muerte, nos desvela la inanidad de la vida.

Quien no se ha entregado a las voluptuosidades de la angustia, quien no ha saboreado en el pensamiento los peligros de la propia extinción ni gustado aniquilamientos crueles y dulces, no se curará jamás de la obsesión de la muerte: será atormentado por ella, por haberla resistido; mientras que quien, experto en una disciplina de horror, y meditando en su podredumbre, se ha reducido deliberadamente a cenizas, ése mirará hacia el *pasado* de la



muerte y el mismo no será sino *un resucitado que ya no puede vivir*. Su «método» le habrá curado de la vida y de la muerte.

Toda experiencia capital es nefasta: las capas de la existencia carecen de espesor; quien las holla, arqueólogo del corazón y del ser, se encuentra, al final de sus investigaciones, ante profundidades vacías. Echará de menos vanamente el ornato de las apariencias.

Así es como los Misterios antiguos, pretendidas revelaciones de los secretos últimos, han pasado sin legarnos nada en materia de conocimiento. Los iniciados sin duda estaban obligados a no transmitir nada; es, sin embargo, inconcebible que en tan gran número no se haya encontrado un solo charlatán; ¿qué hay de más contrario a la naturaleza humana que tal obstinación en el secreto? Lo que ocurre es que no había *secretos*; había ritos y estremecimientos. Una vez apartados los velos, ¿qué podían descubrir sino abismos sin importancia? *No hay iniciación más que a la nada y al ridículo de estar vivo.*

... Y yo sueño con una Eleusis de corazones desengañados, con un Misterio neto, sin dioses y sin la vehemencia de la ilusión. >

[BP]

### *La soberbia inutilidad*

\* Fuera de los escépticos griegos y de los emperadores romanos de la decadencia, todos los espíritus parecen sometidos a una vocación municipal. Sólo aquéllos se han emancipado, los unos por la duda, los otros por la demencia, de la obsesión insípida de ser útiles. Habiendo

promovido lo arbitrario al rango de ejercicio o de vértigo, según que fueran filósofos o retoños estragados de los antiguos conquistadores, no estaban apegados a nada: en este aspecto, evocan a los santos. Pero mientras que éstos no debían derrumbarse jamás, ellos se encontraban a merced de su propio juego, amos y víctimas de sus caprichos, verdaderos solitarios, porque su soledad era estéril. Nadie la ha tomado como ejemplo y ellos mismos no la proponían como tal; de este modo no se comunicaban con sus «semejantes» más que por la ironía o el terror...

Ser el agente de la disolución de una filosofía o de un imperio: ¿puede imaginarse orgullo más triste y más majestuoso? Matar por una parte la verdad y por otra la grandeza, manías que hacen vivir el espíritu y la ciudad; socavar la arquitectura de malentendidos sobre la que se apoya el orgullo del pensador y del ciudadano; agilizar hasta el falseamiento los resortes de la alegría de concebir y de querer; desacreditar, por medio de las sutilezas del sarcasmo y el suplicio, las abstracciones tradicionales y las costumbres honorables, ¿qué efervescencia delicada y salvaje! Ningún encanto hay allí donde los dioses no mueren bajo nuestros ojos. En Roma, donde se los importaba y reemplazaba, donde se les veía ajarse, qué placer invocar fantasmas, con el único miedo sin embargo de que esta versatilidad sublime no capitulase ante el asalto de alguna severa e impura deidad... Que es lo que sucedió.

No es fácil destruir un ídolo: requiere tanto tiempo como el que se precisa para promoverlo y adorarlo. Pues no basta con aniquilar su símbolo material, lo que es sencillo, sino también sus raíces en el alma. ¿Cómo volver la mirada hacia las épocas crepusculares –donde el pasado se liquidaba ante ojos que sólo el vacío podía deslum-

brar— sin enternecerse ante ese gran arte que es la muerte de una civilización?

... Y es así como yo sueño haber sido uno de esos esclavos, venido de un país improbable, triste y bárbaro, para arrastrar en la agonía de Roma una vaga desolación, embellecida con sofismas griegos. En los ojos vacantes de los bustos, en los ídolos disminuidos por supersticiones claudicantes, habría encontrado el olvido de mis ancestros, de mis yugos y de mis remordimientos. Uniéndome a la melancolía de los antiguos símbolos, me habría liberado; habría compartido la dignidad de los dioses abandonados, defendiéndolos contra las cruces insidiosas, contra la invasión de los criados y de los mártires, y mis noches habrían buscado reposo en la demencia y el desenfreno de los Césares. Experto en desengaños, cribando con todas las flechas de una sabiduría disoluta los fervores nuevos, junto a las cortesanas, en los lupanares escépticos o en los circos de crueldades fastuosas, habría cargado mis razonamientos de vicio y de sangre para dilatar la lógica hasta dimensiones con las que jamás soñó, hasta las dimensiones de los mundos que mueren.

[BP]

\*\*\*

### Los ángeles reaccionarios

Es difícil formular un juicio sobre la rebelión del menos filósofo de los ángeles, sin mezclar en él simpatía, asombro y reprobación. La injusticia gobierna el universo. Todo lo que se construye, todo lo que se deshace, lleva la huella de una fragilidad inmunda, como si la materia fuese el fruto de un escándalo en el seno de la nada. Cada ser

se nutre de la agonía de otro ser; los instantes se precipitan como vampiros sobre la anemia del tiempo; el mundo es un receptáculo de sollozos... En este matadero, cruzarse de brazos o sacar la espada son gestos igualmente vanos. Ningún soberbio desencadenamiento sabría sacudir el espacio ni ennoblecer las almas. Triunfos y fracasos se suceden según una ley desconocida que tiene por nombre *destino*, nombre al que recurrimos cuando, filosóficamente desguarnecidos, nuestra estancia aquí abajo, o no importa dónde, nos parece sin solución y como una maldición que debemos sufrir, irracional e inmerecida. Destino: palabra selecta en la terminología de los vencidos... Ávidos de una nomenclatura para lo irremediable, buscamos un alivio en la invención verbal, en las claridades suspendidas encima de nuestros desastres. Las palabras son caritativas: su frágil realidad nos engaña y nos consuela...>

Y así es como el «destino», que no puede querer nada, es quien ha *querido* lo que nos sucede... Prendados de lo Irrracional como único modo de explicación, le vemos cargar la balanza de nuestra suerte, en la cual no pesan sino los elementos negativos, de la misma naturaleza. ¿De dónde sacar el orgullo para provocar a las fuerzas que lo han decretado así y que, es más, son irresponsables de tal decreto? ¿Contra quién llevar la lucha y a dónde dirigir el asalto cuando la injusticia hostiga el aire de nuestros pulmones, el espacio de nuestros pensamientos, el silencio y el estupor de los astros? Nuestra rebelión está tan mal concebida como el mundo que la suscita. ¿Cómo empeñarse en reparar los entuertos cuando, como Don Quijote en su lecho de muerte, hemos perdido —en el extremo de la locura, extenuados— vigor e ilusión para afrontar los caminos, los combates y las derro-

[tas?] Y ¿cómo encontrar de nuevo la frescura del arcángel sedicioso, aquel que, todavía al comienzo del tiempo, ignoraba esta sabiduría pestilente en la que nuestros impulsos se ahogan? ¿Dónde beberíamos suficiente verbo y desparpajo para infamar al rebaño de los otros ángeles, mientras que aquí abajo seguir a su colega es precipitarse más bajo todavía (mientras que la injusticia de los hombres imita la de Dios) y toda rebelión opone el alma al infinito y la rompe contra él? A los ángeles anónimos –acurrucados bajo sus alas sin edad, eternamente vencedores y vencidos en Dios, insensibles a las nefastas curiosidades, soñadores paralelos a los lutos terrestres, ¿quién se atrevería a tirarles la primera piedra y, por desafío, a dividir su sueño? La rebelión, orgullo de la caída, no extrae su nobleza más que de su inutilidad: los sufrimientos la despiertan y luego la abandonan; el frenesí la exalta y la decepción la niega... No podría tener sentido en un universo *no-válido*...

\*\*\*

(En este mundo nada está en su sitio, empezando por el mundo mismo. No hay que asombrarse entonces del espectáculo de la injusticia humana. Es igualmente vano rechazar o aceptar el orden social: nos es forzoso sufrir sus cambios a mejor o a peor con un conformismo desesperado, como sufrimos el nacimiento, el amor, el clima, y la muerte. La descomposición preside las leyes de la vida: más cercanos a nuestro polvo que lo están al suyo los objetos inanimados, sucumbimos ante ellos y corremos hacia nuestro destino bajo la mirada de las estrellas aparentemente indestructibles. Pero incluso ellas estallarán en un universo que sólo nuestro corazón toma en serio para expiar después con desgarramientos su falta de ironía...

⟨Nadie puede corregir la injusticia de Dios y de los hombres: todo acto no es más que un caso especial, aparentemente organizado, del Caos original. Somos arrastrados por un torbellino que se remonta a la aurora de los tiempos; y si ese torbellino ha tomado el aspecto del orden sólo es para arrastrarnos mejor...⟩

[BP]

### *Sobre una civilización exhausta*

\*\*\*

Ni rusos ni americanos estaban lo bastante maduros, ni intelectualmente lo bastante corrompidos para «salvar» a Europa o rehabilitar su decadencia. Los alemanes, contaminados de otro modo, hubieran podido prestarle un simulacro de duración, un tinte de porvenir. Pero, imperialistas en nombre de un sueño obtuso y de una ideología hostil a todos los valores surgidos en el Renacimiento, debían cumplir su misión al revés y echarlo a perder todo para siempre. Llamados a regir el continente, a darle una apariencia de ímpetu, aunque no fuera más que por unas cuantas generaciones (el siglo XX hubiera debido ser alemán, en el sentido en que el XVIII fue francés), lo arreglaron tan torpemente que apresuraron su desastre. No contentos de haberle zarandeado y puesto patas arriba, se lo regalaron, además, a Rusia y América, pues es para éstas para quien supieron tan bien guerrear y hundirse. De este modo, héroes por cuenta de otros, autores de un trágico zafarrancho, han fracasado en su tarea, en su verdadero papel. Después de haber meditado y elaborado los temas del mundo moderno, y producido a Hegel y Marx, hubiera sido su deber ponerse al servicio

de una idea universal, no de una visión de tribu. Y, sin embargo, esta misma visión, por grotesca que fuese, testimoniaba a su favor; ¿acaso no revelaba que sólo ellos, en Occidente, conservaban algunos restos de barbarie, y que eran todavía capaces de un gran designio o de una vigorosa insania? Pero ahora sabemos que no tienen ya el deseo ni la capacidad de precipitarse hacia nuevas aventuras, que su orgullo, al haber perdido su lozanía, se debilita como ellos, y que, ganados a su vez por el encanto del abandono, aportarán su modesta contribución al fracaso general.

Tal cual es, Occidente no subsistirá indefinidamente: se prepara para su fin, no sin conocer un período de sorpresas... Pensemos en lo que ocurrió entre los siglos v y x. Una crisis mucho más grave le espera; otro estilo se dibujará, se formarán pueblos nuevos. Por el momento, afrontemos el caos. La mayoría ya se resigna a él. Invocando la historia con la idea de sucumbir a ella, abdicando *en nombre del futuro*, sueñan, por necesidad de esperar *contra sí mismos*, con verse remozados, pisoteados, «salvados»... Un sentimiento semejante había llevado a la Antigüedad a ese suicidio que era la promesa cristiana.

⟨*El intelectual fatigado* resume las deformidades y los vicios de un mundo a la deriva. No actúa: padece; si se vuelve hacia la idea de tolerancia, no encuentra en ella el excitante que necesita. Es el terror quien se lo proporciona, lo mismo que las doctrinas de las que es desenlace. ¿Que él es la primera víctima? No se quejará. Sólo le sucede la fuerza que le tritura. Querer ser libre es querer ser uno mismo; pero él ya está harto de ser él mismo, de caminar en lo incierto, de errar a través de las verdades. «Ponedme las cadenas de la Ilusión», suspira, mientras

dice adiós a las peregrinaciones del Conocimiento. Así se lanzará de cabeza en cualquier mitología que le asegure la protección y la paz del yugo. Declinando el honor de asumir sus propias ansiedades, se comprometerá en empresas de las que obtendrá sensaciones que no sabría conseguir de sí mismo, de suerte que los excesos de su cansancio reforzarán las tiranías. Iglesias, ideologías, policías, buscad su origen en el horror que alimenta por su propia lucidez mejor que en la estupidez de las masas. Este aborto se transforma, en nombre de una utopía de pacotilla, en enterrador del intelecto, y, persuadido de hacer un trabajo útil, prostituye el «estupidizaos»<sup>1</sup>, divisa trágica de un solitario.⟩

Iconoclasta despechado, de vuelta de la paradoja y de la provocación, en busca de la impersonalidad y de la rutina, semiprosternado, maduro para el tópico, abdica de su singularidad y se une de nuevo a la turba. Ya no tiene nada que derribar, más que a sí mismo: último ídolo para combatir... Sus propios restos le atraen. Mientras los contempla, modela la figura de nuevos dioses o yergue de nuevo los antiguos, bautizándolos con un nuevo nombre. A falta de poder mantener todavía la dignidad de ser difícil, cada vez menos inclinado a sopesar las verdades, se contenta con las que se le ofrecen. Subproducto de su yo, va, demolidor reblandecido, a reptar ante los altares o lo que ocupe su lugar. En el templo o en el mitin, su sitio está donde se canta, donde se tapa la voz, ya no se oye. ¿Parodia de creencia? Poco le importa, ya que él tampoco aspira a nada más que a desistir de sí mismo. ¿Su filosofía desemboca en un estribillo, su orgullo se hunde en un *Hosanna!*

1. «*Abêtissez-vous*», frase de Blas Pascal. (N. del T.)

Seamos justos: en el punto en que están las cosas, ¿qué otra cosa podría hacer? El encanto y la originalidad de Europa residen en la acuidad de su espíritu crítico, en su escepticismo militante, agresivo; este escepticismo ha concluido su época. De este modo el intelectual, frustrado de sus dudas, se busca las compensaciones del dogma. Llegado a los confines del análisis, aterrado de la nada que allí descubre, vuelve sobre sus pasos e intenta agarrarse a la primera certidumbre que pasa; pero le falta ingenuidad para adherirse a ella plenamente; a partir de entonces, fanático *sin convicciones*, ya no es más que un ideólogo, un pensador híbrido, como se encuentran en todos los períodos de transición. Participando de dos estilos diferentes es, por la forma de su inteligencia, tributario de lo que desaparece, y, por las ideas que defiende, de lo que se perfila. A fin de comprenderle mejor, imaginémonos un San Agustín convertido a medias, flotando y zigzagueando, y que no hubiera tomado del cristianismo más que el odio al mundo antiguo. ¿Acaso no estamos en una época simétrica de la que vio nacer *La Ciudad de Dios*? Difícilmente puede concebirse libro más actual. Hoy como entonces, los espíritus necesitan una verdad sencilla, una respuesta que los libre de sus interrogantes, un evangelio, una tumba. >

Los momentos de refinamiento recelan un principio de muerte: nada más frágil que la sutileza. El abuso de ella lleva a los catecismos, conclusión de los juegos dialécticos, debilitamiento de un intelecto al que el instinto ya no asiste. La filosofía antigua, enmarañada en sus escrúpulos, había, pese a ella misma, abierto el camino a los simplismos barriobajeros; las sectas religiosas proliferaban; a las escuelas sucedieron los cultos. Una derrota análoga nos amenaza: ya hacen estragos las ideologías,

mitologías degradadas que van a reducirnos, a anularnos. El fasto de nuestras contradicciones no nos será posible mantenerlo ya largo tiempo. Son numerosos los que se disponen a venerar cualquier ídolo y a servir a cualquier verdad, siempre que una y otra les sean infligidas y que no deban aportar el esfuerzo de elegir su vergüenza o su desastre.

Sea cual sea el mundo futuro, los occidentales desempeñarán en él el papel de los *graeculi* en el Imperio Romano. Buscados y despreciados por el nuevo conquistador, no tendrán, para imponerse a él, más que los malabarismos de su inteligencia y el maquillaje de su pasado. Ya se distinguen en el *arte de sobrevivir*. Síntomas de acabamiento por doquiera: Alemania ha dado su medida en la música: ¿cómo creer que descollará en ella todavía? Ha gastado los recursos de su profundidad, como Francia los de su elegancia. Una y otra —y, con ellas, toda esa parte del mundo— están en quiebra, la más prestigiosa desde la Antigüedad. Vendrá después la liquidación: perspectiva no desdeñable, respiro cuya duración no se deja evaluar fácilmente, período de facilidad en el que cada uno, ante la liberación finalmente llegada, estará feliz de tener tras de sí las torturas de la esperanza y de la espera.

En medio de sus perplejidades y sus apatías, Europa guarda, sin embargo, una convicción, sólo una, de la que por nada del mundo consentiría separarse: la de tener un porvenir de víctima, de sacrificada. Firme e intratable por una vez, se cree perdida, quiere estarlo y lo está. Por otra parte, ¿acaso no le han enseñado desde hace mucho que nuevas razas vendrían a reducirla y humillarla? En el

momento en que parecía en pleno auge, en el siglo XVIII, el abate Galiani constataba ya que estaba en su declive y se lo anunciaba. Rousseau, por su parte, vaticinaba: «Los tártaros se convertirán en nuestros amos: esta revolución me parece infalible.» Decía la verdad. Por lo que respecta al siglo siguiente, es conocida la célebre frase de Napoleón sobre los cosacos y las angustias proféticas de Tocqueville, de Michelet o de Renán. Estos presentimientos han tomado cuerpo, estas intuiciones pertenecen ahora a las pertenencias de lo vulgar. No se abdica de un día para otro: es precisa una atmósfera de retroceso cuidadosamente fomentada, una leyenda de derrota. Esta atmósfera está creada, como la leyenda. Y lo mismo que los precolombinos, preparados y resignados a sufrir la invasión de los conquistadores lejanos, debían resquebrajarse cuando éstos llegaron, igualmente los occidentales, demasiado instruidos, demasiado penetrados de su servidumbre futura, no emprenderán, sin duda, nada para conjurarla. No tendrían, por otra parte, ni los medios ni el deseo ni la audacia. Los cruzados, convertidos en jardineros, se han desvanecido de esa posteridad casera en la que ya no queda ninguna huella de nomadismo. Pero la historia es nostálgica del espacio y horror del hogar, sueño vagabundo y necesidad de morir lejos... pero la historia es precisamente lo que ya no vemos en torno nuestro.

Existe una saciedad que instiga al descubrimiento, a la invención de mitos, mentiras instigadoras de acciones: es ardor insatisfecho, entusiasmo mórbido que se transforma en sano en cuanto se fija en un objetivo. Existe otra que, disociando al espíritu de sus poderes y a la vida de sus resortes, empobrece y reseca. Hipóstasis caricaturesca del hastío, deshace los mitos o falsea su empleo. Una

enfermedad en resumen. Quien quiera conocer sus síntomas y su gravedad se equivocaría en ir a buscarlos lejos: que se observe a sí mismo, que descubra hasta qué punto de Oeste le ha marcado...

\* \* \* \*

Si la fuerza es contagiosa, la debilidad no lo es menos: tiene sus atractivos, no es fácil resistírsele. Cuando los débiles son legión, os encantan, os aplastan: ¿cómo luchar contra un continente de abúlicos? Dado que el mal de la voluntad es además agradable, uno se entrega a él gustoso. Nada más dulce que arrastrarse al margen de los acontecimientos; y nada más *razonable*. Pero sin una fuerte dosis de demencia, no hay iniciativa alguna, ni empresa, ni gesto. La razón: herrumbre de nuestra vitalidad. Es el loco que hay en nosotros el que nos obliga a la aventura; si nos abandona, estamos perdidos: todo depende de él. Incluso nuestra vida vegetativa; es él quien nos invita a respirar, quien nos fuerza a ello, y es también él quien empuja a la sangre a pasearse por nuestras venas. ¡Si se retira, nos quedamos solos! No se puede ser *normal* y *vivo* a la vez. Si me mantengo en posición vertical y me dispongo a ocupar el instante venidero, si, en suma, concibo un futuro, es a causa de un afortunado desarreglo de mi espíritu. Subsisto y actúo en la medida en que desvarío, en que llevo a bien mis divagaciones. En cuanto me vuelvo sensato, todo me intimida: me deslizo hacia la ausencia, hacia manantiales que no se dignan afluir, hacia esa postración que la vida debió conocer antes de concebir el movimiento; accedo a *fuerza de cobardía* al fondo de las cosas, completamente arrinconado hacia un abismo en el que nada puedo hacer, ya que me aísla del futuro. Un individuo, tal

como un pueblo o un continente, se extingue cuando le repugnan los designios y los actos irreflexivos, cuando, en lugar de arriesgarse y precipitarse hacia el ser, se refugia en él, retrocede a él: ¡metafísica de la regresión del más acá, retroceso hacia lo primordial! En su terrible ponderación, Europa se rechaza a sí misma, el recuerdo de sus impertinencias y sus bravatas, y hasta *esa pasión de lo inevitable*, último honor de la derrota. Refractaria a toda forma de exceso, a toda forma de vida, deliberará siempre, incluso después de haber dejado de existir: ¿acaso no hace ya el efecto de un conciliábulo de espectros?

«Recuerdo a un pobre diablo que, todavía acostado a una hora avanzada de la mañana, se dirigía a sí mismo, en un tono imperativo: «¡Quiere! ¡Quiere!». La comedia se repetía todos los días: se imponía una tarea que no podía cumplir. Por lo menos, actuando contra el fantasma que era, despreciaba las delicias de su letargia. No podría decirse otro tanto de Europa: habiendo descubierto, en el límite de sus esfuerzos, el reino del no-querer, se llena de júbilo, porque ahora sabe que su pérdida encubre un principio de voluptuosidad y se propone aprovecharse de él. El abandono la embriaga y la colma ¿Que el tiempo continúa fluyendo? Ella no se alarma; que se ocupen los otros, es asunto suyo: no adivinan qué alivio puede hallarse en arrellanarse en un presente que no conduce a ninguna parte...»

Vivir aquí es la muerte; en otra parte, el suicidio. ¿A dónde ir? La única parte del planeta en que la existencia parecía tener alguna justificación ha sido alcanzada por la gangrena. Estos pueblos archicivilizados son nuestros proveedores de desesperación. Para desesperarse basta, en efecto, mirarles, observar los procesos de su espíritu y

la indigencia de sus apetencias menguadas y casi apagadas. Después de haber pecado durante tan largo tiempo contra su origen y desdeñado al salvaje y la horda –su punto de partida–, forzoso le es constatar que ya no hay en ellos una sola gota de sangre huna.»

«El historiador antiguo que decía de Roma que no podía soportar ni sus vicios ni los remedios para éstos, más que definir su época, anticipaba la nuestra. Grande era, sin duda, la fatiga del Imperio, pero, desordenada e inventiva, sabía todavía, como contrapartida, cultivar el cinismo, el fasto y la ferocidad, mientras que la que ahora contemplamos no posee, en su rigurosa mediocridad, ninguno de los prestigios que ilusionan. Demasiado flagrante, demasiado cierta, evoca un mal cuyo ineluctable automatismo tranquilizase paradójicamente al paciente y al médico: agonía en la forma correcta y debida, exacta como un contrato; agonía estipulada, sin caprichos ni desgarramientos; a la medida de pueblos que, no contentos con haber rechazado los perjuicios que estimulan la vida, rechazan además el que la justifica y la funda: el perjuicio del porvenir.»

«Entrada colectiva en la vacuidad! Pero no nos engañemos: esta vacuidad, completamente diferente de la que el budismo califica de «sede de la verdad», no es ni realizamiento ni liberación, ni positividad expresada en términos negativos, ni tampoco esfuerzo de meditación, voluntad de despojamiento y de desnudez, conquista de salvación, sino deslizamiento sin nobleza y sin pasión. Originada por una metafísica anémica, no sabría ser la recompensa de una investigación o el coronamiento de una inquietud. El Oriente avanza hacia la suya, florece en ella y triunfa, mientras que nosotros nos enfangamos en la nuestra y perdemos, en ella, nuestros últimos re-

cursos. Decididamente, todo se degrada y se corrompe en nuestras conciencias: incluso el vacío es en ellas impuro.

\* Tantas conquistas, adquisiciones, ideas, ¿dónde se perpetuarán? ¿En Rusia? ¿En América del Norte? Una y otra han sacado ya las consecuencias de lo peor de Europa... ¿América Latina? ¿África del Sur? ¿Australia? Parece que es por este lado por donde debe esperarse el relevo. Relevo caricaturesco.

El futuro pertenece a las barriadas periféricas del globo.

\* Si, en el orden del espíritu, queremos ponderar los éxitos desde el Renacimiento hasta nosotros, los de la filosofía no nos entretendrán, pues la filosofía occidental en nada prevalece sobre la griega, la hindú o la china. Todo lo más vale tanto como ellas en algunos puntos. Como no representa más que una variedad del esfuerzo filosófico en general, podría uno, en rigor, pasarse sin ella y oponerle las meditaciones de un Sankara, de un Lao-Tsé, de un Platón. No sucede lo mismo con la música, esa gran excusa del mundo moderno, fenómeno sin paralelo en ninguna otra tradición: ¿dónde encontrar en otra parte el equivalente de un Monteverdi, de un Bach, de un Mozart? Gracias a ella, Occidente revela su fisonomía y alcanza su profundidad. Si bien no ha creado ni una sabiduría ni una metafísica que le fueran absolutamente propias, ni siquiera una poesía de la que pueda decirse que es incomparable, ha proyectado, como contrapartida, en sus producciones musicales, toda su fuerza de originalidad, su

sutileza, su misterio y su capacidad de lo inefable. Ha podido amar la razón hasta la perversidad; su verdadero genio fue, sin embargo, un genio afectivo. ¿El mal que más le honra? La hipertrofia del alma.

Sin la música no hubiera producido más que un estilo vulgar de civilización, previsto... Cuando presente su balance, sólo ella testimoniará que no se ha derrochado en vano, que había verdaderamente algo que perder.

\* \* \* \* \*  
 A veces, le sucede al hombre el escaparse de las persecuciones del deseo, de la tiranía del instinto de conservación. Halagado por la perspectiva de decaer, zapa su voluntad, se ejerce en la apatía, se yergue contra sí mismo y llama en su auxilio a su genio malo. Atareado, presa de mil actividades que lo dañan, descubre un dinamismo cuyo atractivo no había sospechado, el dinamismo de la descomposición. Se siente muy orgulloso: por fin va a poder renovarse a sus expensas.

En lo más íntimo de los individuos, como de las colectividades, habita una energía destructora que les permite desplomarse con cierto brío: ¡exaltación ácida, euforia del aniquilamiento! Entregándose a él, esperan, sin duda curarse de esa enfermedad que es la conciencia. De hecho, todo estado consciente nos desazona, nos extenua, conspira en nuestro desgaste. Cuanto más dominio adquiere sobre nosotros, más nos gustaría reintegrarnos a la noche que precedía nuestras vigiliadas, hundirnos en la modorra que precedía a las maquinaciones, al atentado del Yo. Aspiración de espíritus exhaustos y que explica por qué, en ciertas épocas, el individuo, exasperado de tropezar siempre consigo mismo, de remachar su diferencia, se vuelve hacia esos tiempos en los que, unido con



el mundo, no había abandonado todavía a los restantes seres ni degenerado en hombre. Avidez y horror de la conciencia, la historia traduce juntamente el deseo de un animal lisiado de cumplir su vocación y el temor de lograrlo. Temor justificado: ¿qué desgracia le espera al final de su aventura! ¿Acaso no vivimos en uno de esos momentos en los que, sobre un espacio dado, nos hace asistir a su última metamorfosis?

\*\*\*

Cuando paso revista a los méritos de Europa me entenezco con ella y me reprocho hablar mal de ella; si, por el contrario, enumero sus desfallecimientos, la rabia me estremece. Me gustaría entonces que se dislocase lo antes posible y que su recuerdo desapareciese. Pero, otras veces, evocando sus títulos y sus vergüenzas, no sé de qué lado inclinarme: la amo con pesar, la amo con ferocidad, y no le perdono haberme forzado a sentimientos entre los que no me está permitido elegir. ¿Si al menos pudiera contemplar con indiferencia la delicadeza, los prestigios de sus llagas! Como un juego, he aspirado a hundirme con ella y he sido atrapado por el juego. Ningún esfuerzo me parece demasiado grande para apropiarme esa gracia que fue suya y de la que aún conserva algunos vestigios, para revivirla, para perpetuar su secreto.

¡Vano intento!: Un hombre de las cavernas embarazado por los encajes...

\*\*\*

El espíritu es un vampiro. ¿Que ataca a una civilización? La deja postrada, deshecha, sin aliento, sin el equivalente espiritual de la sangre; la despoja de su sustancia, así como de ese impulso que la arrastraba a actos y escándalos

los de envergadura. Comprometida en un proceso de deterioro del que nada la distrae, nos ofrece la imagen de nuestros peligros y la mueca de nuestro futuro: es nuestro vacío, *es nosotros*; y encontramos en ella nuestras insuficiencias y nuestros vicios, nuestra voluntad insegura y nuestros instintos pulverizados. *El miedo que nos inspira es miedo de nosotros mismos!* Y si, al igual que ella, yacemos postrados, deshechos, sin aliento, es porque hemos conocido y sufrido, nosotros también, el vampirismo del espíritu.

\*\*\*

Aunque nunca hubiera adivinado lo irreparable, una ojeada sobre Europa hubiera bastado para darme un escalofrío. Preservándome de lo vago, justifica, atiza y halaga mis terrores, y cumple para mí la función asignada al cadáver en la meditación del monje.

En su lecho de muerte, Felipe II hizo venir a su hijo y le dijo: «He aquí dónde acaba todo, incluso la monarquía.» En la cabecera de esta Europa, no sé qué voz me advierte: «He aquí dónde acaba todo, incluso la civilización.»

\*\*\*

¿De qué sirve polemizar con la nada? Ya es hora de serenarnos, de triunfar sobre la fascinación de lo peor. No todo está perdido: quedan los bárbaros. ¿De dónde surgirán? No importa. Por el momento, bástenos saber que su arrancada no se hará esperar, que mientras se preparan para festejar nuestra ruina meditan sobre los medios para volver a erguirnos, para poner punto final a nuestros ratiocinios y a nuestras frases. Al humillarnos, al pisotearnos, nos prestarán la suficiente energía para ayudarnos a morir o a renacer. Que vengan a azotar nuestra palidez, a

revigorizar nuestras sombras, que nos traigan de nuevo la savia que nos ha abandonado. Marchitos, exangües, no podemos reaccionar contra la fatalidad: los agonizantes no se agremian ni se amotinan. ¿Cómo contar, pues, con el despertar, con las cóleras de Europa? Su suerte, y hasta sus rebeliones, se decretan en otra parte. (Cansada de durar, de dialogar consigo misma, es un vacío hacia el que se movilizarán pronto las estepas... Otro vacío, un vacío nuevo.)

[TE]

### ✱✱ Pequeña teoría del destino

«Ciertos pueblos, como el ruso y el español, están tan obsesionados por sí mismos que se erigen en único problema: su desarrollo, en todo punto singular, les obliga a replegarse sobre su serie de anomalías, sobre el milagro o insignificancia de su suerte.»

Los comienzos literarios de Rusia fueron, en el siglo pasado, una especie de apogeo, de éxito fulgurante que no podía dejar de turbarla: es natural que fuera una sorpresa para sí misma y que exagerase su importancia. Los personajes de Dostoyevski la ponen en el mismo plano que a Dios, puesto que el modo de interrogación aplicado a Éste lo aplican también a aquélla: ¿hay que creer en Rusia?, ¿hay que negarla?, ¿existe realmente o no es más que un pretexto? Interrogarse de tal modo es plantear, en términos teológicos, un problema local. Pero, justamente para Dostoyevski, Rusia, lejos de ser un problema local, es un problema universal, del mismo modo que la existencia de Dios. Tal proceso, abusivo y exorbitado, no era

posible más que en un país cuya evolución anormal tuviera materia para maravillar o desconcertar a los espíritus. No se imagina fácilmente a un inglés preguntándose si Inglaterra tiene sentido o no, o asignándole, con fuerza, una retórica, una misión: sabe que es inglés y eso le basta. La evolución de su país no comporta ninguna interrogación esencial.

«Entre los rusos, el mesianismo deriva de una incertidumbre interior, agravada por el orgullo, por una voluntad de afirmar sus taras, de imponérselas a otros, de descargarse sobre ellos de un exceso sospechoso. La aspiración de «salvar» el mundo es el fenómeno morboso de la juventud de un pueblo.»

«España se inclina sobre sí misma por razones opuestas. Tuvo también comienzos fulgurantes, pero están muy lejanos. Llegada demasiado pronto, trastornó el mundo y se dejó caer. Esta caída se me reveló un día. Fue en Valladolid, en la Casa de Cervantes. Una vieja de apariencia vulgar contemplaba el retrato de Felipe III; «Un loco», le dije. Ella se volvió hacia mí: «Con él comenzó nuestra decadencia.» Yo estaba en el corazón del problema. «¡Nuestra decadencia!» Así que, pensé, la decadencia es, en España, un concepto corriente, nacional, un cliché, una divisa oficial. La nación que en el siglo XVI ofrecía al mundo un espectáculo de magnificencia y de locura, hela ahí reducida a codificar su abotargamiento. Si hubieran tenido tiempo, sin duda los últimos romanos no hubieran actuado de otra forma; no pudieron remachar su fin: los bárbaros se cernían ya sobre ellos. (Más afortunados, los españoles tuvieron plazo suficiente (¡tres siglos!) para pensar en sus miserias y empaparse de ellas.) Charlatanes por desesperación, improvisadores de ilusiones, viven en una especie de acritud cantante, de trágica falta de serie-

dad, que les salva de la vulgaridad de la felicidad y del éxito. Aunque cambiasen un día sus antiguas manías por otras más modernas, seguirían, empero, marcados por una ausencia tan larga. Incapaces de acoplarse al ritmo de la «civilización», clericoidales o anarquistas, no podrían renunciar a su inactualidad. ¿Cómo van a alcanzar a las otras naciones, cómo se van a poner al día, si han agotado lo mejor de sí mismos en rumiar sobre la muerte, en embadurnarse con ella, en convertirla en experiencia visceral? Retrocediendo sin cesar hacia lo esencial, se han perdido por exceso de profundidad. La idea de decadencia no les preocuparía tanto si no tradujese en términos de historia su gran debilidad por la nada, su obsesión por el esqueleto. No es nada asombroso que, para cada uno de ellos, el país sea su problema. Leyendo a Ganivet, Unamuno u Ortega, uno advierte que, para ellos, España es una paradoja que les atañe íntimamente y que no logran reducir a una fórmula racional. Vuelven siempre sobre ella, fascinados por la atracción de lo insoluble que representa. No pudiendo resolverla por el análisis, meditan sobre Don Quijote, en el que la paradoja es todavía más insoluble, porque es símbolo. Uno no se imagina a un Valéry o a un Proust meditando sobre Francia para descubrirse a sí mismos: país realizado, sin rupturas graves que soliciten inquietud, país no-trágico, no es un caso: al haber triunfado, al haber cumplido su suerte, ¿cómo podría ser aún «interesante»?

El mérito de España es proponer un tipo de evolución insólita, un destino genial e inacabado. (Se diría que se trata de un Rimbaud encarnado en una colectividad.) Pensad en el frenesí que desplegó en su búsqueda del oro, en su desplome en el anonimato, pensad después en los conquistadores, en su bandidismo y en su piedad, en la

forma en la que asociaron el evangelio al crimen, el crucifijo al puñal. En sus buenos momentos, el catolicismo fue sanguinario, como corresponde a toda religión verdaderamente inspirada.

La Conquista y la Inquisición –fenómenos paralelos surgidos de vicios grandiosos de España–. Mientras fue fuerte, destacó en la matanza, a la que aportó no sólo su gusto por lo aparatoso, sino también lo más íntimo de su sensibilidad. Sólo los pueblos crueles tienen ocasión de aproximarse a las fuentes mismas de la vida, a sus palpitaciones, a sus arcanos que calientan: la vida no revela su esencia más que a ojos inyectados en sangre... ¿Cómo creer en las filosofías cuando se sabe de qué miradas pálidas son el reflejo? La costumbre del razonamiento y de la especulación es índice de una insuficiencia vital y de un deterioro de la afectividad. Sólo piensan con método aquellos que, a favor de sus deficiencias, llegan a olvidarse de sí mismos, a no formar cuerpo con sus ideas: la filosofía, privilegio de individuos y de pueblos biológicamente superficiales.

Es casi imposible hablar con un español de otra cosa que de su país, universo cerrado, tema de su lirismo y de sus reflexiones, provincia absoluta, fuera del mundo. Alternativamente exaltado y abatido, lanza miradas deslumbradoras y morosas; el descoyuntamiento es su forma de rigor. Si se concede un futuro, no cree en él realmente. Su descubrimiento: la ilusión sombría, el orgullo de desesperar; su genio: el genio del pesar. >

Sea cual fuere su orientación política, el español o el ruso que se interroga sobre su país aborda la única cuestión que cuenta ante sus ojos. Se entiende por qué ni Rusia ni España han producido ningún filósofo de envergadura. Es que el filósofo debe atarearse en las ideas como

espectador; antes de asimilarlas, de hacerlas suyas, necesita considerarlas desde fuera, disociarse de ellas, pesarlas y, si es preciso, *jugar* con ellas; después, ayudado por la madurez, elabora un sistema con el que nunca se confunde del todo. Es esa superioridad respecto a su propia filosofía lo que admiramos en los griegos. Lo mismo ocurre con todos los que se centran en el problema del conocimiento y hacen de él el problema esencial de su meditación. Tal problema no perturba ni a los rusos ni a los españoles. Ineptos para la contemplación intelectual, mantienen relaciones bastantes chocantes con la idea. ¿Que combaten con ella? Siempre llevan la peor parte; se apodera de ellos, les subyuga, les oprime; mártires voluntarios, no piden más que sufrir por ella. Con ellos estamos lejos del dominio en que el espíritu juega consigo y con las cosas, lejos de toda perplejidad metódica.

«La evolución anormal de Rusia y de España les ha llevado, pues, a interrogarse sobre su propio destino. Pero son dos grandes naciones, pese a sus lagunas y sus accidentes de crecimiento. ¡Cuánto más trágico es el problema nacional para los pueblos pequeños! No hay irrupción súbita en ellos, ni decadencia lenta. Sin apoyo en el porvenir ni en el pasado, se apoyan gravosamente sobre sí mismos: de ello resulta una larga meditación estéril. Su evolución no puede ser anormal, porque no evolucionan. ¿Qué les queda? Resignarse a sí mismos, ya que, fuera de ellos, está toda la Historia de la que precisamente están excluidos.»

Su nacionalismo, que suele ser tomado a broma, es más bien una máscara, gracias a la cual intentan ocultar su propio drama y olvidar en un furor de reivindicaciones, su ineptitud para insertarse en los acontecimientos: mentiras dolorosas, reacción exasperada frente al despre-

cio que creen merecer, una manera de escamotear la obsesión secreta por sí mismos. En términos más sencillos: un pueblo que es un tormento para sí mismo es un pueblo enfermo. Pero mientras que España sufre por haber salido de la Historia y Rusia por querer a toda costa establecerse en ella, los pueblos pequeños se debaten por no tener ninguna de esas razones para desesperar o impacientarse. Afectados por una tara original, no pueden remediarla por la decepción ni por el sueño. De este modo no tienen otro recurso que estar obsesionados consigo mismos. Obsesión que no está desprovista de belleza, ya que no les lleva a nada y no interesa a nadie.»

«Hay países que gozan de una especie de bendición, de gracia: todo les sale bien, incluso sus desdichas, incluso sus catástrofes; hay otros que nunca logran tener éxito y cuyos triunfos equivalen a fracasos. Cuando quieren afirmarse y dan un salto hacia adelante, una fatalidad exterior interviene para romper su empuje y para retrotraerles a su punto de partida. Carecen de todas las oportunidades, incluso la del ridículo.»

Ser francés es una evidencia: no se sufre ni se alegra uno por ello; se dispone de una certeza que justifica el viejo interrogante: «¿Cómo se puede ser persa?»

La paradoja de ser persa (en este caso rumano) es un tormento que hay que saber explotar, un defecto del que hay que sacar provecho. Confieso haber mirado en otro tiempo como una vergüenza el pertenecer a una nación vulgar, a una colectividad de vencidos, sobre cuyo origen me cabían pocas esperanzas. Creía, y quizá no me engañaba, que habíamos surgido de la hez de los bárbaros, del desecho de las grandes invasiones, de esas hordas que, incapaces de seguir su marcha hacia el Oeste, se desplomaron a lo largo de los Cárpatos y del Danubio, para acurru-

carse ahí, para dormir, masa de desertores en los confines del Imperio, chusma maquillada con una pizca de latinidad. De tal pasado, tal presente. Y tal porvenir. ¡Dura prueba para mi joven arrogancia! «¿Cómo puede serse rumano?» era una pregunta a la que yo no podía responder más que por una mortificación de cada instante. Como odiaba a los míos, a mi país, a sus campesinos intemporales, encantados con su torpor y se diría que deslumbrantes de embrutecimiento, yo me avergonzaba de ser su descendiente, renegaba de ellos, me rehusaba a su infra-eternidad, a sus certidumbres de larvas petrificadas, a su soñarrera geológica. Era inútil que buscara bajo sus rasgos el azogamiento, las muecas de la rebelión: el mono, ay, se moría en ellos. A decir verdad, ¿acaso no propendían más bien a lo mineral? No sabiendo cómo zarrandearlos, cómo animarlos, comencé a soñar con su exterminación. Pero no se puede hacer una matanza de piedras. El espectáculo que me ofrecían justificaba y desviaba, alimentaba y desanimaba mi histeria. Y no dejaba de maldecir el accidente que me hizo nacer entre ellos.

Una gran idea les poseía: la de destino; yo la repudiaba con todas mis fuerzas, no veía en ella más que un subterfugio de poltrones, una excusa para todas las abdicaciones, una expresión del sentido común y su filosofía fúnebre. Mi país, cuya existencia, visiblemente, no venía a cuento, se me aparecía como un resumen de la nada o una materialización de lo inconcebible, como una especie de España sin Siglo de Oro, sin conquistas ni locuras, y sin un Don Quijote de nuestras amarguras. Formar parte de él, ¡qué lección de humillación y de sarcasmo, qué calamidad, qué lepra!

Yo era demasiado impertinente, demasiado fatuo, para percibir el origen de la gran idea que reinaba en él, su pro-

fundidad o las experiencias, el sistema de desastres que suponía. No debía comprenderla hasta mucho más tarde. Cómo se insinuó en mí es algo que ignoro. Cuando llegué a experimentarla lúcidamente me reconcilé con mi país, que, *de inmediato*, dejó de obsesionarme.

Para dispensarse de actuar, los pueblos oprimidos se entregan al «destino», salvación negativa, al mismo tiempo que medio de interpretar los acontecimientos: su filosofía de la historia *de uso casero*, visión determinista con base afectiva, metafísica de circunstancias...

Si bien los alemanes son también sensibles al destino, no ven en él, empero, un principio que intervenga desde el exterior, sino un poder que, emanado de su voluntad, acaba por escapar a ésta y por volverse contra ellos para destruirlos. Unido a su apetito de demiurgia, el *Schicksal* supone no tanto un juego de fatalidades en el exterior del mundo como en el interior del yo. Tanto da decir que, hasta un cierto punto, depende de ellos.

Para concebir lo exterior a nosotros, omnipotente y soberano, se requiere un muy amplio ciclo de quiebras. Condición que mi país cumple plenamente. Sería indecente que creyese en el esfuerzo, en la utilidad del acto. De este modo, no cree en ellos y, por corrección, se resigna a lo inevitable. *Le estoy agradecido por haberme legado, junto con el código de la desesperación, ese saber vivir, esa soltura frente a la Necesidad, así como numerosos callejones sin salida y el arte de plegarme a ellos. Siempre listo para apoyar mis decepciones y revelar a mí indolencia el secreto de conservarlas, me ha prescrito además, en su celo por hacer de mí un bribón preocupado por las apariencias, los medios para degradarme sin comprometerme demasiado. No sólo le debo mis más hermosos y seguros fracasos, sino también esa aptitud para maqui-*

llar mis cobardías y atesorar mis remordimientos. ¡De cuántas otras ventajas no le seré deudor! Sus títulos para mi gratitud son, en verdad, tan múltiples, que sería fastidioso enumerarlos.

Por mucha buena voluntad que hubiera puesto en ello, ¿acaso habría podido, sin él, echar a perder mis días de una manera tan ejemplar? Él me ha ayudado, empujado, animado. (Fracasar en la vida, esto se olvida a veces demasiado pronto, no es tan fácil: se precisa una larga tradición, un largo entrenamiento, el trabajo de varias generaciones. Una vez realizado ese trabajo, todo va de maravilla. La certidumbre de la Inutilidad os corresponde entonces en herencia: es un bien que tus mayores han adquirido para ti con el sudor de su frente y al precio de innumerables humillaciones. Te aprovechas de ello, suerte, y lo exhibes. En lo tocante a tus propias humillaciones, siempre te será posible embellecerlas o escamotearlas, afectar un aire de aborto elegante, ser, honrosamente, el último de los hombres. La cortesía, *uso* de la desdicha, privilegio de los que, habiendo nacido perdidos, han comenzado por su fin. Saberse de una laya que nunca ha sido es una amargura en la que interviene cierta dulzura e incluso algún placer.)

La exasperación que me embargaba antaño cuando oía a alguien decir, a cualquier propósito: «destino», ahora me parece pueril. Ignoraba entonces que llegaría a hacer otro tanto, que, amparándome yo también tras ese vocablo, referiría a él la buena y mala suerte y todos los detalles de la dicha y la desdicha, que, además, me agarraría a la Fatalidad con el éxtasis de un naufrago y le dirigiría mis primeros pensamientos antes de precipitarme en el horror de cada día. «Desaparecerás en el espacio, oh Rusia mía», exclamó Tiutchev en el pasado siglo. Apliqué

su exclamación con mayor propiedad a mi país, constituido de modo diverso para desaparecer, maravillosamente organizado para ser devorado, provisto de todas las cualidades de una víctima ideal y anónima. La costumbre del sufrimiento inacabable y sin razones, la plenitud del desastre: ¡qué aprendizaje en la escuela de las tribus aplastadas! (El más antiguo historiador rumano comienza así sus crónicas: «No es el hombre quien gobierna los tiempos, sino los tiempos los que gobiernan al hombre.») Fórmula desgastada, programa y epitafio de un rincón de Europa. Para captar el tono de la sensibilidad popular en los países del Sudeste, basta con recordar las lamentaciones del coro en la tragedia griega. Por una tradición inconsciente, todo un espacio étnico fue marcado por ella. ¡Rutina del suspiro y del infortunio, jeremiadas de pueblos menores ante la bestialidad de los grandes! Guardémosnos, empero, de quejarnos excesivamente: ¿acaso no es reconfortante poder oponer a los desórdenes del mundo la coherencia de nuestras miserias y nuestras derrotas? Y ¿acaso no tenemos, frente al diletantismo universal, la consolación de poseer, en materia de dolores, una competencia de despellejados y eruditos?

[TE]

### *Carta sobre algunas aporías*

Siempre había creído, querido amigo, que, enamorado de su provincia, ejercitaba allí el desapego, el desprecio y el silencio. ¡Cuál no sería mi sorpresa al oírle decir que preparaba un libro! Instantáneamente, vi dibujarse en usted un futuro monstruoso: el autor en que se va a convertir.

«Otro que se pierde», pensé. Por pudor, se ha abstenido usted de preguntarme las razones de mi decepción; del mismo modo, yo hubiera sido incapaz de decírselas de viva voz. «Otro que se pierde, otro echado a perder *por su talento*», me repetía yo incesantemente.

Al penetrar en el infierno literario, va usted a conocer sus artificios y su veneno; sustraído a lo inmediato, caricatura de usted mismo, ya no tendrá más que experiencias formales, indirectas; se desvanecerá usted en la Palabra. Los libros serán el único tema de sus charlas. En cuanto a los literatos, ningún provecho sacará de ellos. De esto sólo se dará cuenta usted demasiado tarde, tras haber perdido sus mejores años en un medio sin espesor ni sustancia. ¿El literato? Un indiscreto que desvaloriza sus miserias, las divulga, las reitera: el impudor –desfile de reticencias– es su regla; se ofrece. Toda forma de talento va acompañada de una cierta desvergüenza. No es distinguido más que el estéril, el que se borra con su secreto, porque desdeña exponerlo: los sentimientos expresados son un sufrimiento para la ironía, una bofetada al humor.

Nada es más fructuoso que conservar su secreto. Os trabaja, os roe, os *amenaza*. Incluso cuando se dirige a Dios, la confesión es un atentado contra nosotros mismos, contra los resortes de nuestro ser. Los disturbios, las vergüenzas, los espantos, de los que las terapéuticas religiosas o profanas quieren liberarnos, constituyen un patrimonio del que a ningún precio deberíamos dejarnos despojar. Debemos defendernos contra quienes nos curan, y, aunque pereiésemos por ellos, deberíamos preservar nuestros males y nuestros pecados. La confesión: violación de las conciencias perpetradas en nombre del cielo. ¡Y esa otra violación que es el análisis psicológico! Laicificada, prostituida, la confesión se instalará pronto

en todas las esquinas, exceptuando unos pocos criminales, todo el mundo aspira a tener un alma pública, un alma-anuncio.

Vaciado por su fecundidad, fantasma que ha gastado su sombra, el hombre de letras disminuye con cada palabra que escribe. Sólo su vanidad es inagotable; si fuera psicológica, tendría límites, los del yo. Pero es cósmica o demoníaca y le sumerge. Su «obra» le obsesiona: alude a ella sin cesar, como si sobre nuestro planeta no hubiese, fuera de él, nada que mereciese atención o curiosidad. ¡Pobre de quien tenga la impudicia o el mal gusto de charlar con él de otra cosa que de sus producciones! Así pues, concebirá usted que un día, a la salida de un almuerzo literario, vislumbré la urgencia de una noche de San Bartolomé<sup>1</sup> de gentes de letras.

¿Voltaire fue el primer literato que erigió su incompetencia en procedimiento, en método. Antes de él, el escritor, bastante dichoso de estar apartado de los acontecimientos, era más modesto: ejerciendo su oficio en un sector limitado, seguía su camino y se atenía a él. Nada periodístico, se interesaba, a lo sumo, en el aspecto anecdótico de ciertas soledades: su indiscreción era *ineficaz*.

Con nuestro fanfarrón, las cosas cambian. Ninguno de los temas que intrigaban a su tiempo escapó a su sarcasmo, a su semi-ciencia, a su necesidad de tremolina, a su universal vulgaridad. Todo era impuro en él, salvo su estilo... Profundamente superficial, sin ninguna sensibilidad para lo *intrínseco*, para el interés que una realidad presenta en sí misma, inauguró en las letras el cotilleo ideológico. Su manía de parlotear, de adoctrinar, su sabi-

1. Matanza de 20.000 hugonotes en Francia, la noche del 24 de agosto de 1572. (N. del T.)

duría de portera, debían hacer de él el prototipo, el modelo de literato. Como lo ha dicho todo sobre sí mismo y ha explotado hasta el límite los recursos de su naturaleza, ya no nos turba: le leemos y pasamos de largo. Por el contrario, sentimos que un Pascal no lo ha dicho todo sobre sí mismo: incluso cuando nos irrita, nunca es para nosotros un simple *autor*.>

Escribir libros no deja de tener alguna relación con el pecado original. Pues ¿qué es un libro, sino una pérdida de inocencia, un acto de agresión, una repetición de nuestra caída? ¡Publicar sus taras para divertir o exasperar! Una barbaridad para con nuestra intimidad, una profanación, una mancha. Y una tentación. Le hablo con conocimiento de causa. Por lo menos, tengo la excusa de odiar mis actos, de ejecutarlos sin creer en ellos. Usted es más honrado: usted escribirá libros y creerá en ellos, creerá en la realidad de las palabras, en esas ficciones pueriles e indecentes. Desde las profundidades del asco se me aparece como un castigo todo lo que es literatura; intentaré olvidar mi vida por miedo de referirme a ella; o bien, a falta de alcanzar el absoluto del desengaño, me condenaré a una frivolidad morosa. Briznas de instinto, empero, me obligan a agarrarme a las palabras. El silencio es insoportable: ¿qué fuerza hace falta para establecerse en la concisión de lo Indecible! Más fácil es renunciar al pan que a las palabras. Desdichadamente, la palabra resbala hacia la palabrería, hacia la literatura. Incluso el pensamiento tiende a ello, siempre listo a expandirse, a inflarse; detenerle por medio de la agudeza, reducirlo a aforismo o a donaire, es oponerse a su expansión, a su movimiento natural, a su ímpetu hacia la disolución, hacia la inflación. De aquí los sistemas, de aquí la filosofía. La obsesión del laconismo paraliza la marcha del espíri-

tu, el cual exige palabras *en masa*, a falta de reiterar, de desacreditar lo esencial, es que el espíritu es *profesor*. Y enemigo de los vivos... de espíritu, de esos obsesos de la paradoja, de la definición arbitraria. Por horror de la banalidad, de lo «universalmente válido», se atarean en el lado accidental de las cosas, en las evidencias que no se imponen a nadie. Prefiriendo una formulación aproximada, pero picante a un razonamiento sólido, pero soso, no aspiran a tener razón en nada y se divierten a expensas de las «verdades». Lo real no se sostiene: ¿por qué deberían tomar en serio las teorías que quieren demostrar su solidez? Están paralizados completamente por el temor de aburrir o de aburrirse. Este temor, si lo padecéis, comprometerá todas vuestras empresas. Intentaréis escribir; de inmediato se erguirá ante vosotros la imagen de vuestro lector... Y dejaréis la pluma. La idea que queréis desarrollar os fatigará: ¿para qué examinarla y profundizarla? ¿No podría expresarla una sola fórmula? ¿Cómo, además, exponer lo que uno ya sabe? Si la economía verbal os obsesiona, no podréis leer ni releer ningún libro sin descubrir en él los artificios y las redundancias. Tal autor que no cesáis de frecuentar acabáis por verle hinchar sus frases, acumular páginas y algo así como desplomarse sobre una idea para aplanarla, para estirla. Poema, novela, ensayo, drama, todo os parecerá demasiado largo. El escritor, tal es su función, dice siempre más de lo que tiene que decir: dilata su pensamiento y lo recubre de palabras. De una obra sólo subsisten dos o tres *momentos*: relámpagos en un farrago. ¿Le diré el fondo de mi pensamiento? Toda palabra es una palabra de más. Se trata, sin embargo, de escribir: pues escribamos..., engañémosnos los unos a los otros.>

El hastío degrada el espíritu, lo torna superficial des-



hilvanado, lo mina desde el interior y lo disloca. Una vez que se haya apoderado de usted, os acompañará en toda ocasión, como me ha acompañado a mí desde lo más remoto que puedo recordar. No conozco momento en que no estuviese allí, a mi lado, en el aire, en mis palabras y en las de los otros, en mi rostro y en todos los rostros. En máscara y sustancia, fachada y realidad. No puedo imaginarme ni vivo ni muerto sin él. Ha hecho de mí un discursador que se avergüenza de articular, un teórico para chochos y adolescentes, para afeminados, para menopausias metafísicas, un resto de criatura, un fantoche alucinado. Se atarea en roer la pizca de ser que me tocó en suerte, y si me deja algunas briznas es porque le hace falta alguna materia donde actuar. ¿Activa nada, saquea los cerebros y los reduce a un amasijo de conceptos fracturados. No hay idea a la que no impida unirse a otra, a la que no aisle y triture, de tal suerte que la actividad del espíritu se degrada en una serie de momentos discontinuos. Nociones, sentimientos y sensaciones hechas jirones: tal es el efecto de su paso. Haría de un santo un aficionado y de un Hércules un guiñapo. Es un mal que se extiende *más allá* del espacio; debería usted huirle; si no sólo formará proyectos insensatos, como los que formo yo cuando él me empuja a fondo. Sueño entonces con un pensamiento ácido que se insinuase en las cosas para desorganizarlas, perforarlas, atravesarlas, un libro cuyas sílabas, atacando el papel, suprimiesen la literatura y los lectores, un libro, carnaval y Apocalipsis de las Letras, ultimátum a la pestilencia del Verbo.

Concibo mal su ambición de hacerse un nombre en una época en que el epígono está a la orden del día. Se impone una comparación. Napoleón tuvo, en el plano filosófico y literario, rivales que le igualaron: Hegel por la

desmesura de su sistema, Byron por su desarreglo, Goethe por una mediocridad *sin precedentes*. En nuestros días, buscaríamos inútilmente la contrapartida literaria de los aventureros y tiranos de este siglo. Si, políticamente, hemos dado pruebas de una demencia desconocida hasta nosotros, en el dominio del espíritu pululan los destinos minúsculos; ningún conquistador de la pluma: sólo abortos, histéricos, *casos* y nada más. No tenemos, y me temo que nunca tengamos, la obra de nuestra decadencia, un Don Quijote infernal. Cuanto más se dilatan los tiempos, más se adelgaza la literatura. Y seremos pigmeos cuando nos abismemos en lo inaudito.)

Según toda evidencia, no será preciso, para revigorar nuestras ilusiones estéticas, una ascesis de varios siglos, una prueba de mutismo, una era de no-literatura. Por el momento, sólo nos queda corromper todos los géneros, empujarlos hacia extremosidades que los niegan, deshacer lo que estuvo maravillosamente hecho. Si, en esta empresa, ponemos cierto cuidado de perfección, quizá lográsemos crear un nuevo tipo de vandalismo...

Situados fuera del estilo, incapaces de armonizar nuestros desvaríos, ya no nos definimos por relación a Grecia, ha dejado de ser nuestro punto de referencia, nuestra nostalgia o nuestro remordimiento; se ha apagado en nosotros, como también le ocurrió al Renacimiento.

De Hölderlin y Keats a Walter Pater, el siglo XIX sabía luchar contra sus opacidades y oponerles la imagen de una antigüedad mirífica, cura de luz, paraíso. Un paraíso forjado, ni que decir tiene. Lo que importa es que aspiraban a él, aunque no fuera más que para combatir la modernidad y sus muecas. Uno podía, entonces, entregarse a otra época y aferrarse a ella con la violencia del pesar. El pasado aún *funcionaba*.

Ya no tenemos pasado; o, mejor, ya no hay nada del pasado que sea nuestro; ya no hay país de elección, ni salvación mentirosa, ni refugio en lo transcurrido. ¿Nuestras perspectivas? Imposible elucidarlas: somos bárbaros sin futuro. Dado que la expresión ya no tiene talla para medirse con los acontecimientos, fabricar libros y sentirse orgulloso de ellos constituye un espectáculo de los más lamentables: ¿qué necesidad impulsa a un escritor que ha escrito cincuenta volúmenes a escribir otro más? ¿por qué esa proliferación, ese miedo a ser olvidado, esa coquetería de mala ley? No merecen indulgencia más que el literato necesitado, el esclavo, el forzado de la pluma. De cualquier manera, ya no hay nada más que *construir*, ni en literatura ni en filosofía. Sólo los que viven de ello, materialmente, se entiende, deberían dedicarse a ellas. Entramos en una época de formas rotas, de creaciones al revés. Cualquiera podrá prosperar en ella. Apenas anticipo. La barbarie está al alcance de todo el mundo: basta con cogerle el gusto. Vamos alegremente a deshacer los siglos.)

Lo que será su libro, demasiado lo presiento. Vive usted en provincias: insuficientemente corrompido, con inquietudes puras, ignora hasta qué punto todo «sentimiento» avieja. El drama interior toca a su fin ¿Cómo arriesgarse aún a una obra que hable del «alma», de un infinito prehistórico?

Y, luego, está el tono. El vuestro —mucho me lo temerá del género «noble», «tranquilizador», empapado de sentido común, de mesura o de elegancia. Pero considere usted que un libro debe dirigirse a nuestro incivismo, a nuestras singularidades, a nuestras *altas* ignominias, y que un escritor «humano» que venere ideas excesivamente aceptables, firma con su puño y letra su certificado de defunción literario.

Examine los espíritus que logran intrigarnos: muy al contrario de optar por la objetividad, defienden posiciones insostenibles. Si están vivos, es gracias a su lado *limitado*, a la pasión por sus sofismas: las concesiones que han hecho a la «razón» nos decepcionan y nos fastidian. La sabiduría es nefasta para el genio y mortal para el talento. Comprenderás, querido amigo, por qué aprehendo sus complicaciones con el género «noble».)

Como para darse un aire positivo, en el que se disimulaba un matiz de superioridad, me ha reprochado usted a menudo lo que llama mi «apetito de destrucción».) Sepa usted que yo no destruyo nada: yo anoto, anoto *lo inminente*, la sed de un mundo que se anula y que sobre la ruina de sus evidencias corre hacia lo insólito y lo inconmensurable, hacia un estilo espasmódico. Conozco una vieja loca que, esperando de un momento para otro el hundimiento de su casa, pasa sus días y sus noches al acecho, circulando por su habitación, espiando los crujidos; se irrita porque el *suceso* tarda en producirse. En un marco más amplio, el comportamiento de esa vieja es idéntico al nuestro. Contamos con un derrumbe, incluso aunque no pensemos en ello. No siempre será así; incluso se puede prever que el miedo a nosotros mismos, resultado de un miedo más general, constituirá la base de la educación, el principio de las pedagogías futuras.) Creo en el porvenir de lo terrible. Usted, mi querido amigo, está tan poco preparado para él que se dispone a entrar en literatura. No tengo potestad para apartarle de ella; por lo menos me gustaría que lo hiciese sin ilusiones. Modere al autor que se impacienta en usted, haga suya, ampliándola, la observación de San Juan Climaco: «Nada procura tantas coronas al monje como el desánimo.»

Si, reflexionando bien, he puesto cierta complacencia

en destruir, ello fue, contra lo que pueda usted pensar, siempre a mis expensas. Uno no destruye, sino que se destruye uno. Me he odiado en todos los objetos de mis odios, he imaginado milagros de aniquilamiento, he pulverizado mis horas, he experimentado las gangrenas del intelecto. Instrumento o método en un principio, el escepticismo ha acabado por instaurarse en mí, por llegar a ser mi fisiología, el destino de mi cuerpo, mi principio visceral, el mal del que no sé cómo curarme ni cómo perecer. Me inclino —es demasiado cierto— hacia cosas desprovistas de toda oportunidad de triunfar o sobrevivir.)

Ahora se dará cuenta de por qué me he preocupado siempre de Occidente. Tal cuidado parecía ridículo o gratuito. «Ni siquiera forma usted parte de Occidente», me observaba usted. ¿Qué culpa tengo yo si mi avidez de tristezas no ha encontrado otro objeto? ¿Dónde hallar, por otro lado, una voluntad de dimisión tan obstinada? Le envidio la destreza con la que sabe morir. Cuando quiero fortificar mis decepciones vuelvo mi espíritu hacia ese tema de una inagotable riqueza negativa. Y si abro una historia de Francia, Inglaterra, España o Alemania, el contraste entre lo que fueron y lo que son me da, además de vértigo, el orgullo de haber descubierto finalmente los axiomas del crepúsculo.)

Lejos de mí el deseo de pervertir sus esperanzas: la vida se encargará de ello. Igual que todo el mundo, irá usted de decepción en decepción. A su edad, tuve la ventaja de tener gente que me desilusionó y me hizo enrojecer de mis ilusiones; ellos me educaron realmente. ¿Acaso, sin ellos, habría tenido el coraje de afrontar o de padecer los años? Imponiéndome sus amarguras, me prepararon para las mías. Provistos de gran ambición, partieron a la conquista de yo no sé qué gloria. El fracaso los esperaba.

¿Delicadeza, lucidez, pereza? No sabría decir qué virtud había transido sus designios.) Pertenecían a esa categoría de individuos que puede encontrarse en las capitales, que viven de expedientes, siempre en busca de una colocación que rechazan en cuanto la encuentran. De sus opiniones he sacado más enseñanzas que del resto de mis conocidos. Casi todos llevaban en sí mismos un libro, el libro de su revés; pese a estar tentados por el demonio de la literatura, no cedían, sin embargo, a él, hasta tal punto les subyugaban sus derrotas y tanto llenaban sus vidas. Se les llamaba comúnmente «fracasados». Forman un tipo de hombre aparte que me gustaría describirle a usted, aun a riesgo de simplificarlo. Voluptuoso del fracaso, busca en todo su propia mengua, nunca supera los preliminares de su futuro ni franquea el umbral de ninguna empresa. Rivalizando en abulia con los ángeles, medita sobre el secreto del acto y no toma más que una iniciativa: la del abandono. Su fe, si la tiene, le sirve de pretexto para nuevas capitulaciones, para una degradación vislumbrada y deseada: se desploma en Dios... ¿Que reflexiona sobre el «misterio»? Es para hacer ver a los otros hasta dónde lleva su indignidad. Habita sus convicciones como el gusano el fruto; cae con ellas y sólo se repone para soliviantar contra sí las tristezas que le quedan. Si ahoga sus dones es porque, con todas sus fuerzas, ama su cansancio, avanza hacia su pasado, desanda el camino *en nombre de sus talentos*.

Le sorprenderá saber que sólo procede así por haber adoptado una postura bastante extraña respecto a sus enemigos. Me explico. Cuando nos hallamos en vena de eficacia, sabemos que nuestros enemigos no pueden impedirse situarnos en el centro de su atención y de su interés. Nos prefieren a sí mismos, se toman nuestros asuntos

a pecho. A nuestra vez, debemos ocuparnos de ellos, velar por su salud, como por su odio, que es lo único que nos permite alimentar algunas esperanzas sobre nosotros mismos. Nos salvan, nos pertenecen, son nuestros. Respecto a los suyos, el fracasado reacciona de modo diferente. No sabiendo cómo conservarlos, acaba por desinteresarse de ellos y minimizarlos, por no tomarlos en serio. Desapego con graves consecuencias. En vano intentará más tarde lanzarlos de nuevo, despertar en ellos la menor curiosidad por él, suscitar su indiscreción o su rabia; en vano intentará hacerles apiadarse de su estado, mantener o avivar su rencor. Por no tener contra quién afirmarse, se encerrará en su soledad y su esterilidad. Solicitud y esterilidad que yo apreciaba tanto en esos vencidos, responsables, se lo repito, de mi educación. (Entre otras, me han revelado las tonterías inherentes al culto a la verdad... Nunca olvidaré mi alivio cuando dejé de ocuparme de ella. Dueño de todos los errores, podía al fin explorar un mundo de apariencias, de enigmas ligeros. Ya no había nada que buscar, sino la búsqueda de la nada. ¿La Verdad? Un pasatiempo de adolescentes o un síntoma de senilidad. Empero, por un resto de nostalgia o una necesidad de esclavitud, la busco todavía, inconscientemente, estúpidamente. Un instante de descuido basta para que caiga de nuevo bajo el imperio del más antiguo e irrisorio de los prejuicios.)

Me destruyo a mí mismo y así lo quiero; mientras tanto, en ese clima de asma que crean las convicciones, en un mundo de oprimidos, yo respiro; respiro a mi manera. ¿Quién sabe? Quizá un día conozca usted el placer de apuntar a una idea, disparar contra ella, verla yacente, y después volver a empezar este ejercicio con otra, con todas; este deseo de inclinarse sobre un ser, de desviarle de

sus antiguos apetitos, de sus antiguos vicios, para imponerle otros nuevos, más nocivos, a fin de que perezca a causa de ellos; encarnizarse contra una época o contra una civilización, precipitarse sobre el tiempo y martirizar sus instantes; volverse después contra uno mismo, torturar vuestros recuerdos y vuestras ambiciones y, corroyendo vuestro propio aliento, tornar pestilente el aire para asfixiarse mejor... Un día quizá conozca usted esta forma de libertad, esta forma de respiración que libera de sí mismo y de todo. Entonces podrá usted dedicarse a cualquier cosa sin adherirse a ello. >

Mi propósito era ponerle en guardia contra lo serio, contra ese pecado que nada disculpa. (En cambio, quería proponerle la futilidad. Ahora bien —¿para qué engañarnos?—, la futilidad es la cosa más difícil del mundo, quiero decir la futilidad consciente, adquirida, voluntaria. En mi presunción, esperaba llegar a ella por la práctica del escepticismo. Este último, empero, se adapta a nuestro carácter, sigue nuestros defectos y nuestras pasiones, léase nuestras locuras; se personaliza. (Hay tantos escepticismos como temperamentos.) La duda se engrosa con todo lo que la invalida o la combate; es un mal en el interior de otro mal, una obsesión en la obsesión. Si rezas, sube al nivel de tu oración; vigilará tu delirio, imitándolo; en pleno vértigo, dudaréis vertiginosamente. De este modo, el mismo escepticismo no logra abolir la seriedad; tampoco, ay, la poesía. A medida que envejezco, advierto con mayor claridad que he contado demasiado con ella. La he amado a expensas de mi salud; daba por supuesto que yo sucumbiría a causa de mi culto por ella. Poesía! Esta palabra que, con su sola presencia, me hacía antaño imagi-

nar mil universos, no despierta ahora en mi espíritu más que una visión de ronroneo y nulidad, fétidos misterios y preciosismos. Justo es añadir que he cometido el error de frecuentar a buen número de poetas. Salvo pocas excepciones, eran inútilmente graves, infatuados u odiosos, monstruos también ellos, especialistas, juntamente verdugos y mártires del adjetivo, y de los cuales había yo sobreestimado el diletantismo, la clarividencia, la sensibilidad para el juego intelectual. ¿No será acaso la futilidad más que un «ideal»? Eso es lo que hay que temer, aunque yo nunca me resignaré a ello. En todas las ocasiones en que me sorprendo concediendo importancia a las cosas, recrimino mi cerebro, desconfío de él y le sospecho algún desfallecimiento, alguna depravación. Intento arrancarme de todo, elevarme desarraigándome; para llegar a ser fútiles, debemos cortar nuestras raíces, llegar a ser metafísicamente *extranjeros*.

A fin de justificar sus ligaduras, y algo así como impaciente por llevar el fardo, sostenía usted un día que a mí me era fácil planear, evolucionar en lo vago, dado que, proviniendo de un país sin historia, nada *pesaba* sobre mí. Reconozco la ventaja que supone formar parte de un pequeño país, vivir sin trasfondo, con la desenvoltura de un saltimbanqui, de un idiota o de un santo, o con el desapego de esa serpiente que, enroscada sobre sí misma, prescinde de alimentos durante años como si fuese un dios de la inanición u ocultase, bajo la dulzura de su atontamiento, algún sol espantoso y repulsivo.

Sin ninguna tradición que me lastre, cultivo la curiosidad de esa desorientación que pronto será patrimonio de todos. Por grado o por fuerza, sufriremos la experiencia de un eclipse histórico, el imperativo de la confusión. Ya nos anulamos en el cúmulo de nuestras divergencias con

nosotros mismos. Negándose y renegándose sin cesar, nuestro espíritu ha perdido su centro para dispensarse en *actitudes*, en metamorfosis tan inútiles como inevitables. De aquí provienen, en nuestra conducta, la indecencia y la movilidad. Nuestra incredulidad, e incluso nuestra fe, están marcadas por ellas.

Tomarlas con Dios, querer destronarle, suplantarle, es una hazaña de mal gusto, el logro de un envidioso que experimenta una satisfacción de su vanidad al enfrentarse con un enemigo único e incierto. Bajo cualquier aspecto que se presente, el ateísmo supone una falta de maneras, lo mismo que, por razones contrarias, la apologética, pues ¿acaso no es tanto una indelicadeza como una caridad hipócrita, una impiedad, emperrarse en sostener a Dios, en asegurarle, cueste lo que cueste, su longevidad? El amor o el odio que le profesamos revela menos la calidad de nuestras inquietudes que lo grosero de nuestro cinismo.

De este estado de cosas, sólo en parte somos responsables. De Tertuliano a Kierkegaard, a fuerza de acentuar el absurdo de la fe, se ha creado en el cristianismo toda una corriente subterránea que, al mostrarse a la luz del día, ha desbordado a la Iglesia. ¿Qué creyente, en sus crisis de lucidez, no se considera como un servidor de lo insensato? Dios tenía que resentirse por ello. Hasta el presente, le concedíamos todas nuestras virtudes, no osábamos prestarle nuestros vicios. Humanizado, ahora se nos parece ninguno de nuestros defectos le es ajeno. Nunca el ensanchamiento de la teología y la voluntad de antropomorfismo fueron llevados tan lejos. Esta modernización del cielo marca su fin. ¿Cómo venerar un Dios evolucionado, puesto al día? Para su desdicha, no le será fácil recuperar su «trascendencia infinita».

«Tenga cuidado –podría usted responderme– con la “falta de maneras”. Usted denuncia el ateísmo tan sólo para enervarle mejor.»

Demasiado siento en mí los estigmas de mi tiempo: no puedo dejar a Dios en paz; junto con los esnobs, me divierto en repetir que há muerto, como si eso tuviese algún sentido. Por medio de la impertinencia creemos poder resolver nuestras soledades y el fantasma supremo que las habita. En realidad, al aumentar no hacen más que acercarnos a quien merodea en ellas.

«Cuando la nada me invade, y siguiendo una fórmula oriental alcanzo la «vacuidad del vacío», suele sucederme que, aterrado por tal punto extremo, recaigo de nuevo en Dios, aunque no sea más que por el deseo de pisotear mis dudas, de contradecirme y, multiplicando mis estremecimientos, buscar en ellos un estimulante. La experiencia del vacío es la tentación mística del incrédulo, su posibilidad de oración, su momento de plenitud. En nuestros límites surge un dios o algo que ocupa su lugar.»

«Estamos lejos de la literatura, pero sólo aparentemente. Todo eso no son más que palabras, pecados del Verbo. Os he recomendado la dignidad del escepticismo y heme aquí rondando en torno a lo Absoluto. ¿Técnica de la contradicción? Recordad más bien la frase de Flaubert: «Soy un místico y no creo en nada.» Veo en ella el adagio de nuestro tiempo, de un tiempo infinitamente intenso y sin sustancia. Existe un placer que es nuestro: el del conflicto como tal. Espíritus convulsivos, fanáticos de lo improbable, descoyuntados entre el dogma y la aporía, estamos tan dispuestos a saltar hacia Dios por rabia como seguros de no vegetar en Él.»

Sólo es contemporáneo el profesional de la herejía, el expulsado por vocación, a la vez vomitado y pánico de las ortodoxias. Antaño uno se definía por los valores que suscribía; hoy, por los que repudia. Sin los fastos de la negación, el hombre es un pobre y lamentable «creador» incapaz de cumplir su destino de capitalista de la voltereta, de aficionado a la quiebra. ¿La sabiduría? Ninguna época estuvo más libre de ella, es decir, que nunca el hombre fue más él mismo: un ser rebelde a la sabiduría. Traidor a la zoología, animal descarriado, se insurge contra la naturaleza como el hereje contra la tradición. Éste es, pues, hombre en segundo grado. Toda innovación es cosa suya. Su pasión: encontrarse en el origen, en el punto de partida de cualquier cosa. Incluso si es humilde, aspira a hacer sentir a los otros los efectos de su humildad y cree que un sistema religioso, filosófico o político vale la pena de ser roto o renovado: situarse en el centro de una ruptura es su máxima aspiración. Odiando el equilibrio y el abotagamiento de las instituciones, las empuja para precipitar su fin.

«El sabio, por su parte, es hostil a lo nuevo. Desengañado, abdica: es su forma de protesta. Orgullosa que se aísla en la norma, se afirma a sí mismo retrocediendo. ¿Hacia qué tiende? A superar o neutralizar sus contradicciones. Si lo logra, prueba que las suyas carecían de vigor, que las había superado antes de afrontarlas. Como le falta el instinto, le es fácil ser dueño de sí, pontificar en la anemia de su serenidad.»

«Por poco que nos veamos arrastrados por nosotros mismos, advertimos que no está en nuestro poder frenar, entibiar o escamotear nuestras contradicciones. Ellas nos guían, nos estimulan y nos matan. El sabio, al elevarse por encima de ellas, se acomoda a ellas, no las sufre, no

[gana nada con morir: es, vivo, un semimuerto. En otros tiempos era un modelo; para nosotros no es más que un desecho de la biología, una anomalía sin atractivo.]

Difama usted la sabiduría porque no puede llegar a ella, porque le está «prohibida», piensa quizá usted. Creo que es completamente cierto que lo piensa. A lo cual yo os respondería que es demasiado *tarde* para ser sabio, que, de todas maneras, eso no serviría para nada sin contar que un mismo abismo nos devorará a todos, sabios o locos. Reconozco, por lo demás, que soy el sabio que nunca seré... Toda fórmula de salvación actúa en mí como un veneno: me deshace, aumenta mis dificultades, agrava mis relaciones con los otros, irrita mis heridas y, en lugar de ejercer sobre la economía de mis días una virtud salu- tífica, desempeña en ella un papel nefasto. Sí, toda sabiduría actúa en mí como un *tóxico*. Sin duda piensa usted igualmente que yo «voy» demasiado con esta época, que le hago demasiadas concesiones. A decir verdad, ahí os aplaudo y la rechazo en todo lo que puede haber en mí de pasión y de incoherencia. Me da la sensación de un último acto hipostasiado. ¿Hay que deducir de ello que nunca concluirá, que, interminable, perpetuará su inacabamiento? Nada de eso. Adivino lo que sucederá y, para saberlo mejor, me basta con leer y releer la carta de San Jerónimo tras el saqueo de Roma por Alarico. Expresa el asombro y el malestar de quien, desde la periferia de un Imperio, contempla su descomposición y su reblandecimiento. Medítadla: es como nuestro epitafio anticipado.]

\* Ignoro si es legítimo hablar del fin del hombre, pero estoy seguro de la caída de todas las ficciones en las que hemos vivido hasta la fecha. Digamos que el historiador desvela al fin su lado nocturno y, para seguir en la vaguedad, que un mundo se destruye. Pues bien: en la hipótesis de que sólo

dependiese de mí el que eso no se produjese, yo no haría gesto alguno, no movería ni el dedo meñique. El hombre me atrae y me espanta, lo amo y lo odio, con una vehemencia que me condena a la pasividad. No concibo que nadie pueda molestarse para apartarlo de su fatalidad. ¡Qué ingenuo hay que ser para condenarle o defenderle! Feliz quien a su respecto experimente un sentimiento neto: perecerá *salvado*.]

Para mi vergüenza os confesaré que hubo un tiempo en que yo mismo pertenecía a esa categoría de dichosos. Me tomaba muy a pecho el destino del hombre, aunque de otra manera que ellos. Yo debía tener veinte años, la misma edad de usted. «Humanista» al revés, me imaginaba yo –con mi orgullo todavía intacto– que llegar a convertirse en enemigo del género humano era la más alta dignidad a que podía aspirarse. Deseoso de cubrirme de ignominia, envidiaba a todos los que se exponían a los sarcasmos, a la baba de los otros y que, acumulando vergüenza sobre vergüenza, no se perdían ninguna ocasión de quedarse solos. Así llegué incluso a idealizar a Judas, porque, rehusando soportar por más tiempo el anonimato de la fidelidad, quiso singularizarse por la traición. No fue por venalidad, me complacía pensar; fue por ambición por lo que *entregó* a Jesús. Soñó con igualarle, con equivalerle en el mal; en el bien, frente a tal competencia, no tenía medio de distinguirse. Como el honor de ser crucificado le estaba prohibido, supo hacer del árbol de Hakeldama una réplica de la Cruz. Todos mis pensamientos le seguían por el camino de la horca, mientras yo me disponía a vender también a mis ídolos. Envidiaba sus infamias, el valor que tuvo de hacerse execrar. ¡Qué sufrimiento ser un cualquiera, un hombre entre los hombres! Volviéndome hacia los monjes, meditando día y no-

che sobre su reclusión, me los imaginaba rumiando fechorías y crímenes más o menos abortados. Todo solitario, me decía yo, es sospechoso; un ser *puro* no se aísla. Para desear la intimidad de una celda hay que tener la conciencia cargada, hay que tener miedo de su conciencia. Deploraba yo que la historia del monacato hubiera sido realizada por espíritus honrados, tan incapaces de concebir la necesidad de resultar odioso para uno mismo como de experimentar esa tristeza que mueve las montañas... Hiena delirante, contaba con hacerme odioso para todas las criaturas, obligarlas a aliarse contra mí, aplastarlas o hacerme aplastar por ellas. Para decirlo en una palabra, yo era ambicioso... Después, al matizarse, mis ilusiones debían perder su virulencia y encaminarse modestamente hacia el asco, el equívoco y el alelamiento»

Al término de estas palabras no puedo impedirme repetir que discierno mal el lugar que quiere usted ocupar en nuestro tiempo; ¿tendrá usted la suficiente flexibilidad o deseo de inconsistencia como para insertarse en él? Vuestro sentido del equilibrio no presagia nada bueno. Tal como es usted ahora, aún le falta mucho camino por andar. Para liquidar su pasado, sus inocencias, precisará usted de una iniciación al vértigo. Cosa fácil para quien comprende que el miedo, injertándose en la materia, le hizo dar ese salto del que somos algo así como el último eco. No hay miedo, sólo hay este miedo que se desenvuelve y se disfraza de instantes..., que está ahí, en nosotros y fuera de nosotros, omnipresente e invisible misterio de nuestros silencios y de nuestros gritos, de nuestras oraciones y de nuestras blasfemias. Pues bien: es precisamente en el siglo XX donde, floreciente, orgulloso de sus

conquistas y de sus éxitos, se aproxima a su apogeo. Ni nuestros frenesíes ni nuestro cinismo esperaban tanto. Y ya nadie se asombrará de que estemos tan lejos de Goethe, del último ciudadano del cosmos, del último gran ingenuo. Su «mediocridad» alcanza la de la naturaleza. Es el menos desarraigado de los espíritus: un amigo de los elementos. Opuestos a todo lo que él fue es para nosotros una necesidad y casi un deber ser injustos respecto a él, romperle en nosotros, rompernos...

Si no tiene usted la fuerza de desmoralizarse con esta época, de ir tan bajo y tan lejos como ella, no se queje de ser un incomprendido. Sobre todo, no se crea un precursor: no habrá luz en este siglo. Si se empeña usted en aportarle alguna innovación, hurgue en sus noches o desespere de su carrera.

En todo caso, no me acuse de haber utilizado con usted un tono perentorio. Mis convicciones son pretextos: ¿con qué derecho se las impondría a usted? No sucede lo mismo con mis fluctuaciones, éstas no las invento, creo en ellas, creo en ellas pese a mí. De este modo, es de buena fe y a mi pesar como os he infligido esta lección de perplejidad.

[TE]

En la época en que el artista movilizaba todas sus taras para producir una obra *que le ocultase*, la idea de entregar su vida al público no debía ni rozarle siquiera. No se imagina uno a Dante o a Shakespeare anotando los menudos incidentes de su existencia para ponerlos en conocimiento de los otros. Quizá incluso tendían a dar una falsa imagen de lo que eran. Tenían ese pudor de la fuerza que el



deficiente moderno ya no tiene. Diarios íntimos y novelas participan de una misma aberración: ¿qué interés puede presentar una vida? ¿Y qué interés, libros que parten de otros libros o espíritus que se apoyan en otros espíritus? No he sentido una sensación de verdad, un estremecimiento de ser más que en contacto con analfabetos: los pastores, en los Cárpatos, me han dejado una impresión mucho más fuerte que los profesores de Alemania o los vivillos de París, y he visto en España mendigos de los que me gustaría ser hagiógrafo. No tenían ninguna necesidad de inventarse una vida: *existían*; lo que no le sucede al civilizado. Decididamente, nunca sabremos por qué nuestros antepasados no se atrincheraron en sus cavernas. >

Cualquiera se atribuye a sí mismo un destino, luego cualquiera puede describir el suyo. La creencia de que la psicología revela nuestra ausencia debería apegarnos a nuestros actos, al pensamiento de que comportan un valor intrínseco o simbólico. Después vino ese esnobismo de los «complejos» para enseñarnos a engrandecer nuestras naderías, a dejarnos deslumbrar por ellas, a gratificar nuestro yo con facultades y profundidades de las que está visiblemente desprovisto. Sin embargo, la percepción íntima de nuestra nulidad sólo en parte ha sido sacudida. Ante el novelista que hace hincapié sobre su vida, sentimos que finge tan sólo creer en ella, que no tiene ningún respeto por los secretos que descubre: él no se engaña y nosotros, sus lectores, todavía menos. > Sus personajes pertenecen a una humanidad de segunda clase, descarada y débil, sospechosa a fuerza de habilidades y maniobras. Es imposible concebir a un Rey Lear *astuto*... El lado vulgar, el lado arribista de la novela es el que fija sus rasgos: degradación de la fatalidad, Destino que ha perdido

su mayúscula, improbabilidad de la desdicha, tragedia desplazada.

Junto al héroe trágico, colmado por la adversidad, su bien de siempre, su patrimonio, el personaje novelesco aparece como un aspirante a la ruina, un jornalero del horror, muy preocupado por perderse, muy tembloroso por no lograrlo. Inseguro de su desastre, sufre por ello. No hay necesidad alguna en su muerte. El autor, tal es nuestra impresión, podría salvarlo: lo que nos da una sensación de malestar y nos echa a perder el placer de la lectura. La tragedia, por su parte, se desenvuelve en un plano me atrevería a decir que absoluto: el autor no tiene ninguna influencia sobre los héroes, no es más que su servidor, su instrumento; son ellos los que mandan y le intiman a redactar el acta de sus hechos y gestos. Ellos *reinan* hasta en las obras a las que sirven de pretexto. Y esas obras nos parecen realidades independientes del escritor y de los hilos de la psicología. Las novelas las leemos de una manera muy otra. Siempre pensamos en el novelista; su presencia nos obsesiona; le vemos debatirse con sus personajes; a fin de cuentas, sólo él nos requiere. «¿Qué va a hacer con ellos? ¿Cómo se librarán de ellos?», nos preguntamos con una inquietud mezclada con aprehensión. Si ha podido decirse que Balzac reproducía a Shakespeare pero *con fracasados*, ¿qué pensar entonces de nuestros novelistas, obligados a inclinarse sobre un tipo de humanidad aún más deteriorada? Desprovisto de aliento cósmico, el personaje mengua y no llega a contrapesar el efecto disolvente de su saber, de su voluntad de clarividencia, de su falta de «carácter».

El fenómeno moderno por excelencia está constituido por la aparición del *artista inteligente*. No es que los de otras épocas fuesen incapaces de abstracción o sutileza

pero, instalados de un solo golpe en el centro de su obra, la realizaban sin reflexionar demasiado sobre ella y sin rodearse de doctrinas y de consideraciones de método. El arte, aún nuevo, les llevaba. Ahora ya no sucede lo mismo. Por reducidos que sean sus medios intelectuales, el artista es ante todo esteticista: situado fuera de su inspiración, la prepara y se restringe a ella deliberadamente. Si es poeta, comenta sus obras, las explica sin convencer-nos, y, para inventar y renovarse, imita el instinto que ya no tiene: la idea de poesía se ha convertido en su materia poética, su fuente de inspiración. Canta a *su poema*; grave desfallecimiento, sin sentido poético: no se hacen poemas con la poesía. Sólo el artista dudoso parte del arte; el artista verdadero saca su materia de otra parte: de sí mismo... Al lado del «creador» actual, de sus esfuerzos y de su esterilidad, los del pasado parecen desfallecer de salud: no estaban anémicos por causa de la filosofía, como los nuestros. Interrogad, en efecto, a cualquier pintor, novelista, músico: veréis que los *problemas* le prestan esa inseguridad que es su marca esencial. Tantea como si estuviese condenado a detenerse en el umbral de su empresa o de su suerte. A esta exacerbación del intelecto, acompañada de una disminución correspondiente del instinto, nadie escapa en nuestros días. Lo monumental, lo grandioso irreflexivo ya no es posible: por el contrario, lo *interesante* se eleva al nivel de categoría. Es el individuo quien hace el arte, no ya el arte quien hace al individuo, como ya no es la obra lo que cuenta, sino el comentario que la precede o sucede. Y lo mejor que un artista produce son sus ideas sobre lo que hubiera podido realizar. Se ha convertido en su propio crítico, como el vulgo en su propio psicólogo. Ninguna edad ha conocido tal conciencia de sí. Vistos desde este ángulo, el Renacimiento parece bárbaro, la

Edad Media prehistórica, e incluso el último siglo parece un poquito pueril. Sabemos mucho nosotros mismos; por otra parte, no *somos nada*. Revancha de nuestras lagunas en ingenuidad, en frescura, en esperanza y en estupidez, el «sentido psicológico», nuestra mayor adquisición, nos ha metamorfoseado en espectadores de nosotros mismos. ¿Nuestra mayor adquisición? Dada nuestra incapacidad metafísica, lo es indudablemente, tal como es el único tipo de profundidad del que somos susceptibles. Pero si se trasciende la psicología, toda nuestra «vida interior» parece una meteorología afectiva cuyas variaciones no comportan ningún significado. ¿A santo de qué interesarse por los manejos de espectros, por los estadios de la apariencia? Y ¿cómo, tras el *Temps retrouvé*, reclamarnos de un yo, cómo apostar todavía por nuestros secretos? No es Eliot, sino Proust, quien es el profeta de los «hollow men», de los hombres vacíos. Quitad las funciones de la memoria por las que él se ingenia para hacernos triunfar sobre el devenir y no queda ya nada en nosotros más que el ritmo que marca las etapas de nuestra delicuescencia. Desde este punto, negarse al aniquilamiento constituye una descortesía para consigo mismo. El estado de criatura no conviene a nadie. Lo sabemos tanto por Proust como por el maestro Eckhart; con el primero, entramos en el goce del vacío por el tiempo; en el segundo, por la eternidad. Vacío psicológico; vacío metafísico. El uno, coronamiento de la introspección; el otro, de la meditación. El «yo» constituye un privilegio sólo de aquellos que no van hasta el fondo de sí mismos. Pero ir hasta el fondo de sí mismo es un extremo fecundo para el místico, pero nefasto para el escritor. Es imposible figurarse a Proust sobreviviendo a su obra, a la visión que la concluye. Por otra parte, ha vuelto superflua e irritante

toda búsqueda en la dirección de las minucias psicológicas. A la larga, la hipertrofia del análisis obstaculiza al novelista y a sus personajes. No se puede complicar infinitamente un carácter ni las situaciones en las que se encuentra implicado. Se las conoce todas o, por lo menos, se las adivina.

«Sólo hay una cosa peor que el hastío: el miedo al hastío. Y tal miedo es el que experimento cada vez que abro una novela. No sé qué hacer con la vida del héroe, no me apego a ella, no creo en ella en manera alguna. El género, que ya ha dilapidado su sustancia, carece de objeto. El personaje se muere y la intriga igual. En este aspecto no deja de ser significativo que las únicas novelas dignas de interés sean precisamente aquellas donde, tras haber sido despedido el universo, ya no pasa nada. Incluso el autor parece ausente. Deliciosamente ilegibles, sin pies ni cabeza, igual podrían detenerse en la primera frase que continuar decenas de millares de páginas.» A propósito de ellas, se le ocurre a uno una pregunta: ¿puede repetirse indefinidamente la misma experiencia? Escribir una novela sin tema está muy bien, pero ¿para qué escribir diez o veinte? Planteada la necesidad de la ausencia, ¿por qué multiplicar esa ausencia y complacerse en ella? La concepción implícita de esta clase de obras opone al desgaste del ser la realidad inagotable de la nada. Sin valor lógico, tal concepción no es menos cierta afectivamente. (Hablar de la nada en otros términos que los de la afectividad es perder el tiempo.) Postula una investigación sin referencias, una experiencia vivida en el interior de una realidad inagotable, vacuidad experimentada y pensada a través de la sensación, lo mismo que una dialéctica paradójicamente fija, sin movimiento, dinamismo de la monotonía y de la vacación. ¿No es esto dar vueltas sobre lo mismo? *Voluptuosidad de la*

*no-significación*: supremo callejón sin salida. Servirse de la ansiedad no para convertir la ausencia en misterio, sino el misterio en ausencia. Misterio nulo, pendiente de sí mismo, sin trasfondo e incapaz de llevar a quien lo concibe más allá de las revelaciones del sinsentido.

A la narración que suprime lo narrado, el objeto, corresponde una ascesis del intelecto, una meditación *sin contenido*... El espíritu se ve reducido al acto por el que es espíritu, y nada más. Todas sus actividades le retrotraen a sí mismo, a ese desenvolvimiento estacionario que le impide aferrarse a las cosas. Ningún conocimiento, ninguna acción: la meditación sin contenido representa la apoteosis de la esterilidad y el rechazo.

La novela que se sale del tiempo abandona su dimensión específica, renuncia a sus funciones: gesto heroico que es ridículo repetir. ¿Acaso se tiene el derecho de extenuar las propias obsesiones, de explotarlas, de reiterarlas implacablemente? Más de un novelista de hoy me hace pensar en un místico que hubiera *superado* a Dios. El místico que hubiese llegado ahí, es decir, a ninguna parte, no podría ya rezar, puesto que habría ido más allá del objeto de sus oraciones. Pero ¿por qué los novelistas que han superado la novela perseveran en ella? Tal es la capacidad de fascinación de ésta que subyuga a los mismos que se esfuerzan en deshacerla. ¿Quién podría expresar mejor la obsesión moderna por la historia y la psicología? Si el hombre se agota en su realidad temporal, es sólo un personaje, un argumento de novela y nada más. En resumen: nuestro semejante. Por otro lado, la novela hubiera sido inconcebible en un período de florecimiento metafísico: es imposible imaginársela prosperando en la Edad Media, ni en Grecia, India o China clásicas. Pues la experiencia metafísica, desertando de la cronología y las mo-

dalidades de nuestro ser, vive en la intimidad de lo absoluto, absoluto al que el personaje debe tender sin alcanzarle jamás: sólo con esta condición dispone de un destino, el cual, para ser literariamente eficaz, supone una experiencia metafísica inacabada, voluntariamente inacabada, añadiría yo. Esto apunta incluso a los mismos héroes dostoyevskianos: ineptos para salvarse, impacientes por decaer, nos intrigan en la medida en que guardan una *falsa* relación con Dios. La santidad no es para ellos más que un pretexto para el desgarramiento, un suplemento de caos, un rodeo que les permite derrumbarse mejor. Si la poseyesen dejarían de ser personajes: la persiguen para rechazarla, para paladear el peligro de volver a caer en sí mismos. Es por su condición de santo fallido por lo que el príncipe epiléptico se sitúa en el centro de una intriga, pues la santidad *realizada* es contradictoria con el arte de la novela. En lo tocante a Aliocha, más próximo al ángel que al santo, su pureza no evoca la idea de un destino y no se imagina uno bien cómo Dostoyevski hubiera podido hacer de él la figura central de una continuación de *Los hermanos Karamazov*. Proyección de nuestro horror por la historia, el ángel es el arrecife, es decir, la muerte de la narración. ¿Será preciso deducir que el dominio del narrador no debe extenderse a los acontecimientos de la caída? Esto me parece singularmente cierto para el novelista, cuya función, mérito y única razón de ser es realizar pastiches del infierno.

No reivindico el honor de no poder leer una novela hasta el final; me insurjo simplemente contra su insolencia, contra la doblez que nos ha impuesto y el lugar que ha tomado entre nuestras preocupaciones. Nada más into-

lerable que asistir durante horas en torno a tal o tal personaje ficticio. Que no se me malentienda: los libros más conmovedores, si no los más grandes, que he leído eran novelas. Lo cual no me impide aborrecer la visión de la que procedían. Odio sin esperanza. Pues si aspiro a otro mundo, a cualquier mundo, salvo el nuestro, sé, sin embargo, que nunca llegaré a él. Cada vez que he intentado establecerme en un principio superior a mis «experiencias», forzoso me ha sido constatar que éstas primaban para mí en interés sobre aquél, que todas mis veleidades metafísicas se estrellaban contra mi frivolidad. Errónea o acertadamente, he acabado por hacer responsable a todo un género, por envolverlo con mi rabia, por ver en él un obstáculo contra mí mismo, el agente de mi desparramamiento y del de los otros, una maniobra del tiempo para infiltrarse en nuestra sustancia, la prueba definitiva de que la eternidad nunca será para nosotros más que una palabra y una nostalgia. «Como todo el mundo, eres hijo de la novela», tal es mi estribillo y mi derrota.

⟨No hay ataque que no encierre una voluntad de liberarse de un embeleso o de castigarse por él. Nunca me perdonaré el estar interiormente más próximo del primer novelista que llega que del más fútil de los sabios de antaño. No se apasiona uno impunemente por los tejemanejes de la civilización occidental, civilización de la novela. Obnubilada por la literatura, concede al escritor poco más o menos el mismo crédito que se concedía al sabio en el mundo antiguo. Sin embargo, el patricio que compraba su estoico o su epicúreo debía, junto a su esclavo, elevarse a un nivel al que no sabría aspirar el burgués moderno que lee a su novelista. Si se me replicase que ese sabio, cuando no era un impostor, discurría sobre temas tan tri-

llados como el destino, el placer o el dolor, yo respondería que ese tipo de mediocridad me parece preferible a la nuestra y que incluso en el charlatanismo de la sabiduría hay más verdad que en la actividad novelesca. Y, además, si de charlatanismo se trata, no olvidemos ese otro, más digno, más real, de la poesía. >

Evidentemente no se puede hacer poesía con cualquier cosa. No se presta a todo. Tiene escrúpulos y un cierto... *standing*. Robarle su bien comporta ciertos riesgos: nada más inconsistente que ella cuando se la trasplanta al discurso. Conocido es el carácter híbrido de la novela de la inspiración romántica, simbolista o surrealista. Efectivamente, la novela, usurpadora por vocación, no ha dudado en apoderarse de los medios propios de movimientos esencialmente poéticos. Impura por su misma adaptabilidad, ha vivido y vive del fraude y del pillaje y se ha vendido a todas las causas. Ha sido la prostituta de la literatura. Ninguna preocupación por la decadencia le supone un obstáculo, no hay intimidad que no viole. Con igual desenvoltura hurga en los basureros y en las conciencias. El novelista, cuyo arte está hecho de auscultación y cotilleo, transforma nuestros silencios en chismes. Incluso misántropo, siempre tiene la pasión de lo humano: se abisma en ello. ¡Qué lamentable papel hace junto a los místicos, sus locuras y su «inhumanidad»! Y, además, Dios tiene en cualquier caso más clase. Se concibe que se ocupen de él. Pero no comprendo que se apegue uno a las personas. Sueño con las profundidades del *Uugrund*, fondo anterior a las corrupciones del tiempo, y cuya soledad, superior a la de Dios, me separaría por siempre de mí, de mis semejantes, del lenguaje del amor, de la prolijidad que arrastra la curiosidad por otro. Si la tomo con el novelista es porque, trabajando

con una materia vulgar, con todos nosotros, es y debe ser más prolijo que nosotros. Hagámosle al menos justicia sobre un punto: tiene el valor de la disolución. Es el precio de su fecundidad y su potencia. No hay talento épico sin una ciencia de la banalidad, sin el instinto de lo inesencial, de lo accesorio y de lo ínfimo. Páginas y páginas: acumulaciones de naderías. Si el poema-río supone una aberración, la novela-río está inscrita en las leyes mismas del género. *Palabras, palabras, palabras...* Hamlet leía, sin duda, una novela. Reflejar la vida en sus detalles, degradar nuestras estupefacciones en anécdotas, ¡qué suplicio para el espíritu! El novelista no experimenta este suplicio, como tampoco siente la insignificancia y la ingenuidad de lo «extraordinario». ¿Acaso hay un solo acontecimiento que valga la pena de ser relatado? Pregunta poco razonable, pues yo mismo he leído tantas novelas como cualquiera. Pero cuestión sensata, a poco que el tiempo vuele de nuestras conciencias y no quede en nosotros más que un silencio que nos arrebatara de entre los seres y de esa extensión de lo inconcebible sobre la esfera de cada instante por la que se define la existencia.

El *sentido* comienza a hacer pasar de moda. El cuadro cuya intención es inteligible no es mirado largo tiempo; el fragmento musical de carácter perceptible, de contornos definidos, nos cansa; el poema demasiado claro, demasiado explícito, nos parece... incomprendible. El reino de la evidencia toca a su fin: ¿Qué verdad clara vale la pena de ser enunciada? Lo que puede ser comunicado no merece la pena de que nadie se detenga en ello. ¿Deduciremos de esto que sólo el misterio debe retenernos? Es no

menos fastidioso que la evidencia. Entiendo aquí el misterio *pleno*, tal como ha sido concebido hasta nosotros. El nuestro, puramente formal, no es más que un recurso de espíritus decepcionados por la claridad, una profundidad hueca, correspondiente con esta etapa del arte en que ya nadie se engaña, en la cual, en literatura, en música, en pintura, somos contemporáneos de todos los estilos. El eclecticismo, si bien daña la tradición, ensancha en contrapartida nuestro horizonte y nos permite aprovecharnos de todas las tradiciones. Libera al teórico, pero paraliza al creador, a quien descubre perspectivas demasiado vastas; ahora bien, una obra se hace dejando de lado o fuera el saber. Si el artista de hoy se refugia en lo oscuro es que ya no puede innovar *con lo que sabe*. La masa de sus conocimientos ha hecho de él un glosador, un Aristarco desengañado. Para salvaguardar su originalidad no le queda ya más que la aventura de lo ininteligible. Renunciará, pues, a las evidencias que le impone una época sabia y estéril. Si es poeta, se encuentra ante palabras de las que ninguna, en su acepción legítima, está cargada de futuro; si las pretende viables, deberá romper su sentido, correr tras *la impropiedad*. En las Letras en general asistimos a la capitulación del Verbo, el cual, por extraño que ello pueda parecer, está todavía más gastado que nosotros. Sigamos, pues, la curva descendente de su vitalidad, concertémonos con su grado de «surmenage» y decrepitud, desposeamos al caminar de su agonía. Cosa curiosa: jamás fue más libre; su dimisión es su triunfo: emancipado de lo real y de lo vivido, se permite al fin el lujo de no expresar nada más que el equívoco de su propio juego. De esta agonía, de este triunfo, el género que nos ocupa debía resentirse.

La llegada de la novela sin materia ha dado un golpe de

muerte a la novela. No más fabulación, ni personajes, ni intrigas, ni casualidad. Excomulgado el objeto, abolido el sucedido, sólo subsiste todavía un yo que se sobrevive, que se acuerda de haber sido; un yo *sin mañana* que se aferra a lo indefinido, le da vueltas y revueltas, lo convierte en tensión y esta tensión no tiene más desenlace que sí misma: éxtasis en los confines de las letras, murmullo incapaz de desvanecerse en grito, letanía y soliloquio del vacío, llamada esquizofrénica que rechaza al eco, metamorfosis en un punto extremo que se hurta y que no persigue ni el lirismo de la invectiva ni el de la oración. Aventurándose hasta las raíces de lo vago, el novelista se convierte en un arqueólogo de la ausencia que explora las capas de lo que no es y no podría ser, que horada lo inaprehensible y lo desenvuelve ante nuestras miradas cómplices y desconcertadas. ¿Un místico que se ignora? Ciertamente, no. Pues el místico, si bien nos describe los trances de su espera, ésta desemboca en un objeto en el cual llega a echar el ancla. Su tensión se dirige fuera de sí misma o se mantiene tal cual en el interior de Dios, donde encuentra un apoyo y una justificación. Reducida a sí misma, sin la subyacencia de una realidad, sería dudosa o no intrigaría más que a la psicología. Admitamos, sin embargo, que esta realidad que la sostiene y transfigura sea ilusoria: en sus accesos de acedía, el místico conviene en ello. Pero tales son sus recursos, tal es el automatismo de su tensión que, en lugar de entregarse a lo indefinido y fundirse con ello, lo sustancializa, le presta su espesor y un rostro. Tras haber abjurado de sus caídas y convertido sus noches en camino y no en hipóstasis, penetra en una región en la que ya no conoce esa sensación, la más penosa de todas, de que el *ser* os está vedado, que nunca podréis hacer un pacto con él. Y

de ese ser no conoceréis más que la periferia, las fronteras: por eso es uno escritor. El *no man's land* que se extiende entre estas fronteras y las de la literatura es recorrido, en sus mejores momentos, por el novelista. Llegada a ese punto, falta de contenido y de objeto al que aplicarse, la psicología se anula, puesto que ha entrado en una zona incompatible con su ejercicio. Imaginaos una novela en que los personajes no viviesen en función los unos de los otros, ni de sí mismos, un Adolfo, un Iván Karamazov o un Swann sin acompañantes: comprenderéis que los días de la novela están contados y que, si se obstina en durar, deberá satisfacerse con una carrera de cadáver.

Es preciso, sin duda, ir todavía más lejos: desear, más allá del final de un género, el de todos los otros, el del arte. Privado de todas sus escapatorias, el hombre tendría el buen gusto, proclamando su desasistimiento, de suspender su carrera, aunque no fuera más que durante unas cuantas generaciones. Antes de comenzar de nuevo le sería preciso regenerarse por el estupor: a lo cual le incita todo el arte contemporáneo en la medida en que éste suscribe su propia destrucción.

«No es que haya que creer en el porvenir de la metafísica ni en ninguna clase de porvenir. Lejos de mí tal locurà. No por ello es menos cierto que todo final oculta una promesa y despeja el horizonte. Cuando en los escaparates de las librerías no veamos ya ninguna novela, se habrá dado un paso, quizá hacia adelante o quizá hacia atrás... Por lo menos toda una civilización basada en la prospección de futilidades sucumbirá. ¿Utopía, divagación o barbarie? No lo sé. Pero no puedo impedirme pensar en el último novelista.»

Cuando, al final de la Edad Media, la epopeya comenzó

a debilitarse, para desaparecer a continuación, los contemporáneos de este declinar debieron experimentar cierto alivio: seguramente respirarían con mayor libertad. Una vez agotada la mitología cristiana y caballeresca, el heroísmo, concebido al nivel cósmico y divino, cedió su puesto a la tragedia: el hombre se apoderó, en el Renacimiento, de sus propios límites, de su propio destino y llegó a ser él mismo hasta ponerse al borde del estallido. Después, no pudiendo soportar por más tiempo la opresión de lo sublime, se rebajó a la novela, la epopeya de la era burguesa, epopeya sustitutoria.

Ante nosotros se abre una vacante que llenarán los sucedáneos filosóficos, las cosmogonías de simbolismo nebuloso, visiones dudosas. El espíritu se ensanchará con ello y englobará más materias que las que suele contener. Pensemos en la época helenística y en la efervescencia de las sectas gnósticas: el Imperio, con su vasta curiosidad, abrazaba sistemas irreconciliables y, a fuerza de naturalizar dioses orientales, ratificaba numerosas doctrinas y mitologías. Lo mismo que un arte extenuado se hace permeable a las fuerzas de expresión que le eran extrañas, del mismo modo un culto ya sin recursos se deja invadir por todos los otros. Tal fue el sentido del sincretismo antiguo, tal es el sentido del sincretismo contemporáneo. Nuestro vacío, en el que se amontonan artes y religiones dispares, llama a ídolos de otras partes, ya que los nuestros están demasiado caducos como para seguir velando por nosotros. Especializados en otros cielos, no sacamos empero ningún provecho de ellos: salido de nuestras lagunas, de la ausencia de un principio de vida, nuestro saber es universalidad de superficie, dispersión que presagia la venida de un mundo unificado en lo grosero y lo terrible. Sabemos de qué modo, en

la Antigüedad, el dogma puso fin a las fantasías del gnosticismo; adivinamos en qué certeza se acabarán nuestros desvaríos enciclopédicos. Quiebra de una época en la que la historia del arte sustituye al arte y la de las religiones a la religión. >

◀ No seamos inútilmente amargos: ciertas quiebras pueden ser fecundas. Por ejemplo, la de la novela. Saludémosla, pues; incluso lleguemos hasta celebrarla: nuestra soledad se encontrará de este modo reforzada, robustecida. Privados de una de nuestras salidas, acorralados finalmente en nosotros mismos, podremos interrogarnos mejor sobre nuestras funciones y nuestros límites, sobre la inutilidad de tener una vida, de convertirse en un personaje o de crear uno. ¿La novela? Es un veto opuesto al estallido de nuestras apariencias, el punto más alejado de nuestros orígenes, artificio para escamotear nuestros auténticos problemas, pantalla que se interpone entre nuestras realidades primordiales y nuestras ficciones psicológicas. Nunca admiraremos bastante a todos los que, imponiéndole técnicas que la niegan, una atmósfera que la invalida, exigencias que la superan, colaboran a su ruina y a la de nuestro tiempo, del que es juntamente el rostro, la quintaesencia y la mueca. > Traduce todos sus rostros, acapara todas sus posibilidades de expresión. Muchos la adoptan, aunque su naturaleza no les disponía nada a ello. Hoy Descartes sería, probablemente, novelista; Pascal, casi seguro. < Un género se hace universal cuando seduce a los espíritus que nada inclinaba hacia él. Pero la ironía quiere que sean ellos precisamente los que lo subviertan: introducen en él problemas heterogéneos a su naturaleza, lo di-

versifican, lo pervierten y lo recargan hasta hacer quebrarse su arquitectura. Cuando no se tiene gran afecto por el futuro de la novela hay que alegrarse de ver a los filósofos escribirlas. Siempre que éstos se infiltran en el mundo de las Letras es para explotar su desazón o precipitar su bancarrota. >

Que la literatura esté llamada a desaparecer es posible e incluso deseable. ¿Para qué sirve la farsa de nuestras interrogaciones, de nuestros problemas, de nuestras ansiedades? ¿No sería preferible, después de todo, orientarnos hacia una condición de autómatas? < A nuestras tristezas individuales, demasiado gravosas, les sucederían tristezas en serie, uniformes y fáciles de soportar; no más obras originales o profundas, no más intimidad, luego no más sueño ni más secretos. Dicha desdicha perdería todo su sentido porque no tendrían *de dónde* emanar; cada uno de nosotros sería, por fin, idealmente perfecto y nulo: *nadie*. Llevados al crepúsculo, a los últimos días del Albur..., contemplemos nuestros dioses a la deriva: valían lo mismo que nosotros, los pobres. Quizá les sobreviviremos, quizá volverán disminuidos, disfrazados, furtivos. > Para ser justos reconozcamos que, si bien se interpusieron entre nosotros y la verdad, ahora que se van no estamos más cerca de ella que en la época en la que nos prohibían mirarla o afrontarla. Tan miserables como ellos, continuamos trabajando en lo ficticio y sustituyendo, inevitablemente, una ilusión por otra: nuestras más profundas certezas no son más que mentiras que *actúan*. >

Sea como fuere, la materia de la literatura se adelgaza y esa otra, más limitada, de la novela, se desvanece ante nuestros ojos. ¿Está verdaderamente muerta o solamente moribunda? Mi incompetencia me impide decidirlo.



Tras haber sostenido su acabamiento, me asaltan los remordimientos: ¿Y si viviese? En tal caso, a otros, más expertos, corresponde establecer el grado exacto de su agonía.

[TE]

Nada más irritante que esas obras en las que se coordinan las ideas frondosas de un espíritu que ha aspirado a todo, salvo al sistema. ¿De qué sirve dar una apariencia de coherencia a las de Nietzsche, so pretexto de que giran en torno a un motivo central? Nietzsche es un conjunto de actitudes y supone rebajarle, buscar en él una voluntad de orden, una preocupación por la unidad. Cautivo de sus humores, ha recensionado sus variaciones. En su filosofía, meditación sobre sus caprichos, vanamente quisieran los eruditos elucidar constantes que rechaza.

La obsesión del sistema no es menos sospechosa cuando se aplica al estudio de los místicos. Pase todavía en el caso de un maestro Eckhart, que se tomó el cuidado de disciplinar su pensamiento: ¿Acaso no era un predicador? Un sermón, por inspirado que sea, tiene algo de *curso* escolar, expone una tesis y se atarea en mostrar lo bien fundada que está. Pero ¿qué decir de un Angelus Silesius, cuyos dísticos se contradicen a placer y no poseen más que un tema común, Dios, quien es presentado bajo tantas caras que es difícil identificar la verdadera? El *Peregrino querubínico*, serie de afirmaciones irreconciliables, espléndidamente confusas, no expresa más que los estados estrictamente subjetivos de su autor: querer descubrir ahí la unidad, el sistema, es arruinar su capacidad de seducción. (Angelus Silesius se preocupa menos de

Dios que de su dios propio. Una multitud de locuras poéticas resultan de ello, que deberían hacer retroceder al erudito y espantar al teórico. Nada de eso sucede. Uno y otro se empeñan en poner buen orden en esas afirmaciones, en simplificarlas, en sacar de ellas una idea precisa. Maníacos del rigor, quieren saber lo que el autor pensaba de la eternidad y de la muerte. ¿Qué es lo que pensaba? *Cualquier cosa*. Son experiencias tuyas, personales y absolutas. En cuanto a su dios, nunca *acabado*, siempre imperfecto y cambiante, él consigna sus momentos y traduce su devenir en un pensamiento no menos imperfecto y cambiante. Desconfiemos de lo definitivo, apartémonos de quienes pretenden poseer un punto de vista exacto sobre algo, sea lo que sea. Que en tal dístico Angelus Silesius identifica la muerte con el mal y en tal otro con el bien, sería una falta de probidad y de humor asombrarse de ello. Como la misma muerte *deviene* en nosotros, consideremos sus etapas, sus metamorfosis; encerrarla en una fórmula es detenerla, empobrecerla, sabotearla.

El místico no vive ni sus éxtasis ni sus ascos en los límites de una definición: su pretensión no es satisfacer las exigencias de su pensamiento, sino las de sus sensaciones. Y tiende mucho más que el poeta a la sensación, ya que merced a ella confina con Dios. >

No hay estremecimientos idénticos y que puedan ser repetidos a voluntad: la identidad de un vocablo recubre de hecho, multitud de experiencias divergentes. Hay mil percepciones de la nada y una sola palabra para traducirlas: la indigencia del discurso hace inteligible el universo... En Angelus Silesius, el intervalo que separa un dístico de otro está atenuado, si no anulado, por la imagen familiar de las mismas palabras que vuelven, por esa po-

breza del lenguaje que hace perder su individualidad a los suspiros, a los horrores y a los éxtasis. A partir de esto, el místico desvirtúa su experiencia al expresarla, tanto como el erudito desvirtúa al místico al comentarle.

Es un error sobre la mística suponer que deriva de un reblandecimiento de los instintos, de una savia comprometida. Un Luis de León, un San Juan de la Cruz, coronaron una época de grandes empresas y fueron necesariamente contemporáneos de la Conquista.

Lejos de ser claudicantes, lucharon por su fe, atacaron a Dios frontalmente, se apropiaron del cielo. Su idolatría del no querer, de la dulzura y la pasividad les protegía contra una tensión apenas soportable contra esa histeria sobreabundante de la que procedía su intolerancia, su proselitismo, su poder sobre este mundo y sobre el otro. Para adivinarlos, imagínese un Hernán Cortés en medio de una geografía invisible.

Los místicos alemanes no fueron menos conquistadores. Su inclinación a la herejía, a la afirmación personal, a la protesta, traducía, en el plano espiritual, la voluntad de individualizarse de toda una nación. Tal fue la significación de la Reforma que dio a Alemania su sentido histórico. En plena Edad Media, Eckhart desborda la tradición y se interna en un camino propio: su vitalidad anuncia la de Lutero. Indica igualmente la dirección que tomará el pensamiento alemán. Pero lo que le asegura una posición única es que, padre de la paradoja en materia de religión, fue el primero en haber dado un giro de drama intelectual a las relaciones entre el hombre y Dios. Esta tensión convenía particularmente a una época en que todo un pueblo estaba en fermentación y a la búsqueda de sí mismo.

Había algo de caballeresco en esos místicos. Portadores de una coraza secreta, indomables hasta en su pasión de torturarse, poseían el orgullo del gemido, una demencia contagiosa, incendiaria. Suso no le cede en nada a los más extravagantes anacoretas, hasta tal punto supo variar sus tormentos. El espíritu caballeresco, vuelto hacia lo intemporal, perpetúa allí el gusto por la aventura. Pues la mística es una aventura, una aventura vertical: se arriesga hacia lo alto y se apodera de otra forma de espacio. En ese punto se diferencia de esas doctrinas de la decadencia, de las que lo propio es no provenir del manantial, sino venir *de otra parte*, como las que de Oriente fueron trasplantadas a Roma. De este modo sólo respondían al apetito de marasmo de una civilización incapaz de crear una religión nueva o de adherirse todavía a los prestigios de la mitología. Lo mismo ocurre con los místicos de hoy, con su absoluto *importado* para uso de debiluuchos y decepcionados.

Suspiro insolente de la criatura, la piedad es inseparable de la energía y el vigor. Port-Royal, pese a su apariencia idílica, fue la expresión de una espiritualidad desbordante. Francia conoció allí su último momento de interioridad. A continuación ya no pudo volver a encontrar exceso y fuerza más que en el laicado: hizo la Revolución tras la implantación de un catolicismo edulcorado, que es todo lo que podía emprender. Habiendo perdido la tentación de la herejía, se había hecho estéril en inspiración religiosa.

Insumisos por vocación, desenfrenados en sus oraciones, los místicos juegan, *temblando*, con el cielo. La Iglesia los ha rebajado al rango de pedigüños de lo sobrenatural, a fin de que, fastidiosamente civilizados, puedan servir de «modelos». Sabemos, empero, que fueron, en

sus vidas y en sus escritos, fenómenos de la naturaleza y que no podía sucederles mayor desgracia que caer en manos de los curas. Nuestro deber es arrebatárselos: sólo a ese precio el cristianismo podrá aspirar a una precaria duración.

Cuando les llamo «fenómenos de la naturaleza» no pretendo en absoluto que tuviesen una «salud» a toda prueba. Se sabe que estaban enfermos. Pero la enfermedad actuaba en ellos como un acicate, como un factor de desmesura. A través de ella aspiraban a otro tipo de vitalidad que la nuestra. Pedro de Alcántara había conseguido no dormir más que una hora cada noche: ¿Acaso no es éste un signo de fuerza? Y todos ellos eran fuertes, puesto que no destruían sus cuerpos más que para sacar de ello un suplemento de poder. Se les supone dulces, pero no hay seres más duros. ¿Qué es lo que nos proponen? *Las virtudes del desequilibrio*. Ávidos de todo tipo de llagas, hipnotizados por lo insólito, emprendieron la conquista de la única ficción que vale la pena; Dios les debe todo: su gloria, su misterio, su eternidad. Prestan existencia a lo inconcebible, fuerzan la nada para animarla: ¿Cómo la dulzura podría realizar tal hazaña?

En contraposición con la nada, abstracta y falsa, de los filósofos, la suya brilla de plenitud: goce fuera del mundo, alzamiento de la duración, aniquilación luminosa más allá de los límites del pensamiento. Deificarse, destruirse para reencontrarse, abismarse en su propia claridad, son tareas que precisan más ímpetu y temeridad que lo exigido por el resto de nuestros actos. El éxtasis –estado límite de la sensación, perfeccionamiento *por medio de la ruina de la conciencia*– es patrimonio sólo de aquellos que, aventurándose fuera de sí mismos, sustituyen a la ilusión vulgar que fundaba su vida por otra, suprema,

en la que todo está resuelto y todo está superado. Ahí el espíritu está en suspenso, la reflexión abolida, y, con ella, la lógica de la zozobra. ¡Si pudiéramos, a ejemplo de los místicos, ir más allá de las evidencias y del callejón sin salida que se desprende de ellas, llegar a ser error deslumbrado, divino; si pudiésemos, como ellos, remontarnos hasta la *verdadera* nada! ¡Con qué habilidad desguazan a Dios, le saquean, le roban sus atributos, de los que se proveen para... rehacerlo! No hay nada que resista la efervescencia de su locura, esa expansión de su alma, siempre empeñada en fabricar otro cielo, otra tierra. Todo lo que tocan toma color de ser. Habiendo comprendido los inconvenientes de ver y dejar las cosas tal cual son, se han esforzado por desnaturalizarlas. Vicio de óptica al que prestan todos sus cuidados. Ninguna huella de lo real, bien lo saben, subsiste tras el paso, tras las devastaciones de la clarividencia. *Nada es*, tal es su punto de partida, tal es la evidencia que han conseguido vencer y rechazar para llegar a la afirmación: *todo es*. Hasta que no hayamos recorrido el camino que les ha conducido a una conclusión tan sorprendente no estaremos en pie de igualdad con ellos.

Ya en la Edad Media ciertos espíritus, cansados de reiterar los mismos temas, las mismas expresiones, debían, para renovar su piedad y emanciparla de la terminología oficial, recurrir a la paradoja, a la fórmula seductora, ora brutal, ora matizada. Así, por ejemplo, el maestro Eckhart. Por riguroso y preocupado de coherencia que estuviese, era demasiado escritor para no parecer sospechoso a la Teología: su estilo, más que sus ideas, le valió el honor de ser convicto de herejía. Cuando se examinan, en

sus tratados y sermones, las proposiciones incriminadas, uno se sorprende de la preocupación por el bien decir que traicionan; revelan el lado genial de su fe. Como todo herético, pecó por la forma. Enemiga del lenguaje, la ortodoxia, religiosa o política, postula la expresión prevista. Si casi todos los místicos tuvieron conflictos con la Iglesia, es porque tenían demasiado talento; la Iglesia no exige ninguno, no reclama más que la obediencia, la sumisión a su *estilo*. En nombre de un verbo esclereotizado, erige sus hogueras. Para escapar a ellas, el herético no tenía otro recurso más que cambiar de fórmulas, expresar sus opiniones en otros términos, en términos *consagrados*. La Inquisición no hubiera quizá existido jamás si el catolicismo hubiese tenido más indulgencia y comprensión por la vida del lenguaje, por sus desvíos, su variedad y su invención. Cuando se ha barrido la paradoja, sólo se evita el martirio por el silencio o la banalidad.

Otras razones concurren a hacer del místico un hereje. Si le repugna que una autoridad externa reglamente sus relaciones para con Dios, no admite tampoco una injerencia más alta: apenas tolera a Jesús. Nada acomodaticio, debe, sin embargo, prestarse a ciertos compromisos, murmurar las oraciones recomendadas, prescritas, a falta de poder improvisar siempre nuevas. Perdonémosle esta debilidad. Quizá no cede a ella más que para demostrar que es capaz de rebajarse al nivel de lo vulgar y emplear su lenguaje, quizá para probarnos que no ignora la tentación de la humildad. Pero sabemos que no cae en ella a menudo, que gusta de innovar rezando, que inventa de rodillas y que ésta es su manera de romper con el dios común.

Reanima y rehabilita la fe, la amenaza y la zapa como un enemigo íntimo, providencial. Sin él, se marchitaría.

Ahora se adivina la razón por la que el cristianismo se muere y por la que la Iglesia, privada de apologistas y de detractores, no tiene ya a quien alabar ni a quien perseguir. Escasa de herejes, renunciaría gustosa a exigir obediencia si, como contrapartida, vislumbrase entre los suyos un exaltado que, dignándose atacarla, se la tomase en serio, y le diese alguna esperanza, algún motivo de alarma ¡Albergar tantos ídolos y no avizorar en lontananza ningún iconoclasta! Los creyentes ya no rivalizan entre ellos ni, por otra parte, tampoco los incrédulos: nadie quiere llegar primero en la carrera por la salvación o la condenación...

Acontecimiento considerable: los dos mayores poetas modernos, Shakespeare y Hölderlin, han dejado *de lado* el cristianismo. Si hubiesen padecido su seducción, hubieran creado una mitología propia y la Iglesia hubiera tenido la dicha de contar en sus filas dos herejes más. Sin dignar meterse con la Cruz, ni mucho menos alzarla hasta su altura, el uno fue más allá de los dioses y el otro resucitó los de Grecia. El primero se elevó por encima de la oración, el segundo invocaba un cielo que sabía impotente, que prefería difunto: el uno es precursor de nuestra indiferencia, el otro de nuestras nostalgias.

El solitario, combatiente a su manera, siente la necesidad de poblar su soledad con enemigos reales o imaginarios. Si es creyente, la llena de demonios, sobre la realidad de los cuales no se hace, a menudo, ninguna ilusión. Sin ellos, caería en la sosera: su vida espiritual se resentiría. Con justicia llamó Jakob Boehme al diablo el «cocinero de la naturaleza», cuyo arte da gusto a todo. El mismo Dios, imponiendo desde el principio la necesidad del enemigo, reconocía no poder pasarse sin luchar, sin atacar y sin ser atacado.

Como lo más frecuente es que el místico invente sus adversarios, de ello se sigue que su pensamiento afirma la existencia de los otros por cálculo, por artificio: es una estrategia sin mayores consecuencias. Su pensamiento se reduce, en última instancia, a una polémica consigo mismo: él se pretende multitud, se convierte en multitud, aunque no fuese más que fabricando siempre rostros, multiplicando sus caras: en esto se parece a su creador, cuyo trapicheo perpetúa.

Al fenómeno místico le falta continuidad: se expande, alcanza su apogeo, y después degenera y acaba en caricatura. Tal fue el caso del florecimiento religioso en España, en Flandes o en Alemania. Si, en las artes, el epígono a veces logra imponerse, nada, por el contrario, más lamentable que un místico de segunda categoría, parásito de lo sublime, plagiario de éxtasis. Puede jugarse a la poesía, puede incluso darse la ilusión de la originalidad: basta con haber penetrado en los secretos del oficio. Estos secretos apenas cuentan a los ojos del místico, cuyo arte no es más que un *medio*. Como no aspira a gustar a los hombres y quiere ser leído *más allá*, se dirige a un público bastante restringido, bastante difícil y que exige de él mucho más que simple talento o genio. ¿A qué se dedica? A buscar lo que escapa o sobrevive del desperdigamiento de sus experiencias: el residuo de la intemporalidad bajo las vibraciones del yo. Desgasta sus sentidos en el roce con lo indestructible, lo contrario que el poeta, que los desgasta por el roce con lo provisional; el uno se abisma casi carnalmente en lo supremo (la mística: *fisiología de las esencias*), el otro se deleita en la superficie de sí mismo. Dos gozadores en niveles diferentes. Tras haber paladeado las

apariencias, el poeta no puede olvidar su sabor; es un místico que, a falta de poder elevarse a la voluptuosidad del silencio, se limita a la de la palabra. Un charlatán de calidad, un charlatán *superior*.

Cuando se leen las *Revelaciones* de Margarita Ebner y se recorren sus crisis, su adorable infierno, se siente uno celoso. Durante días enteros no despegaba los labios; cuando al fin abría la boca, era para proferir gritos que exaltaban y hacían temblar al convento. Y ¿qué decir de Angela de Foligno? Es mejor escucharla directamente: «Contemplo, en el abismo en que me veo caída, la sobreabundancia de mis iniquidades, busco inútilmente cómo descubrirlas y mostrarlas al mundo, quisiera ir desnuda por las ciudades y las plazas, con pedazos de carne y pescado colgados de mi cuello, y gritar: ¡aquí tenéis a la criatura más vil!»

Temperamentos sanguíneos, que se complacían en los extremos de la degradación y de la pureza, en el vértigo de los bajos fondos y de las alturas, los santos no se acomodan a nuestros razonamientos y nuestras cobardías en absoluto. Ver en ellos un tipo de meditativos es equivocarse de medio a medio. Demasiado desbocados, demasiado feroces para poder detenerse en la meditación (que supone control de sí mismo, luego mediocridad de la sangre), si aspiran a descender hasta los cimientos de las cosas, el proceso que les conduce a ello no es precisamente «reflexivo». Sin ningún pudor, sin ninguna traza de estoicismo en sus gestos ni en sus palabras, creen que todo les está permitido, pasean su indiscreción a través de los corazones que turban, porque les horroriza la paz y no pueden soportar un alma *que ha llegado*. Se conde-

narían a sí mismos antes que aceptarse. Escuchemos de nuevo a Angela de Foligno: «Aunque todos los sabios del mundo y todos los santos del Paraíso me abrumasen con sus consolaciones y sus promesas, y Dios mismo con sus dones, si no me cambiase a mí misma, si no comenzase en el fondo de mí una nueva operación, en lugar de hacerme ningún bien, los sabios, los santos y Dios exasperarían más allá de toda expresión mi desesperación, mi furor, mi tristeza y mi ceguera.» ¿Acaso no deberíamos, frente a estas declaraciones y estas exigencias, liquidar nuestros últimos restos de buen sentido y lanzarnos como bárbaros hacia las «tinieblas de la luz»? ¿Cómo resolvernos a ello, clavados como estamos a las taras de la modestia? Nuestra sangre es demasiado tibia y nuestros apetitos demasiado domados. No tenemos ninguna posibilidad de ir más allá de nosotros mismos. Hasta nuestra locura es demasiado mesurada. Abatir los tabiques del espíritu, sacudirlo, desear su ruina –¡fuente de novedades!–. Tal como es ahora, es remiso a lo invisible y no percibe más que lo que ya sabe. Para que se abra al verdadero saber, necesita dislocarse, franquear sus límites, pasar por las orgías del aniquilamiento. No sería la ignorancia nuestro patrimonio si nos atreviésemos a izarlos por encima de nuestras certezas y de esta timidez que, impidiéndonos obrar milagros, nos hunde en nosotros mismos. ¿Por qué no tendremos el orgullo de los santos?

Si velan y rezan es para sonsacarle a Dios el secreto de su poder. Súplicas pérfidas las de estos rebeldes en torno a los cuales el demonio gusta de rondar. Hábiles, a él también le sonsacan su secreto y le fuerzan a trabajar para ellos. Saben aprovechar el principio malo que les habita para elevarse. Los que se derrumban de entre ellos ponen

en su caída cierta complacencia: caen no como víctimas, sino como asociados del diablo. Salvados o condenados, todos llevan una marca de no humanidad, todos rechazan asignar un límite a sus empresas. ¿Qué renuncian? Su renuncia es completa. Pero en lugar de verse disminuidos o debilitados por ella, se encuentran más poderosos que nosotros, que conservamos los bienes abandonados por ellos. Estos gigantes con el alma y el cuerpo fulminados nos aterran. Al contemplarlos, nos sentimos avergonzados de ser simplemente hombres. Y si ellos nos miran a su vez, desciframos las palabras que nuestra mediocridad inspira a su misericordia: «¡Pobres criaturas, que no tenéis el coraje de llegar a ser únicas, de convertirlos en monstruos!» Decididamente, el diablo trabaja para ellos y no es del todo ajeno a su aureola. ¿Qué humillación para nosotros haber pactado con él sin ninguna ganancia!

Destructor al servicio de la vida, demonio *vuelto hacia el bien*, el santo es el gran maestro del esfuerzo contra uno mismo. Para vencer sus inclinaciones, tanto como por miedo de sí mismo, se constriñe a la bondad, e imaginándose tener semejantes y deberes para con ellos, se impone el agotador trabajo de la piedad. Sufre y le gusta sufrir, pero al término de sus sufrimientos hace de los seres sus juguetes, recorre el futuro, lee en los pensamientos de los otros, cura a los incurables, infringe impunemente las leyes de la naturaleza. Es para adquirir esta libertad y este poder por lo que ha rezado y resistido a las tentaciones. El placer es consciente de ello, relaja, embota: si recurriese a él, no podría alcanzar, ni siquiera pretender lo extraordinario, su fuerza y sus facultades disminuirían: carecería

de energía en sus deseos y de ímpetu en sus ambiciones. Lo que desea son satisfacciones de otro orden y cierto placer ejemplar: el de igualar a Dios. Su horror de los sentidos es calculado, interesado. Los zahiere y los rechaza, sabiendo que volverá a encontrarlos, transfigurados, en el más allá.

Desde el momento en que aspira a sustituir a la divinidad, acepta pagar el precio debido: un fin tan grande justifica todos los medios. Persuadido de que la eternidad es privilegio de un cuerpo lacerado, buscará todo tipo de dolamas y conspirará contra su bienestar, de la ruina del cual espera su salvación y su triunfo. Si se dejase ir a su aire, perecería; pero como utiliza su vitalidad maltratada, se yergue de nuevo. Contenida durante demasiado tiempo, termina por explotar. Y se convierte en un lisiado temible que se vuelve contra el cielo para desalojar de él al usurpador. Tal favor, caído en suerte a los que, por medio del dolor, han penetrado el secreto de la Creación, no se da más que en las épocas en las que la salud se considera una desgracia.

Todo estado inspirado procede de una inanición cultivada, querida. La santidad, inspiración ininterrumpida, es un arte de dejarse morir de hambre sin... morir, un desafío a las entrañas y una especie de demostración de la incompatibilidad del éxtasis y la digestión. Una humanidad ahíta produce escépticos, nunca santos. ¿El absoluto? Cuestión de régimen. No hay ningún «fuego interior», ninguna «llama» sin la supresión casi total de los alimentos. Contrariemos a nuestros apetitos y nuestros órganos arderán, nuestra materia se incendiará. Quien come todo lo que le apetece está espiritualmente condenado.

Movidos por impulsos salvajes, los santos habían conseguido dominarlos, es decir, conservarlos secretamente. No ignoraban que la caridad toma su fuerza de nuestros dramas fisiológicos y que debían, para apegarse a los seres, declarar la guerra al cuerpo, pervertirlo, martirizarlo y someterlo. Cada uno de ellos evoca un agresor que, súbitamente convertido al amor, se dedicase después a odiarse. Y ellos supieron odiarse hasta el límite; pero, una vez agotado este odio de sí mismos, estaban libres, desprendidos de toda traba: la ascética les había revelado el sentido, la utilidad de la destrucción, preludio de la pureza y la liberación. A su vez, nos revelaron por qué tormentos pasar si queremos, también nosotros, ser libres.

A cualquier nivel que transcurra nuestra vida, no será verdaderamente nuestra más que en proporción de nuestros esfuerzos por romper sus formas aparentes. El hastío, la desesperación, incluso la abulia, nos ayudarán a ello, a condición siempre de hacer la experiencia completa, de vivirlas hasta el momento en que, a punto de sucumbir, nos erguimos y la transformamos en auxiliares de nuestra vitalidad. ¿Qué hay de más fecundo que lo peor para bien saber desearlo? Pues no es el sufrimiento lo que libera, sino el *deseo* de sufrir.

¿Cómo reírnos de la historia de la Edad Media? Uno suspiraba o aullaba en su celda: los otros le veneraban a uno... Las turbaciones no le conducían a uno al psiquiatra. Temiendo curarse, uno las exasperaba, mientras que se ocultaba la salud como una vergüenza, como un vicio. La enfermedad era el gran recurso de todos, el gran remedio. A partir de entonces, caída en el descrédito, boi-

coteada, continúa reinando, pero nadie la ama ni la busca. Enfermos, no sabemos qué hacer con nuestros males. Más de una de nuestras locuras quedará para siempre sin ser usada.

Hay otras histerias no menos admirables, de las que emanaban himnos al Sol, al Ser, a lo Desconocido. ¡Auro-ra de Egipto, de Grecia, frenesí de las mitologías, insisten-cia en el primer contacto con los elementos! Completamente en las antípodas, somos incapaces de vibrar con el espectáculo de los orígenes: nuestros interrogantes, en lugar de saltar en ritmos, se arrastran en las bajezas del concepto o se desfiguran bajo la risotada sarcástica de nuestros sistemas. ¿Dónde está nuestra sensibilidad hím-nica, la embriaguez de nuestros comienzos, al alba de nuestras estupefacciones? Arrojémosnos a los pies de la Pitia, volvamos a nuestros antiguos trances: filosofía de los *momentos únicos*, tal es la única filosofía.

Cuando hayamos dejado de referir nuestra vida secreta a Dios, podemos elevarnos a éxtasis tan eficaces como los de los místicos y vencer en este mundo sin referirnos al más allá. Pues si, empero, la obsesión de otro mundo debiera perseguirnos, nos sería fácil construirlo, proyectar uno de circunstancias, aunque no fuera más que para satisfacer nuestra necesidad de lo invisible. Lo que cuenta son nuestras sensaciones, su intensidad y sus virtudes, así como nuestra capacidad de precipitarnos en una locura no sagrada. En lo desconocido, podremos ir tan lejos como los santos, sin servirnos de sus medios. Nos bastará con obligar a la razón a un largo mutismo. Entregados a nosotros mismos, nada nos impedirá ya acceder a la suspensión deliciosa de todas nuestras facultades.

des. Quien ha vislumbrado esos estados sabe que nuestros movimientos pierden en ellos su sentido habitual: subimos hacia el abismo, descendemos hacia el cielo. ¿Dónde estamos? Pregunta sin sentido: ya no tenemos *lugar...*

[TE]

✱ ✱

*San Pablo*

Nunca le reprocharemos bastante haber hecho del cristianismo una religión poco elegante, haber introducido en él las tradiciones más detestables del Antiguo Testamento: la intolerancia, la brutalidad, el provincianismo. <¡Con cuánta indiscreción se mezclaba en cosas que no le concernían, de las que no entendía ni poco ni mucho! Sus consideraciones sobre la virginidad, la abstinencia y el matrimonio son sencillamente asquerosas. Responsable de nuestros prejuicios en religión y en moral, ha fijado las normas de la estupidez y ha multiplicado las restricciones que paralizan aún nuestros instintos.>

De los antiguos profetas no ha guardado el lirismo, ni el acento elegíaco y cósmico, pero sí el espíritu sectario y todo lo que en ellos era mal gusto, charlatanería, divagación para uso de los ciudadanos. <Las costumbres le interesan en el mayor grado. En cuanto habla de ellas se le ve vibrar de malignidad. Obsesionado por la ciudad, por la que quiere destruir tanto como por la que quiere edificar, concede menos atención a las relaciones entre el hombre y Dios que a las de los hombres entre sí.> Examinad de cerca las famosas Epístolas: no descubriréis en ellas ningún momento de cansancio y de delicadeza, de recogimiento y de distinción; todo en ellas es furor, jadeos, histeria de baja estofa, incompreensión por el conocimiento, por la



soledad del conocimiento. Intermediarios por todas partes, lazos de parentesco, un espíritu familiar: Padre, Madre, Hijo, ángeles, santos; ni rastro de intelectualidad, ningún concepto definido, nadie que quiera *comprender*. Pecados, recompensas, contabilidad de los vicios y de las virtudes. Una religión sin interrogantes: una orgía de antropomorfismo. El Dios que nos propone me hace enrojecer; descalificarlo constituye un deber; al punto en que ha llegado, está perdido de todas formas.

«Ni Lao-Tsé ni Buda invocan un Ser identificable; despreciando las maniobras de la fe, nos invitan a meditar y, para que esta meditación no gire en el vacío, fijan un término: el Tao o el Nirvana. Tenían otra idea del hombre.

¿Cómo meditar si hay que referirlo todo a un individuo... supremo? Con salmos, con oraciones, no se busca nada, no se descubre nada. Sólo por pereza se personifica la divinidad o se la implora. Los griegos se despertaron a la filosofía en el momento en que los dioses les parecieron insuficientes; el concepto comienza donde acaba el Olimpo. Pensar es dejar de venerar, es rebelarse contra el misterio y proclamar su quiebra»

Adoptando una doctrina que le era extraña, el converso se figura haber dado un paso hacia sí mismo, mientras que lo único que hace es escamotear sus dificultades. Para escapar a la inseguridad –su sentimiento predominante– se entrega a la primera causa que el azar le ofrece. Una vez en posesión de la «verdad», se vengará en los otros de sus antiguas incertidumbres, de sus antiguos miedos. Tal fue el caso del prototipo de converso, San Pablo. Sus aires grandilocuentes disimulaban mal una ansiedad sobre la que se esforzaba en triunfar sin lograrlo.

Como todos los neófitos, creía que por su nueva fe iba a cambiar de naturaleza y vencer sus fluctuaciones, de las

que se guardaba muy mucho de hablarles a sus corresponsales y auditores. Su juego ya no nos engaña. Numerosos espíritus se dejaron atrapar por él. Era, cierto es, una época en la que se buscaba la «verdad», en la que no se interesaban en los «casos». Si en Atenas nuestro apóstol fue mal acogido, si encontró un medio refractario a sus elucubraciones, es porque allí todavía se *discutía*, y el escepticismo, lejos de abdicar, seguía defendiendo sus posiciones. Las charlatanerías cristianas no podían allí hacer carrera, debían, como contrapartida, seducir a Corinto, ciudad barriobajera, rebelde a la dialéctica.»

La plebe quiere ser machacada a fuerza de invectivas, amenazas y revelaciones, de afirmaciones estentóreas: le gustan los bocazas. San Pablo fue uno de ellos, el más inspirado, el más dotado, el más astuto de la Antigüedad. Del ruido que hizo, todavía percibimos los ecos. Sabía subirse a los tabladillos y clamar sus furores. ¿Acaso no introdujo en el mundo grecorromano un tono de feria? Los sabios de su época recomendaban el silencio, la resignación, el abandono, cosas impracticables; más hábil, él vino con recetas engolosinadoras: las que salvan a la canalla y desmoralizan a los delicados. Su revancha sobre Atenas fue completa. Si hubiera triunfado allí, quizá sus odios se hubieran suavizado. Nunca un fracaso tuvo consecuencias más graves. Y si somos paganos mutilados, fulminados, crucificados, paganos pasados por una vulgaridad profunda, inolvidable, una vulgaridad de dos mil años de duración, a este fracaso se lo debemos.

Un Judío no judío, un Judío pervertido, un traidor. De ahí la impresión de insinceridad que se desprende de sus llamadas, de sus exhortaciones, de sus violencias. Es sospe-

choso: parece demasiado *convencido*. No se sabe por dónde tomarlo, ni cómo definirlo; situado en una encrucijada de la historia, debió sufrir múltiples influencias. Tras haber vacilado entre varios caminos, eligió uno, el *bueno*. Los de su especie juegan sobre seguro: obsesionados por la posteridad, por el eco que suscitarán sus gestos, si se sacrifican por una causa, lo hacen como víctimas *eficaces*.

Cuando ya no sé a quien detestar, abro las Epístolas y enseguida me tranquilizo. Tengo a mi hombre. Me pone en trance, me hace temblar. Para odiarle *de cerca*, como un contemporáneo, doy un salto de veinte siglos y le sigo en sus giras; sus éxitos me descorazonan, los suplicios que se infligen me llenan de gozo. El frenesí que me comunica, lo vuelvo contra él: no fue así, ¡ay!, como procedió el Imperio.

Una civilización podrida pacta con su mal, ama el virus que la roe, no se respeta a sí misma, deja a un San Pablo ir y venir... Por esto mismo, se confiesa vencida, carcomida, acabada. El olor de la carroña atrae y excita a los apóstoles, sepultureros ávidos y locuaces.

Un mundo de magnificencia y de luz cedió ante la agresividad de esos «enemigos de las Musas», de esos energúmenos que, todavía hoy, nos inspiran un pánico mezclado de aversión. El paganismo les trató con ironía, arma inofensiva, demasiado noble para doblegar a una horda insensible a los matices. El delicado que razona no puede medirse con el beocio que reza. Fijo en las alturas del desprecio y la sonrisa, sucumbirá al primer asalto, pues el dinamismo, privilegio de la hez, viene siempre de abajo.

Los horrores antiguos eran mil veces preferibles a los horrores cristianos. Esos cerebros enfebrecidos, esas al-

mas con remordimientos absurdos y ridículos, esos demolidores alzados contra el sueño de amenidad de una sociedad tardía, empeñados en maltratar las conciencias para transformarlas en «corazones». El más competente de todos ellos se empeñó en esta tarea con una perversidad que, en primer término, repelió a los espíritus, pero que, después, debía marcarlos, sacudirlos y asociarlos a su incalificable empresa.

El crepúsculo greco-romano era empero digno de otro enemigo, de otra promesa, de otra religión. ¡Cómo admitir ni la sombra de un progreso cuando se piensa que las fábulas cristianas lograron sin esfuerzo ahogar al estoicismo! Si éste hubiera conseguido propagarse, apoderarse del mundo, el hombre se habría *logrado*, o casi. La resignación, habiendo llegado a ser obligatoria, nos habría enseñado a soportar nuestras desdichas con dignidad, a hacer callar nuestras voces, a afrontar fríamente nuestra nada. ¿Que la poesía habría desaparecido de nuestras costumbres? ¡Al diablo la poesía! A cambio habríamos adquirido la facultad de soportar nuestros sinsabores sin un murmullo. No acusar a nadie, no condescender ni a la tristeza, ni a la alegría, ni al pesar, reducir nuestras relaciones con el universo a un juego armonioso de derrotas, vivir como condenados serenos, no implorar a la divinidad, sino, más bien, darle un aviso... Esto no podía ser. Desbordado por todas partes, el estoicismo, fiel a sus principios, tuvo la elegancia de morir sin debatirse. Una religión se instaura sobre las ruinas de una sabiduría: los manejos que emplea aquélla no convienen a ésta. Siempre prefirieron los hombres desesperarse de rodillas que de pie. A la salvación aspiran su cobardía y su fatiga, su incapacidad de alzarse al desconsuelo y de extraer de él razones de orgullo. Se deshonra quien muere escoltado

por las esperanzas que le han hecho vivir. ¡Que las multitudes y los que las arengan repten hacia el «ideal» y se chapucen en él! Más que algo dado, la soledad es una misión: elevarse hasta ella y asumirla es renunciar al apoyo de esa bajeza que garantiza el éxito de toda empresa, sea la que sea, religiosa o de otra clase. Recapitulad la historia de las ideas, de los gestos, de las actitudes: comprobareis que el *futuro* fue siempre cómplice de las turbas. Nadie predica en nombre de Marco Aurelio: como no se dirigía más que a sí mismo, no tuvo ni discípulos ni secretarios; sin embargo, no se deja de edificar templos donde se cita hasta la saciedad ciertas Epístolas. Mientras sigan así las cosas, perseguiré con mi rencor a quien supo tan astutamente interesarnos en sus tormentos.

[TE]

### ✱ ✱ Gogol

Algunos testimonios, cierto que raros, nos lo presentan como un santo; otros, más frecuentes, como un fantasma. «Me hacía tan poco la impresión de un ser vivo –escribía Aksakov al día siguiente de la muerte de Gogol–, que yo, que tengo miedo de los cadáveres y no puedo soportar su vista, no experimenté nada semejante ante su cuerpo.»

Torturado por un frío que nunca le deja, no deja de repetir: «Estoy tiritando, estoy tiritando.» Corre de país en país, consulta médicos, pasa de clínica en clínica: pero del frío interior no se cura en ningún clima. No se le conoce ningún amorío. Sus biógrafos hablan abiertamente de su impotencia. No hay tara que aísle más. El impotente dispone de una fuerza interior que le singulariza, le hace

inaccesible y paradójicamente peligroso: da miedo. Animal expulsado de la animalidad, hombre sin raza, vida que el instinto abandona, se realza por todo lo que ha perdido: es la víctima preferida del espíritu. ¿Puede imaginarse una rata impotente? Los roedores cumplen a las mil maravillas el acto en cuestión. No puede decirse otro tanto de los humanos: cuanto más excepcionales son, más se acusa en ellos ese desfallecimiento mayor que les arranca de la cadena de los seres. Todas las actividades les están permitidas, salvo la que nos emparenta con el conjunto de la zoología. La sexualidad nos iguala; mejor: nos priva de misterio... Mucho más que el resto de nuestras necesidades y nuestras empresas, ella es la que nos pone en pie de igualdad con el resto de nuestros semejantes: cuanto más la practicamos, más nos hacemos como todo el mundo; es en el curso de una operación reputada bestial cuando probamos nuestra condición de ciudadanos: nada más *público* que el acto sexual.

La abstinencia voluntaria o forzada, colocando al individuo juntamente por encima y por debajo de la especie, hace de él una mezcla de santo y de imbécil que nos intriga y nos aterra. De aquí proviene el odio equívoco que experimentamos hacia el monje, como, por otra parte, al hombre que ha renunciado a la mujer, que ha renunciado a ser *como nosotros*. Nunca le perdonaremos su soledad: nos humilla tanto como nos asquea; nos provoca. ¡Extraña superioridad de las taras! Gogol confesó un día que si hubiera cedido al amor, éste «le hubiera instantáneamente reducido a polvo». Tal confesión nos conmueve y nos fascina, nos hace pensar en el «secreto» de Kierkegaard, en su «espinas en la carne». Empero, el filósofo danés era una naturaleza erótica: la ruptura de su noviazgo, su fracaso amoroso, le atormenta toda su vida y marcó hasta el

final sus escritos teológicos. ¿Habrá que comparar entonces Gogol a Swift, ese otro «fulminado»? Sería olvidar que éste tuvo, si no la suerte de amar, al menos la de hacer víctimas. Para situar a Gogol, nos es forzoso imaginar un Swift sin Stella ni Vanessa.

Los seres que viven bajo nuestros ojos en *El inspector* o en *Almas muertas*, observa un biógrafo, no son «nada». Y siendo «nada», lo son «todo».

Carece, efectivamente, de «sustancia»; de aquí su universalidad. ¿Qué otra cosa son Tchitchikov, Pliuchin, Sobakévich, Nozdrev, Malinov, el héroe de *El abrigo* o de *La nariz*, más que nosotros mismos rebajados a nuestra esencia? «Almas nulas», dice Gogol; sin embargo, testimonian una cierta grandeza: la de lo sin relieve. Se diría que es un Shakespeare de lo *mezquino*, un Shakespeare atareado en observar nuestras manías, nuestras minúsculas obsesiones, la trama de nuestros días. Nadie ha avanzado tanto como Gogol en la percepción de lo cotidiano. A fuerza de realidad, sus personajes se hacen inexistentes y se convierten en símbolos, en los que nos reconocemos enteramente. No decaen: han alcanzado el fondo de la decadencia desde siempre. No puede uno impedirse pensar en *Demonios*; pero, mientras que los héroes de Dostoyevski se lanzan hacia su límite, los de Gogol retroceden hacia el suyo; los unos parecen responder a una llamada que les supera, los otros no escuchan más que su inconmensurable trivialidad.

En el último período de su vida, Gogol fue presa de remordimientos: sus personajes no eran, pensaban, más que vicio, vulgaridad y basura. Había que pensar en darles virtudes, en arrancarles a su decadencia. De este

modo, escribió la segunda parte de *Almas muertas*; felizmente, la arrojó al fuego. Sus héroes no podían ser «salvados». Se atribuyó su gesto a la locura, cuando en realidad emanaba de un escrúpulo de su conciencia de artista: el escritor prevaleció sobre el profeta. Amamos en él la ferocidad, el desprecio de los hombres, la visión de un mundo condenado: ¿cómo hubiéramos podido soportar una caricatura edificante? Pérdida irreparable, dicen algunos; pérdida salvadora, más bien.

El Gogol final está habitado todavía por una fuerza oscura de la que no sabe cómo servirse; se derrumba en un letargo, atravesado de trecho en trecho por sobresaltos; sobresaltos de un espectro. El humor que le permitía conservar a distancia sus «accesos de angustia» desaparece. Una aventura lamentable comienza. Sus amigos le abandonan. Cometió la locura de publicar los *Extractos de mi correspondencia*, que fueron, como él mismo reconoce, una «bofetada para el público, una bofetada para mí». Eslavófilos y occidentalistas renegaron de él. Su libro era una apología del poder, de la servidumbre, una divagación reaccionaria. Para su desdicha, se unió a un cierto padre Matveï, impermeable al arte, obtuso, agresivo, que tuvo sobre él un ascendiente de confesor, de torturador. Las cartas que recibía de él las llevaba siempre encima, las leía y las releía; cura de estupidez, de idiotez, al lado de la cual el *abêtissez-vous*<sup>1</sup> pascaliano, parece una simple ocurrencia chusca. Cuando los dones de un escritor se agotan, la vacante de su inspiración la ocupan las ineptias de

1. «Estupidizaos», «embruteceos»... Frase, como dijimos, de Pascal. (N. del T.)

un director espiritual. La influencia del padre Matveï sobre Gogol fue más importante que la de Puskin; éste animaba su genio; el otro se dedicaba a apagar los rescoldos que quedaban de él... No contento con predicar, Gogol quería, además, castigarse; su obra confería a la frase, a la mueca, un sentido universal: sus tormentos religiosos debían resentirse por ello.

Algunos podrían pretender que sus miserias eran merecidas, que por ellas expiaba la audacia de haber deformado la figura del hombre. Me parece que la verdad es lo contrario; debía pagar el haber visto atinadamente: en materia de arte, no son nuestros errores lo que expiamos, sino nuestras «verdades», lo que hemos realmente vislumbrado. Sus personajes le perseguían. Los Klestakov, los Tchitchikov, los llevaba, según su propia confesión, siempre consigo: su sub-humanidad le aplastaba. No había salvado a ninguno de ellos; en tanto que artista, no podía. Cuando perdió su genio, quiso salvarse. Sus héroes se lo impidieron. Así, pese a él mismo, debió permanecer fiel a su vacío.

Aquí no es en el Regente<sup>1</sup> en quien pensamos (del que Saint-Simon decía que había «nacido aburrido»), ni en Baudelaire o en el Eclesiastés, ni siquiera en el paro interior del Diablo si viviese en un mundo en que el mal no existiese, sino en una persona que volviese sus oraciones contra sí mismo. En este estadio, el hastío adquiere una especie de dignidad mística. «Toda sensación absoluta, dice Novalis, es religiosa.» Con el tiempo, el hastío sustituyó en Gogol a la fe y se convirtió para él en sensación absoluta, religión.

[TE]

1. Felipe, duque de Orleans, hijo del hermano de Luis XIV y de Mlle. de Blois. (N. del T.)

### *La tentación de existir*

Los hay que van de afirmación en afirmación: su vida es una serie de síes... Aplaudiendo a lo real o a lo que les parece tal, consienten en todo y no tienen ningún empacho en decirlo. No hay anomalía que no expliquen o no coloquen entre las cosas «que pasan». Cuanto más se dejan contaminar por la filosofía, más, en el espectáculo de la vida y la muerte, son un *público complaciente*. \*\*\*

Para otros, acostumbrados a la negación, afirmar exige no solamente una voluntad de obnubilación, sino un esfuerzo contra sí mismo, un sacrificio: ¡cuánto les cuesta el menor sí! ¡Qué apostasía! Saben que un sí no viene nunca solo, que implica otro, toda una serie: ¿Cómo se van a arriesgar a él a la ligera? Esto no impide que la seguridad del no les irrite. Así nace en ellos la necesidad y la curiosidad de afirmar cualquier cosa.

Negar: no hay nada como eso para emancipar el espíritu. Pero la negación no es fecunda más que el tiempo en que nos esforzamos en conquistarla y apropiárnosla; una vez adquirida, nos aprisiona; una cadena como otra cualquiera. Esclavitud por esclavitud, más vale orientarse hacia la del ser, aunque sea al precio de cierto desgarramiento: no se trata, ni más ni menos, que de sustraerse al contagio de la nada, al confort de un vértigo...

Los teólogos lo han advertido desde hace mucho: la esperanza es el fruto de la paciencia. Debería añadirse: y de la modestia. El orgullo no tiene *tiempo* de esperar... Sin querer ni poder esperar, fuerza los acontecimientos como fuerza su naturaleza; amargo, corrompido, cuan- \*\*

do agota sus rebeliones abdica: para él no hay fórmula intermediaria. Es innegable que es lúcido, pero la lucidez, no lo olvidemos, es lo propio de los que, por incapacidad de amar, se desolidarizan tanto de los otros como de sí mismos.

✱✱✱ El gran sí es el sí a la muerte. Puede uno proferirlo de varias maneras...

Hay fantasmas diurnos que, presos de su ausencia, viven apartadamente, caminan con pasos ahogados a lo largo de las calles sin mirar a nadie. No hay inquietud alguna en sus rostros y en sus gestos. Como el mundo exterior ha dejado de existir para ellos, se pliegan a todas las soledades. Atentos a su distracción, a su desapego, pertenecen a un universo no declarado situado entre el recuerdo de lo inaudito y la inminencia de una certeza. Su sonrisa recuerda mil espantos vencidos, la gracia que triunfa sobre lo terrible; pasan a través de las cosas, atraviesan la materia. ¿Han alcanzado sus propios orígenes, o descubierto en ellos las fuentes de la claridad? Ninguna derrota, ninguna victoria les conmueve. Independientes del sol, se bastan a sí mismos. Están iluminados por la muerte.

✱✱✱ No nos es dado identificar el momento en que se opera, a expensas de nuestra sustancia, un trabajo de erosión. Sabemos solamente que resulta un vacío en el que se instala gradualmente la idea de nuestra destrucción. Idea vaga, apenas esbozada: es como si el vacío se pensase a sí mismo. Después, transfiguración sonora, en lo más profundo de nosotros surge un tono que, por su insistencia,

puede lo mismo paralizarnos que darnos un impulso. Seremos, pues, cautivos del miedo o de la nostalgia por debajo de la muerte o en pie de igualdad con ella. Será el miedo, si ese tono perpetúa la vida en que aparece; la nostalgia, si la convierte en plenitud. Según nuestra constitución, veremos en la muerte o un déficit o un excedente de ser.

Antes de afectar nuestra percepción de la duración, adquisición tardía, el miedo la toma con nuestra sensación de la extensión, con lo inmediato, con la ilusión de lo sólido: el espacio se adelgaza, se esfuma, se hace aéreo, transparente. Él lo reemplaza, se dilata y sustituye a la realidad que lo había provocado, la muerte. Todas nuestras experiencias se encuentran reducidas a un intercambio entre nuestro yo y ese miedo que, erigido en realidad autónoma, nos aísla en un estremecimiento sin objeto, en un temblor gratuito, hasta el punto que nos hace olvidar que vamos a... morir. No amenaza, empero, con suplantarnos nuestra preocupación esencial más que en la medida en que, no queriendo asimilarle ni agotarlo, le perpetuamos en nosotros como una tentación y le situamos en el centro de nuestra soledad. Un paso más y nos convertiremos en viciosos, no de la muerte, sino del *miedo* a la muerte. Lo mismo sucede con todos los miedos que no hemos conseguido superar: separándose de los motivos que los han producido, se constituyen en realidades independientes, tiránicas. «Vivimos en el miedo, y de este modo no vivimos.» Esta frase de Buda quizá quiere decir: en lugar de mantenernos en el estadio en que el miedo se abre sobre el mundo, hacemos de él un fin, un universo cerrado, un sustituto del *espacio*. Si nos domina, deforma nuestra imagen de las cosas. Quien no sabe ni dominarlo ni explotarlo, cesa a la larga de ser él mismo, pierde su

identidad; no es fructuoso más que si uno se precave de él; quien cede a él no volverá a encontrarse jamás e irá respecto a sí mismo de traición en traición, hasta que ahogue la muerte bajo el mismo que ésta le produce.

\* \* La seducción de ciertos problemas proviene de su falta de rigor, tanto como de las opiniones discordantes que suscitan: otras tantas dificultades de las que se encapricha el aficionado a lo insoluble.

¶ <Para «documentarme» sobre la muerte, no obtengo mayor provecho al consultar un tratado de biología que el catecismo: por lo que *me* concierne, me es indiferente estar abocado a ella a consecuencia del pecado original o de la deshidratación de mis células. Sin ninguna conexión con nuestro nivel intelectual, está reservada, como todo problema privado, a un saber *sin conocimientos*. He encontrado numerosos iletrados que hablaban de ella más pertinentemente que tal o cual metafísico; una vez que habían descubierto por experiencia el agente de su destrucción, le consagraban todos sus pensamientos, de tal suerte que la muerte, en lugar de ser para ellos un problema impersonal, era su realidad, su muerte.>

Pero incluso entre esos mismos que, iletrados o no, piensan en ella constantemente, la mayoría sólo lo hacen aterrados por la perspectiva de su agonía, sin advertir ni por un momento que, aunque debieran vivir siglos o milenios, las razones de su terror no cambiarían en nada, ya que la agonía no es más que un accidente en el proceso de nuestro aniquilamiento, proceso coextensivo con nuestra duración. La vida, lejos de ser, como pensaba Bichat, el conjunto de las funciones que se resisten a la muerte, es, más bien, el conjunto de las funciones que nos arrastran a

ella. Nuestra sustancia disminuye a cada momento; de esta disminución, empero, todos nuestros esfuerzos deberían tender a hacer excitante un principio de eficacia. Los que no saben sacar beneficios de sus posibilidades de no ser permanecen extraños a sí mismos: fantoches, objetos provistos de un yo, dormidos en un tiempo neutro, ni duración ni eternidad. <Existir es sacar provecho de nuestra parte de irrealidad, es vibrar al contacto con el vacío que está en nosotros.> El fantoche, por su parte, permanece insensible al suyo, lo abandona, lo deja decaer...

Regresión germinativa, descenso hacia nuestras raíces, la muerte sólo rompe nuestra identidad para mejor permitirnos acceder a ella y restablecerla; no tiene sentido más que si le prestamos todos los atributos de la vida.

Aunque al comienzo, en las primeras percepciones que tenemos de ella, se nos revele dislocación y perdición, más tarde, al desvelarnos juntamente la nulidad del tiempo y el precio infinito de cada instante, ejerce sobre nosotros virtudes tonificantes: si bien sólo nos ofrece la imagen de nuestra inanidad, por eso mismo convierte esa inanidad en absoluto, y nos invita a apegarnos a ella. De este modo, rehabilitando nuestro lado «mortal», se instituye en dimensión de todos nuestros instantes, agonía triunfal.

¿De qué sirve fijar nuestros pensamientos sobre una tumba, sea la que fuere, y apostar a nuestra podredumbre? Espiritualmente degradante, lo macabro nos hace desembocar en el desgaste de nuestras glándulas, en la pestilencia y las inmundicias de nuestra disolución. Quien se pretende vivo no lo está más que en la medida en que haya escamoteado o superado la idea de su cadáver. Nada bueno resulta de las meditaciones sobre el hecho

material de morir. Si concediese a la carne la libertad de dictarme su «filosofía», de imponerme sus conclusiones, tanto me valdría suprimirme antes de conocerlas. Pues todo lo que la carne me enseña supone mi irremisible abolición: ¿acaso no rechaza la ilusión?; ¿y no viene, como intérprete de nuestras cenizas, a contradecir en todo momento nuestras mentiras, nuestras divagaciones, nuestras esperanzas? Desdeñemos, pues, sus argumentos y asociémosla por la fuerza a la lucha contra *sus* evidencias.

Para rejuvenecernos por el contacto con la muerte llega a ocurrirnos el invertir en ella todas nuestras energías, concebir por ella, según el ejemplo de Keats, un apego casi amoroso o constituir la, con Novalis, en el principio que «hace romántica» la vida. Si este último debía llevar la nostalgia hasta la sensualidad, si fue efectivamente un *sensual* de la muerte, le estaba reservado a otro, a Kleist, sacar de ella una «felicidad» muy íntima. «*Ein Strudel von nie geahnter Seligkeit hat mich ergriffen...*», escribió antes de matarse. Ni derrota ni abdicación: su fin fue una rabia dichosa, una locura ejemplar y concertada, uno de los raros éxitos de la desesperación. Lo de que Novalis fue el primero en haber experimentado la muerte «como artista», esta frase de Schlegel me parece aún más exacta para Kleist, equipado como nadie para morir. Inigualado, perfecto, obra maestra de tacto y de buen gusto, su suicidio hace inútiles todos los demás.

✱ Aniquilamiento primaveral, realización más que abismo, la muerte sólo nos da vértigo para mejor elevarnos por encima de nosotros mismos, a idéntico título que el amor, con el cual está emparentada por más de un aspecto: uno y otra, forzando el marco de nuestra existen-

cia hasta el punto de hacerlo estallar, nos desintegran y nos fortifican, nos arruinan por el rodeo de la plenitud. Sus elementos tan irreductibles como inseparables componen un equívoco fundamental. Si, hasta cierto punto, es cierto que el amor nos pierde, ¡a través de qué sensaciones de dilatación y orgullo lo hace! Y si la muerte nos pierde completamente, ¡qué estremecimientos la rodean! Sensaciones y estremecimientos por los que trascendemos *el hombre* que hay en nosotros, y los accidentes del yo.

Como uno y otra no nos definen más que en la medida en que proyectamos en ellos nuestros apetitos y nuestros impulsos, en que colaboramos con todas nuestras fuerzas a su naturaleza equívoca, son necesariamente inaprehensibles, por poco que les miremos como realidades exteriores, ofrecidas al juego del intelecto. Uno se sumerge en el amor como en la muerte, pero no se medita sobre ellos: se les saborea, se es su cómplice, pero no se los sopesa. Del mismo modo, toda experiencia que no se convierte en voluptuosidad es una experiencia fallida. Si nos fuera preciso limitarnos a nuestras sensaciones tal cual son, nos parecerían intolerables, pues son demasiado distintas, demasiado desemejantes a nuestra esencia. La muerte no sería para los hombres su gran experiencia perdida, si supieran asimilarla a su naturaleza o metamorfosearla en voluptuosidad. Pero permanece en ellos *a un lado*; permanece inmodificada, diferente de lo que ellos son.

Y es otra prueba de su doble realidad, de su carácter equívoco, de la paradoja inherente a la manera en que la experimentemos, que se nos presente juntamente como *situación-límite* y como *dato directo*. Corremos hacia ella y, sin embargo, ya estamos en ella. En el momento mismo en que la incorporamos a nuestra vida, no podemos im-



pedirnos situarla en el futuro. Por una inconsecuencia inevitable, la interpretamos como el futuro que destruye el presente, nuestro presente. Si el miedo nos ayudaba a definir nuestro sentimiento del espacio, la muerte nos abre al verdadero sentido de nuestra dimensión temporal, ya que, sin ella, estar en el tiempo no significaría nada para nosotros o, todo lo más, tanto como estar en la eternidad. De este modo, la imagen tradicional de la muerte, pese a todos nuestros esfuerzos para escapar de ella, persiste en obsesionarnos, imagen de la que los enfermos son los principales responsables. En esta materia todo el mundo está de acuerdo en reconocerles cierta competencia; un prejuicio favorable les atribuye el oficio de la «profundidad», aunque la mayoría den muestras de una desconcertante futilidad. ¿Quién no ha conocido, en su contorno, incurables de opereta?

Más que ningún otro, el enfermo debería identificarse con la muerte; sin embargo, se empeña en separarse de ella y arrojarla fuera. Como le es más cómo huirla que constatarla en sí mismo, usa todos los artificios posibles para librarse de ella. De su reacción de defensa hace un procedimiento, léase una doctrina. El vulgo que goza de buena salud está encantado de imitarle y seguirle. ¿Sólo el vulgo? Incluso los místicos se sirven de subterfugios, practican la evasión y una táctica de huida: la muerte no es para ellos más que obstáculo que hay que franquear, una barrera que les separa de Dios, un último paso en la duración. En esta vida ya les sucede a veces, gracias al éxtasis, ese trampolín, el saltar por encima del tiempo: salto instantáneo que no les procura más que un «acceso» de beatitud. Les es preciso desaparecer de veras para alcanzar el objeto de sus deseos: de tal modo que aman la muerte porque les permite acceder a él y la odian porque

tarda en llegar. El alma, si creemos a Teresa de Ávila, no aspira más que a su creador, pero «ve al mismo tiempo que le es imposible poseerlo si no muere; y como no le es posible darse la muerte, muere de deseo de morir, hasta el punto que se pone realmente en peligro de muerte». Siempre esa necesidad de hacer de la muerte un accidente o un medio, de reducirla al fallecimiento, en lugar de considerarla como una presencia, siempre esa necesidad de despojarla. Y ya que las religiones no han hecho de ella más que un pretexto o un espantapájaros –un instrumento de propaganda– a los incrédulos corresponde el hacerle justicia y restablecerla en sus derechos.

Cada uno *es* su sentimiento de la muerte. De ello se sigue que no podrían denunciarse las experiencias de los enfermos o de los místicos como falsas, aunque pueda dudarse de las interpretaciones que dan de ellas. Estamos en un terreno en que ningún criterio es decisorio, en el que las certezas pululan, en el que todo es certeza, porque nuestras verdades coinciden con nuestras sensaciones y nuestros problemas con nuestras actitudes. Por otro lado, ¿a qué «verdad» aspirar, cuando, a cada momento, estamos comprometidos en otra experiencia de la muerte? Nuestro mismo «destino» no es más que el desarrollo, las etapas de esa experiencia primordial y, sin embargo, cambiante, la traducción al tiempo aparente de ese *tiempo secreto* en el que se elabora la diversidad de nuestras maneras de morir. Para explicar un destino, los biógrafos deberían romper con su procedimiento habitual, dejar de inclinarse sobre el tiempo aparente, sobre el apresuramiento de una persona en deteriorar su propia esencia. Lo mismo sucede con una época: conocer sus instituciones y sus fechas es menos importante que adivinar la experiencia íntima de la que son signos. Batallas, ideolo-

gías, heroísmo, santidad, barbarie, otros tantos simulacros de un mundo interior que es el único que debería interesarnos. Cada pueblo se extingue a su manera, cada pueblo dispone ciertas reglas de expirar y se las impone a los suyos: ni siquiera los mejores de entre ellos podrían hacerlas cambiar o sustraerse a ellas. Un Pascal, un Baudelaire, circunscriben la muerte: el uno la reduce a nuestra búsqueda de salvación, el otro a nuestros terrores fisiológicos. Si bien aplasta al hombre, no por esto deja de permanecer para ellos en el interior de lo humano. Muy por el contrario, los isabelinos o los románticos alemanes hicieron de ella un fenómeno cósmico, un devenir orgiástico, una nada que vivifica; en resumen, una *fuerza* en la que hay que volver a empaparse y con la cual es importante mantener relaciones directas. Para el francés, lo que importa no es la muerte en sí misma –lapsus de la materia o simple inconveniencia–, sino nuestro comportamiento frente a nuestros semejantes, la estrategia de los adioses, la contención que nos imponen los cálculos de nuestra vanidad, la *actitud*, para abreviar; no el debate consigo mismo, sino con los otros: un espectáculo en el que es capital observar los detalles y los móviles. Todo el arte del francés reside en saber morir *en público*. Saint-Simon no describe la agonía de Luis XIV, de Monsieur<sup>1</sup> o del Regente, sino las *escenas* de su agonía. Las costumbres de la Corte, el sentido de la ceremonia y del fasto, lo ha heredado todo un pueblo, afecto como es al aparato y preocupado por asociar cierto brillo al último suspiro. En esto el catolicismo le ha sido útil: ¿no sostiene acaso que nuestra forma de morir es esencial para nuestra sal-

1. Felipe, duque de Orleans, hermano de Luis XIV, padre del Regente. (N. de T.)

vación, que nuestros pecados pueden ser rescatados por una «hermosa muerte»? Dudoso pensamiento, adaptado empero al instinto histriónico de una nación y que, en el pasado mucho más que hoy, se unía a la idea de honor y de dignidad, al estilo del «hombre honrado»<sup>1</sup>. De lo que se trataba entonces, aparte de Dios, era de salvar la fachada ante la asistencia, ante los mirones elegantes y los confesores mundanos; no perecer, sino *oficiar*, salvaguardando su reputación ante testigos, y de ellos solos esperando la extremaunción... Ni siquiera los libertinos renunciaban a extinguirse convenientemente, hasta tal punto su respeto a la opinión prevalecía sobre lo irreparable, hasta tal punto seguían los usos de una época en la que morir significaba para el hombre renunciar a su soledad, desfilarse por última vez, y en la que los franceses eran, entre todos, los grandes especialistas de la agonía.

Es, sin embargo, dudoso, que apoyándonos sobre el lado «histórico» de la experiencia de la muerte, llegásemos a penetrar mejor su carácter original, ya que la historia no es más que un modo inesencial de ser, la forma más eficaz de infidelidad a nosotros mismos, un rechazo metafísico, una masa de acontecimientos que oponemos al único acontecimiento que importa. Todo lo que apunta a actuar sobre el hombre –religiones incluidas– está manchado por un sentimiento grosero de la muerte. Y es para buscar uno verdadero, más puro, para lo que los eremitas se refugiaban en esa negación de la historia que es el desierto, comparado a justo título por ellos con el ángel, pues, según sostenían, uno y otro ignoran el pecado, la caída en el tiempo. El de-

1. «Honnête homme.» (N. de T.)

sierto, efectivamente, hace pensar en una duración traducida en la coexistencia: un fluir inmóvil, un devenir cautivado por el espacio. El solitario se retira a él, no tanto por aumentar su soledad y enriquecerse de ausencia, como para hacer subir en sí mismo el tono de la muerte.

Para oír ese tono, nos hace falta aprestar en nosotros un desierto... Si lo logramos, los acordes atraviesan nuestra sangre, nuestras venas se dilatan, nuestros secretos tanto como nuestros recursos aparecen en nuestra superficie, en la que el asco y el deseo, el horror y el arrobo se confunden en una fiesta oscura y luminosa. La aurora de la muerte se levanta en nosotros. ¡Trance cósmico, estallido de las esferas, mil voces! Nosotros somos la muerte y todo es la muerte. Nos arrastra, nos lleva, nos arroja al suelo o nos lanza más allá del espacio. Intacta desde siempre, las edades no la han desgastado. Cómplices de su apoteosis, sentimos su frescura inmemorial y ese tiempo que no se parece a ningún otro, que le es propio, y que nos hace y nos deshace sin cesar. Mientras nos tenga y nos inmortalice en la agonía, no podremos nunca permitirnos el lujo de morir; y aunque poseamos la ciencia del destino y seamos una enciclopedia de fatalidades, empero nada sabemos, pues es ella quien todo lo sabe de nosotros.



Recuerdo cómo, al salir de la adolescencia, abismado en lo fúnebre, vasallo de un solo pensamiento, entré al servicio de todas las fuerzas que me invalidaban. Mis otros pensamientos no me interesaban: demasiado bien sabía yo a *dónde* me llevaban, hacia dónde convergían. Desde el punto en que no tenía más que un problema, ¿para qué detenerme en los problemas? Como dejaba de vivir

en función de un yo, dejaba a la muerte campo libre para avasallarme; de este modo, yo ya no me pertenecía. Mis terrores, mi mismo nombre, eran llevados por ella y, sustituyendo a mis miradas, me hacía ver en todas las cosas las huellas de su soberanía. En cada transeúnte discernía yo el fiambre; en cada olor, la podredumbre; en cada alegría, la última mueca. Tropezaba en todo lugar con futuros ahorcados, con sus sombras inminentes: el futuro de los otros no comportaba misterio alguno para la que los miraba a través de mis ojos. ¿Estaba yo embrujado? Así me gustaba creer. Además, ¿contra qué reaccionar? La nada era mi hostia: todo en mí y fuera de mí se trasubstanciaba en espectro. Irresponsable, en las antípodas de la conciencia acabé por entregarme al anonimato de los elementos, a la embriaguez de la indivisión, completamente decidido a no reasumir de nuevo mi ser ni a convertirme otra vez en un civilizado del caos.

◁ Incapaz de ver en la muerte la expresión positiva de la vacuidad, el agente que despierta a la criatura, la llamada que resuena en la ubicuidad de los sueños, me sabía la nada de memoria y aceptaba mi saber. Incluso ahora, ¿cómo podría yo desconocer la autosugestión de la que surgió el universo? Protesto, empero, contra mi lucidez. Necesito realidad a cualquier precio. Sólo por cobardía experimento sentimientos; quiero, sin embargo, ser cobarde, imponerme un «alma», dejarme devorar por la sed de lo inmediato, zaherir a mis evidencias, encontrarme un mundo cueste lo que cueste. Si no lo encontrase, me contentaría con una brizna de ser, con la ilusión de que algo existe ante mis ojos o en otra parte. Seré el conquistador de un continente de mentiras. Estar engañado o perecer: no hay otra elección. Al igual

que esos que han descubierto la vida dando un rodeo por la muerte, me precipitaré sobre la primera engañifa, sobre todo lo que pueda recordarme la realidad perdida. >



Tras la cotidianidad del no ser, ¡qué milagro el del ser! Es lo inaudito, *lo que no puede ocurrir*, un estado de excepción. Nada hace presa en él, salvo nuestro deseo de alcanzarle, de forzar la entrada, de tomarle por asalto.

⟨Existir es una costumbre que no desespere de adquirir. Imitaré a los otros, a los astutos que lo han logrado, a los tráfugas de la lucidez; saquearé sus secretos y hasta sus esperanzas, feliz de poder aferrarme con ellos a las indignidades que conducen a la vida. Él no me fatiga, él sí me tienta. Habiendo agotado mis reservas de negación, y quizá la negación misma, ¿por qué no debería yo salir a la calle a gritar hasta desgañitarme que me encuentro en el umbral de una verdad, de la única válida? Pero cuál pueda ser, eso lo ignoro todavía; no conozco más que la alegría que la precede, la alegría y la locura y el miedo. >

⟨Es esta ignorancia –y no el temor al ridículo– lo que me quita el valor de alertar al mundo, de observar su espanto ante el espectáculo de mi dicha, de mi sí definitivo, de mi sí sin salida... >

⟨Como nuestra vitalidad nos viene de nuestros recursos de insensatez, no tenemos, para oponernos a nuestros espantos y a nuestras dudas, más que las certezas y la terapéutica del delirio. > A fuerza de sinrazón, convirtámonos en fuente, en origen, en punto inicial; multipliquemos, por todos los medios, nuestros *momentos cosmogónicos*. No somos verdaderamente más que cuando irradiamos tiempo, cuando soles amanecen en nosotros y prodiga-

mos sus rayos, los cuales iluminan los instantes... Asistimos entonces a esa volubilidad de las cosas, sorprendidas por haber comenzado a existir, impacientes de explayar su asombro con las metáforas de la luz. Todo se infla y se dilata para adquirir el hábito de lo insólito. Generación de milagros: todo converge hacia nosotros, pues todo parte de nosotros. Pero ¿ciertamente de nosotros, de nuestra sola voluntad? ¿Puede el espíritu concebir un día tan luminoso y ese tiempo súbitamente eternizado? Y ¿quién engendra en nosotros ese espacio que tiembla y esos ecuadores ululantes?



Crear que nos sería posible liberarnos del prejuicio de la agonía, nuestra más antigua evidencia, sería equivocarnos sobre nuestra capacidad de divagar. De hecho, tras el favor de algunos accesos, caemos de nuevo en el pánico y el asco, en la tentación de la tristeza o el cadáver, en ese déficit del ser, resultado del sentimiento negativo de la muerte. Por grave que sea nuestra recaída, puede, sin embargo, sernos útil si hacemos de ella una disciplina que nos induzca a reconquistar los privilegios del delirio. Los eremitas de los primeros siglos nos servirán, una vez más, de ejemplo. Nos enseñarán cómo, para alzar nuestro nivel psíquico, debemos mantener un conflicto permanente con nosotros mismos. Con justicia les llamó un Padre de la Iglesia «atletas del desierto». Fueron combatientes de los que difícilmente imaginamos el estado de tensión, el encarnizamiento contra sí mismos, las luchas. Había algunos que segregaban hasta setecientas oraciones por día; tras cada una de ellas, para contarlas, algunos dejaban caer un guijarro... Aritmética demente que me hace admirar en ellos un orgullo sin igual. No eran preci-

samente alfeñiques, esos obsesos enfrentados con lo que tenían de más querido: *sus tentaciones*. Viviendo en función de ellas, las exacerbaban para tener algo contra lo que luchar. Sus descripciones del «deseo» comportan tal violencia de tono que nos irritan los sentidos y nos hacen experimentar un estremecimiento que ningún autor libertino logra inspirarnos. Eran especialistas en glorificar «la carne» en sentido inverso. Si les fascinaba hasta tal punto, ¡qué mérito tienen por haber combatido sus atractivos! Fueron titanes, más desenfrenados, más perversos que los de la mitología, pues éstos, para acumular energía, no hubieran podido, en su simplismo, concebir los beneficios del horror a sí mismo. Dado que nuestros sufrimientos naturales, no provocados, son demasiado incompletos, suele sucedernos el aumentarlos, intensificarlos y crearnos otros artificiales. Entregada a sí misma, la carne nos encierra en un horizonte reducido. Por poco que la sometamos a tortura, agudiza nuestras percepciones y ensancha nuestras perspectivas: el espíritu es el resultado de los suplicios que padece o que se inflige a sí misma. Los anacoretas sabían remediar la insuficiencia de sus males... Tras haber combatido el mundo, les era preciso entrar en guerra consigo mismos. ¡Menuda tranquilidad para sus prójimos! ¿Acaso nuestra ferocidad no viene provocada porque nuestros instintos están demasiado atentos al otro? Si nos inclinamos más sobre nosotros mismos, y nos convertimos en el centro y el objeto de nuestras inclinaciones asesinas, la suma total de intolerancias disminuiría. Nunca se podrá calcular el número de horrores que el monacato primitivo ahorró a la humanidad. Si todos esos eremitas hubiesen permanecido en el siglo, ¡cuántos excesos no habrían cometido! Por fortuna para su época, tuvieron la inspiración de ejercer su cruel-

dad contra sí mismos. Si queremos que nuestras costumbres se dulcifiquen, nos hará falta aprender a volver nuestras garras contra nosotros mismos, a aprovechar la técnica del desierto...

¿Por qué, se dirá, ascender a las nubes esa lepra, esas excepciones repulsivas con las que nos ha gratificado la literatura ascética? Se agarra uno a cualquier cosa. Aun execrando los monjes y sus convicciones, no puedo por menos de admirar sus extravagancias, su naturaleza voluntaria, su aspereza. ¿Tanta energía debe tener un secreto: el mismo que el de las religiones. Aunque quizá no valga la pena ocuparse de ellas, sigue siendo cierto que todo lo que vive, todo rudimento de existencia, participa de una esencia religiosa. Precisemos el sentido de la palabra: es religioso todo lo que nos impide hundirnos, toda mentira que nos protege contra nuestras irrespirables certezas. Cuando me arrogo una parte de eternidad y me imagino una permanencia que me implica, pisoteo la evidencia de mi ser frágil y nulo, miento a los otros como a mí mismo. Si actuase de otra manera, desaparecería inmediatamente. Duramos en tanto duran nuestras ficciones. Cuando las ponemos en claro, nuestro capital de mentiras, nuestro fondo religioso se desvanece. Existir equivale a un acto de fe, a una protesta contra la verdad, a una plegaria interminable... Desde el punto en que acceden a vivir, el incrédulo y el devoto se parecen en profundidad, ya que uno y otro han tomado la única decisión que marca a un ser. Ideas, doctrinas, simples fachadas, caprichos y accidentes. Si tú no has resuelto matarte, no hay ninguna diferencia entre los otros y tú, formas parte del conjunto de los vivientes, todos ellos, en cuanto tales, grandes creyentes. ¿Os dignáis respirar? Os acercáis a la santidad, merecéis la canonización...

Si, además, descontento de ti mismo, quieres cambiar de naturaleza, te comprometes doblemente en un acto de fe: quieres dos vidas en una sola. Esto es justamente a lo que aspiraban nuestros ascetas cuando, haciendo de la muerte un modo de no morir, se complacían en las vigili-  
 as, en los gritos, en el atletismo nocturno. Imitar su desmesura, superarla incluso, es algo que alcanzaremos cuando hayamos maltratado nuestra razón tanto como ellos la suya. «Me guía alguien que está aún más loco que yo», así habla nuestra sed. Sólo nos salvan las manchas, las opacidades de nuestra clarividencia: si fuese de una transparencia perfecta, nos despojaría de la insensatez que nos habita y a la que debemos lo mejor de nuestras ilusiones y nuestros conflictos.

Como toda forma de vida traiciona y desnaturaliza a la Vida, el auténtico viviente asume un máximo de incompatibilidades, se encarniza en el placer y en el dolor, adopta los matices de uno y otro, rechaza toda sensación *distinta* y todo estado sin mezcla. La aridez interior procede del imperio que lo *definido* ejerce sobre nosotros, del rechazo que dirigimos a la imprecisión, a nuestro caos innato, el cual, renovando nuestros delirios, nos preserva de la esterilidad. Y es contra ese factor benéfico, contra ese caos, contra el que reaccionan todas las filosofías, todas las escuelas. Si no le rodeamos de los mayores cuidados, derrochamos nuestras últimas reservas: las que sostienen y estimulan la muerte en nosotros, y la impiden envejecer...

◀ Tras haber hecho de la muerte una afirmación de la vida, convertido su abismo en una ficción salvadora, agotado nuestros argumentos contra la evidencia, estamos acechados por el marasmo: es la revancha de nuestra bilis, de nuestra naturaleza, de ese demonio del buen senti-

do que, adormecido durante un tiempo, se despierta para denunciar la inepticia y el ridículo de nuestra voluntad de ceguera. ¡Todo un pasado de visión sin piedad, de complicidad con nuestra pérdida, de habituamiento al veneno de las verdades, y tantos años contemplando nuestros despojos para destilar de ellos el principio de nuestro saber! Sin embargo, debemos aprender a pensar contra nuestras dudas y contra nuestras certezas, contra nuestros humores omniscientes, debemos, sobre todo, forjándonos *otra* muerte, una muerte incompatible con nuestra carroña, consentir en lo indemostrable, en la idea de que algo existe...

La nada era sin duda más cómoda. ¡Qué molesto es *dissolverse* en el Ser! >

[TE]

### *Adiós a la filosofía*

Me aparté de la filosofía en el momento en que se me hizo imposible descubrir en Kant ninguna debilidad humana, ningún acento de verdadera tristeza; ni en Kant ni en ninguno de los demás filósofos. Frente a la música, la mística y la poesía, la actividad filosófica proviene de una savia disminuida y de una profundidad sospechosa, que no guardan prestigios más que para los tímidos y los tibios. Por otra parte, la filosofía –inquietud impersonal, refugio junto a ideas anémicas– es el recurso de los que esquivan la exuberancia corruptora de la vida. Poco más o menos todos los filósofos han acabado *bien*: es el argumento supremo contra la filosofía. El fin del mismo Sócrates no tiene nada de trágico: es un malentendido, el fin de un pe-

dagogo, y si Nietzsche se hundió, fue como poeta y visionario; expió sus éxtasis y no sus razonamientos.

⟨No se puede eludir la existencia con explicaciones, no se puede sino soportarla, amarla u odiarla, adorarla o temerla, en esa alternancia de felicidad y horror que expresa el ritmo mismo del ser, sus oscilaciones, sus disonancias, sus vehemencias amargas o alegres.⟩

¿Quién no está expuesto, por sorpresa o por necesidad, a un desconcierto irrefutable; quién no levanta entonces las manos en oración para dejarlas caer a continuación más vacías aún que las respuestas de la filosofía? Se diría que su misión es protegernos en tanto que la inadvertencia de la suerte nos deja caminar más acá del desquiciamiento y abandonarnos en cuanto somos obligados a zambullirnos en él. Y ¿cómo podría ser de otra manera, cuando se ve qué pocos de los sufrimientos de la humanidad han pasado a su filosofía? El ejercicio filosófico no es fecundo, sólo honorable. Se es siempre impunemente filósofo: un oficio sin destino que llena de pensamientos voluminosos las horas neutras y vacantes, las horas refractarias al Antiguo Testamento, a Bach y a Shakespeare. Y ¿acaso esos pensamientos se han materializado en una sola página equivalente a una exclamación de Job, a un terror de Macbeth o a una cantata? El universo no se discute; se expresa. Y la filosofía no lo expresa. Los verdaderos problemas no comienzan sino después de haberla recorrido o agotado, después del último capítulo de un inmenso tomo que pone el punto final en signo de abdicación ante lo desconocido, donde se enraízan todos nuestros instantes, y con el que nos es preciso luchar porque es naturalmente más inmediato, más importante que el pan cotidiano. Aquí el filósofo nos abandona: enemigo del desastre, es tan sensato como la razón y tan prudente

como ella. Y quedamos en compañía de un anciano apesadado, de un poeta instruido en todos los delirios y de un músico cuya sublimidad trasciende la esfera del corazón. No comenzamos a vivir realmente más que al final de la filosofía, sobre sus ruinas, cuando hemos comprendido su terrible nulidad, y que era inútil recurrir a ella, que no iba a sernos de ninguna ayuda.⟩

⟨(Los grandes sistemas no son en el fondo más que brillantes tautologías. ¿Qué ventaja hay en saber que la naturaleza del ser consiste en la «voluntad de vivir», en la «idea», o en la fantasía de Dios o de la Química? Simple proliferación de palabras, sutiles desplazamientos de sentidos. Lo que es repele el abrazo verbal y la experiencia íntima no nos revela nada fuera del instante privilegiado e inexpresable. Por otro lado, el ser mismo no es más que una pretensión de la Nada.⟩

Sólo se define por desesperación. Hace falta una fórmula; incluso hacen falta muchas, no fuera más que por dar justificación al espíritu y una fachada a la nada.

⟨Ni el concepto ni el éxtasis son operativos. Cuando la música nos sumerge hasta las «intimidades» del ser, volvemos a salir rápidamente a la superficie: los efectos de la ilusión se disipan y el saber se declara nulo.⟩

Las cosas que tocamos y las que concebimos son tan improbables como nuestros sentidos y nuestra razón; sólo estamos *seguros* en nuestro universo verbal, manejable a placer, e ineficaz. El ser es mudo y el espíritu charlatán. Eso se llama *conocer*.

⟨La originalidad de los filósofos se reduce a inventar términos.⟩ Como no hay más que tres o cuatro actitudes ante el mundo —y poco más o menos otras tantas mane-

ras de morir— los matices que las diversifican y las multiplican sólo dependen de la elección de vocablos, desprovistos de todo alcance metafísico.

Estamos abismados en un universo pleonástico, en el que las interrogaciones y las réplicas se equivalen.)

[BP]

### El «perro celestial»

\*\*\* No puede saberse lo que un hombre debe perder por tener el valor de pisotear todas las convenciones, no puede saberse lo que Diógenes ha perdido por llegar a ser el hombre que se lo permite todo, que ha traducido en actos sus pensamientos más íntimos con una insolencia sobrenatural como lo haría un dios del conocimiento, a la vez libidinoso y puro. Nadie fue más franco; acaso límite de sinceridad y lucidez al mismo tiempo que ejemplo de lo que podríamos llegar a ser si la educación y la hipocresía no refrenasen nuestros deseos y nuestros gestos.

«Un día un hombre le hizo entrar en una casa ricamente amueblada y le dijo: “Sobre todo, no escupas en el suelo.” Diógenes, que tenía ganas de escupir, le lanzó el lapò a la cara, gritándole que era el único sitio sucio que había encontrado para poder hacerlo.» (Diógenes Laercio.)

¿Quién, después de haber sido recibido por un rico, no ha lamentado no disponer de océanos de saliva para verterlos sobre todos los propietarios de la tierra? ¿Y quién no ha vuelto a tragarse su pequeño escupitinajo por miedo a lanzarlo a la cara de un ladrón respetado y barrigón?

Somos todos ridículamente prudentes y tímidos: el cinismo no se aprende en la escuela. El orgullo, tampoco.

«Menipo, en su libro titulado *La virtud de Diógenes*, cuenta que fue hecho prisionero y vendido y que le preguntaron qué sabía hacer. Respondió: «“Mandar”, y gritó al heraldo: “Pregunta quién quiere comprar un amo”.»

El hombre que se enfrentaba con Alejandro y con Platón, que se masturbaba en la plaza pública («Plugiérese al cielo que bastase también frotarse el vientre para no tener ya hambre»), el hombre del célebre tonel y de la famosa linterna, y que en su juventud fue falsificador de moneda (¿hay dignidad más hermosa para un cínico?), ¿qué experiencia debió tener de sus semejantes? Ciertamente la de todos nosotros, pero con la diferencia de que el hombre fue el único tema de su reflexión y de su desprecio. Sin sufrir las falsificaciones de ninguna moral ni de ninguna metafísica, se dedicó a desnudarle para mostrárnosle más despojado y más abominable que lo hicieron las comedias y los apocalipsis.

«Sócrates enloquecido», le llamaba Platón. «Sócrates sincero», así debía haberle llamado. Sócrates renunciando al Bien, a las fórmulas y a la Ciudad, convertido al fin en psicólogo únicamente. Pero Sócrates —incluso sublime— es aún convencional; permanece siendo *maestro*, modelo *edificante*. Sólo Diógenes no propone nada; el fondo de su actitud y la esencia del cinismo están determinados por un horror testicular al ridículo de ser hombre.

◁ El pensador que reflexiona sin ilusión sobre la realidad humana, si quiere permanecer en el interior del mundo y elimina la mística como escapatoria, desemboca en una visión en la que se mezclan la sabiduría, la amargura y la farsa; y, si escoge la plaza pública como espacio de su soledad, despliega su facundia burlándose de sus «semejantes» o paseando su asco, asco que hoy, con el cristianismo



y la policía, no podríamos ya permitirnos. Dos mil años de sermones y de códigos han edulcorado nuestra hiel; por otra parte, en un mundo con prisas, ¿quién se detendría para responder a nuestras insolencias o para deleitarse con nuestros ladridos?

¿Que el mayor conocedor de los humanos haya sido motejado de *perro* prueba que en ninguna época el hombre ha tenido el valor de aceptar su verdadera imagen y que siempre ha reprobado las verdades sin miramientos.》

Diógenes ha suprimido en él la *fachenda*. ¡Qué monstruo a los ojos de los otros! Para tener un lugar honorable en la filosofía, hay que ser comediante, respetar el juego de las ideas y excitarse con falsos problemas. En ningún caso el hombre tal cual es debe ser vuestra *tarea*. Siempre según Diógenes Laercio:

«En los juegos olímpicos, habiendo proclamado el heraldo: "Dioxipo ha vencido a los hombres", Diógenes respondió: "Sólo ha vencido a esclavos, los hombres son asunto mío".»

Y, en efecto, los venció como ningún otro, con armas más terribles que las de los conquistadores; él, que no poseía más que una alforja, el menos propietario de los mendigos, verdadero santo de la risotada.

Tenemos que agradecer el azar que le hizo nacer antes de la llegada de la Cruz. ¿Quién sabe si, injertada en su desapego, una malsana tentación de aventura extrahumana le hubiera inducido a llegar a ser un asceta cualquiera, canonizado más tarde y perdido en la masa de los bienaventurados y del calendario? Entonces es cuando se hubiera vuelto loco, él, el ser más profundamente normal, porque estaba alejado de toda enseñanza y toda doctrina. Fue el único que nos reveló el rostro repugnante del hombre. Los méritos del cinismo fueron empañados y pi-

soteados por una religión enemiga de la evidencia. Pero ha llegado el momento de oponer a las verdades del Hijo de Dios las de este «perro celestial», como le llamó un poeta de su tiempo.

[BP]

### Triple aporía

El espíritu descubre la Identidad; el alma, el Hastío; el cuerpo, la Pereza. Es un mismo principio de invariabilidad, expresado diferentemente bajo las tres formas del bostezo universal. ✨ ✨ ✨ ✨

La monotonía de la existencia justifica la tesis racionalista; nos revela un universo legal, donde todo está previsto y ajustado; la barbarie de alguna sorpresa no viene a turbar su armonía.

Si el mismo espíritu descubre la Contradicción, la misma alma el Delirio, el mismo cuerpo el Frenesí, es para dar a luz nuevas irrealidades, para escapar a un universo demasiado manifiestamente invariable; y es la tesis anti-racionalista la que triunfa. La eflorescencia de absurdos descubre una existencia ante la cual toda claridad de visión se muestra de una indigencia irrisoria. Es la agresión perpetua de lo Imprevisible.

Entre estas dos tendencias, el hombre despliega su equívoco: al no encontrar su *lugar* en la vida, ni en la Idea, se cree predestinado a lo Arbitrario; sin embargo, la embriaguez de su libertad no es más que un zarandeo en el interior de una fatalidad, pues la forma de su destino no está menos determinada que la de un soneto o la de un astro.

[BP]

### La mentira inmanente

\*\*\* [Vivir significa: creer y esperar, mentir y mentirse.] Por eso la imagen más verídica que se ha creado nunca del hombre sigue siendo la del caballero de la Triste Figura, ese caballero que se encuentra incluso en el sabio más cumplido. El episodio penoso en torno a la Cruz o ese otro más majestuoso coronado por el Nirvana participan de la misma irrealidad, aunque se les haya reconocido una calidad simbólica que fue rehusada después a las aventuras del pobre hidalgo. No todos los hombres pueden tener éxito: la fecundidad de sus mentiras varía... Tal engaño triunfa: resulta una rebelión, una doctrina o un mito y una muchedumbre de fieles; tal otro fracasa: no es entonces más que una divagación, una teoría o una ficción. > Sólo las cosas inertes *no añaden* nada a lo que son: una piedra no miente: no interesa a nadie, mientras que la vida inventa sin cesar: la vida es la *novela* de la materia. > Polvo prendado de fantasmas, tal es el hombre: su imagen absoluta, de parecido ideal, se encarnaría en un Don Quijote visto por Esquilo...

\* (Si en la jerarquía de las mentiras la vida ocupa el primer puesto, el amor le sucede inmediatamente, mentira en la mentira. > Expresión de nuestra posición híbrida, se rodea de un aparato de beatitudes y de tormentos gracias al cual encontramos en otro un sustituto de nosotros mismos. > ¿Merced a qué superchería dos ojos nos apartan de nuestra soledad? > Hay quiebra más humillante para el espíritu? El amor adormece el conocimiento; el conocimiento despierto mata al amor. La irrealidad no puede triunfar

indefinidamente, ni siquiera disfrazada con la apariencia de la más exaltante mentira. Y por otra parte, ¿quién tendría una ilusión tan firme como para encontrar en otro lo que ha buscado vanamente en sí mismo? ¿Un retortijón de tripas nos dará lo que el universo entero no ha sabido ofrecernos? Y, sin embargo, ése es el fundamento de esta anomalía corriente y sobrenatural: resolver entre dos –o más bien, suspender– todos los enigmas, a favor de una impostura, olvidar esta ficción en que flota la vida; con un doble arrullo llenar la vacuidad general; y –parodia del éxtasis–, ahogarse, finalmente, en el sudor de un cómplice cualquiera...)

[BP]

### Rostros de la decadencia

Si, por azar o por milagro, las palabras se volatilizasen, nos sumergiríamos en una angustia y un alelamiento intolerables. Tal súbito mutismo nos expondría al más cruel suplicio. Es el uso del concepto el que nos hace dueños de nuestros temores. Decimos: la Muerte, y esta abstracción nos dispensa de experimentar su infinitud y su horror. > Bautizando las cosas y los sucesos eludimos lo Inexplicable: la actividad del espíritu es un saludable trampear, un ejercicio de escamoteo; nos permite circular por una realidad dulcificada, confortable e inexacta. > Aprender a manejar los conceptos –desaprender a mirar las cosas...> La reflexión nació un día de fuga; de ella resultó la pompa verbal. Pero cuando uno vuelve a sí mismo y se está solo <sin la compañía de las palabras– se re- > descubre el universo incalificado, el objeto puro, el >

[ [acontecimiento desnudo] ¿de dónde sacaremos la audacia para afrontarlos? Ya no se especula sobre la muerte, se es la muerte; en lugar de adornar la vida y asignarle fines, se le quitan sus galas y se la reduce a su justa significación: *un eufemismo para el Mal*. Las grandes palabras: destino, infortunio, desgracia, se despojan de su brillo; y es entonces cuando se percibe a la criatura bregando con órganos desfallecientes, vencido por una materia postrada y atónita. Retirad al hombre la mentira de la Desdicha, dadle el poder de mirar por debajo de ese vocablo: no podrá un solo instante soportar su desdicha. Es la abstracción, las sonoridades sin contenido, dilapidadas y ampulosas, lo que le impidió hundirse, y no las religiones ni los instintos.

[ <Cuando Adán fue expulsado del paraíso, en lugar de vituperar a su perseguidor se apresuró a bautizar las cosas: era la única manera de acomodarse en ellas y de olvidarlas; se pusieron las bases del idealismo. Y lo que no fue más que un gesto, una reacción de defensa en el primer balbuceador, se convirtió en teoría en Platón, Kant y Hegel.>

Para no gravitar demasiado sobre nuestro accidente, convertimos en entidad hasta nuestro nombre: ¿cómo se va a morir uno cuando se llama Pedro o Pablo? Cada uno de nosotros, más atento a la apariencia inmutable de su nombre que a la fragilidad de su ser, se abandona a una ilusión de inmortalidad; una vez desvanecida la articulación, quedaríamos completamente solos; el místico que se desposa con el silencio ha renunciado a su condición de criatura. Imaginémosle, además, sin fe –místico nihilista– y tendremos la culminación desastrosa de la aventura terrestre.>

[ [ <...Es muy natural pensar que el hombre, cansado de

palabras, al cabo del machaconeo del tiempo desbautizará las cosas y quemará sus nombres y el suyo en un gran auto de fe donde se hundirán sus esperanzas. Todos nosotros corremos hacia ese modelo final, hacia el hombre mudo y desnudo...>

[BP]

### *Los nuevos dioses*

Quien se interesa por el desfile de las ideas y las creencias irreductibles debería detenerse en el espectáculo que ofrecen los primeros siglos de nuestra era: hallaría en ellos el modelo mismo de todas las formas de conflicto que se encuentran, en una forma atenuada, en cualquier momento de la historia. Se comprende: es la época en que más se ha odiado. El mérito corresponde a los cristianos, febriles, intratables, expertos de inmediato en el arte de detestar, mientras que los paganos no sabían manejar ya más que el desprecio. La agresividad es un rasgo común a hombres y a dioses nuevos. ✨\*

Si un monstruo de amenidad, que ignorase la aspereza, quisiera empero aprenderla, o saber por lo menos lo que vale, lo más simple sería que leyese a algunos autores eclesiásticos, comenzando por Tertuliano, el más brillante de todos, y acabando, pongamos, por San Gregorio Nacianzeno, bilioso y, sin embargo, insípido, y cuyo discurso contra Juliano el Apóstata le da a uno ganas de convertirse de inmediato al paganismo. Ninguna cualidad se le reconoce allí al emperador, con una satisfacción no disimulada se refuta su muerte heroica en la guerra contra los persas, en la que habría sido muerto por «un bárbaro

que cumplía el oficio de bufón y que seguía al ejército para hacer olvidar a los soldados las fatigas de la guerra con sus salidas y agudezas». Ninguna elegancia, ninguna preocupación por parecer digno de tal adversario. Lo que es imperdonable en el caso del santo es que había conocido a Juliano en Atenas, cuando, siendo jóvenes, frecuentaban las escuelas filosóficas.

Nada más odioso que el tono de los que defienden una causa, aparentemente comprometida, pero triunfante de hecho, que no pueden contener su alegría ante la idea de su triunfo ni impedirse convertir sus mismos espantos en otras tantas amenazas. Cuando Tertuliano, sardónico y tembloroso, describe el Juicio Final, *el mayor de los espectáculos*, como él lo llama, imagina la risa que le dará contemplar tantos monarcas y dioses «lanzando espantosos gemidos en lo más profundo del abismo...». Esta insistencia en recordar a los paganos que estaban perdidos, junto con sus ídolos, daba motivos para exasperarse a los espíritus más moderados. Serie de libelos camuflados de tratados, la apologética cristiana representa el sumum del género bilioso.

Sólo se puede respirar a la sombra de divinidades gastadas. Cuanto más se persuade uno de ello, más se repite uno con terror que si se hubiera vivido en el momento en que el cristianismo ascendía, quizá hubiese sufrido uno su fascinación. El comienzo de una religión (como los comienzos de cualquier cosa) son siempre sospechosos. Sólo ellos, empero, poseen alguna realidad, sólo ellos son *verdaderos*; verdaderos y abominables. No se asiste impunemente a la instauración de un dios, sea cual sea y surja donde surja. Este inconveniente no es reciente: Prometeo lo señalaba ya, él, que era víctima de Zeus y de la nueva pandilla del Olimpo.

Mucho más que la perspectiva de la salvación, era el furor contra el mundo antiguo lo que arrastraba a los cristianos en un mismo ímpetu de destrucción. Como en su mayor parte venían de fuera, se explica su desenfreno contra Roma. Pero ¿en qué clase de frenesí podía participar el indígena, cuando se convertía? Peor provisto que los otros, no disponía más que de un solo recurso: odiarse a sí mismo. Sin esta desviación del odio, insólita en un comienzo, contagiosa después, el cristianismo se hubiera quedado en una simple secta, limitada a una clientela extranjera, la única capaz, a decir verdad, de cambiar los antiguos dioses por un cadáver clavado. Que el que quiera saber cómo habría reaccionado frente a la mudanza de Constantino, se ponga en el lugar de un defensor de la tradición, de un pagano orgulloso de serlo: ¿cómo consentir la cruz, cómo tolerar que en los estandartes romanos figure el símbolo de una muerte deshonrosa? Sin embargo, se resignaron y esta resignación, que pronto iba a hacerse general, nos es difícil imaginar el conjunto de derrotas interiores de las que es resultado. Si, en el orden moral, se la puede concebir como la culminación de una crisis y concederle de este modo el estatuto o la excusa de una conversión, aparece como una traición en cuanto no se la mira más que desde el ángulo político. Abandonar a los dioses que hicieron a Roma era abandonar a la misma Roma, para aliarse a esa «nueva raza de hombres nacidos ayer, sin patria ni tradiciones, conjurados contra todas las instituciones religiosas y civiles, perseguidos por la justicia, universalmente marcados por la infamia, pero gloriándose de la execración común». La diatriba de Celso es del 178. Con casi dos siglos de intervalo, Juliano debía escribir por su parte: «Si se ha visto bajo el reinado de Tiberio o de Claudio a un solo espíritu distinguido conver-

tirse al cristianismo, consideradme como el mayor de los impostores. »

La «nueva raza de hombres» iba a tener que trajinar mucho antes de conquistar a los refinados. ¿Cómo fiarse de esos desconocidos, venidos de los bajos fondos, y todos cuyos gestos invitaban al desprecio? Precisamente eso: ¿por qué medio aceptar el dios de los que se desprecia y que para colmo era de fabricación reciente? Sólo la antigüedad garantizaba la validez de los dioses, se les toleraba a todos, a condición de que no fuesen de fecha reciente. Lo que se encontraba de particularmente fastidioso en este caso era la absoluta novedad del Hijo: un contemporáneo, un arribista... Era él, personaje repelente, que ningún *sabio* había previsto ni prefigurado, el que más «chocaba». Su aparición fue un escándalo al que se tardó cuatro siglos en habituarse. Como el Padre, un viejo conocido, estaba *admitido*, los cristianos, por razones tácticas, se replegaron sobre él y de él se reclamaron: ¿acaso los libros que le celebraban, y de los que los Evangelios perpetuaban el espíritu, no eran, según Tertuliano, anteriores en varios siglos a los templos, a los oráculos y a los dioses paganos? El apologista, ya lanzado, llega a sostener que Moisés precede en varios milenios a la ruina de Troya. Tales divagaciones estaban destinadas a combatir el efecto que podían suscitar observaciones como ésta de Celso: «Después de todo, los judíos, hace ya muchos siglos, se han constituido en un cuerpo de nación, han establecido leyes a su usanza, que guardan todavía hoy. La religión que observan, valga lo que valga y se diga lo que se quiera, es la religión de sus mayores. Permaneciendo fieles a ella, no hacen nada que no hagan también los otros hombres que guardan cada uno las costumbres de su país.»

Ceder al prejuicio de la antigüedad era reconocer implícitamente como los únicos legítimos a los dioses indígenas. Los cristianos estaban gustosamente dispuestos por cálculo a inclinarse ante ese prejuicio como tal, pero no podían sin destruirse ir más lejos y adoptarlo íntegramente, con todas sus consecuencias. Para un Orígenes, los dioses étnicos eran ídolos, supervivencias del politeísmo; San Pablo los había rebajado ya al rango de demonios. El judaísmo los tenía a todos por mentirosos, salvo uno, el suyo. «Su único error –dijo Juliano de los judíos– es que al buscar satisfacer a su dios, no sirven al mismo tiempo a los otros.» Sin embargo, les alaba por su repugnancia a seguir la moda en materia de religión. «Huyo de la innovación en todas las cosas y particularmente en lo tocante a los dioses», confesión que le ha desacreditado y de la que se valen para tildarle de «reaccionario» (Pero ¿qué progreso, cabe preguntarse, representa el cristianismo respecto al paganismo? No hay «salto cualitativo» de un dios a otro, ni de una civilización a otra. Como tampoco de un lenguaje a otro lenguaje. ¿Quién osaría proclamar la superioridad de los escritores cristianos sobre los paganos?) Incluso de los profetas, aunque de otro aliento y otro estilo que los Padres de la Iglesia, todo un San Jerónimo nos confía la aversión que sentía a leerlos, tras haber vuelto de nuevo a Cicerón o Plauto. El «progreso» en aquella época se encarnaba en aquellos padres ilegibles: ¿acaso apartarse de ellos era pasarse a la «reacción»? Juliano tenía toda la razón del mundo en preferir a Homero, Tucídides o Platón. El edicto por el que prohibía a los profesores cristianos explicar a los autores griegos ha sido vivamente criticado, no sólo por sus adversarios, sino también por sus admiradores de todas las épocas. Sin querer justificarle, no puede uno por menos de com-

prenderle. Tenía a fanáticos frente a él; para hacerse respetar le hacía falta de vez en cuando exagerar como ellos, propinarles alguna locura, sin la cual le habrían desdeñado y tomado por un aficionado. Exigió, pues, a esos «enseñantes» imitar a los escritores que explicaban y compartir sus opiniones sobre los dioses. «Pero si creen que esos autores se han equivocado en el punto más importante, ¡que se vayan a las iglesias de los galileos a comentar a Mateo y Lucas!»

A ojos de los antiguos, cuantos más dioses se reconocen, mejor se sirve a la Divinidad, de la que no son más que aspectos, rostros. Querer limitar su número era una impiedad; suprimirlos todos en provecho de uno solo, un crimen. Es de ese crimen del que se hicieron culpables los cristianos. No cabía ya contra ellos la ironía: el mal que propagaban había ganado demasiado terreno. De la imposibilidad de tratarlos con desenvoltura provenía toda la acritud de Juliano.

\* El politeísmo corresponde mejor a la diversidad de nuestras tendencias y de nuestros impulsos, a los que ofrece la posibilidad de ejercerse, de manifestarse, cada una de ellas libre para tender, según su naturaleza, hacia el dios que le conviene en ese momento. Pero ¿qué emprender con un solo dios?, ¿cómo afrontarle, cómo *utilizarle*? Estando él presente, se vive siempre *bajo presión*. El monoteísmo comprime nuestra sensibilidad: nos ahonda estrujándonos; sistema de represiones que nos confiere una dimensión interior en detrimento de la expansión de nuestras fuerzas, constituye una barrera, detiene nuestro desarrollo, nos estropea. Éramos con certeza más *normales* con varios dioses que lo somos con uno solo. Si la *sa-*

*lud* es un criterio, ¿qué retroceso supone el monoteísmo!

Bajo el régimen de varios dioses, el fervor se reparte; cuando se dirige a uno solo, se concentra y exaspera, y acaba por convertirse en agresividad, en *fe*. La energía no está ya dispersa, se dirige toda en una misma dirección. Lo que era notable en el paganismo es que no se hacía una distinción radical entre creer y no creer, entre tener o no tener *fe*. La *fe*, por otro lado, es una invención cristiana; supone un mismo desequilibrio en el hombre y en Dios, arrastrado por un diálogo tan dramático como delirante. De aquí el carácter demencial de la nueva religión. La antigua, mucho más *humana*, te dejaba la facultad de elegir el dios que quisieras; como no te imponía ninguno, era a ti a quien tocaba inclinarse por éste o por aquél. Cuanto más caprichoso se era, más necesidad se tenía de cambiar, de pasar de uno a otro, estando bien seguro de hallar el medio de amarlos a todos en el curso de una existencia. Eran por añadidura modestos, no exigían más que el respeto: se les saludaba, pero no se arrodillaba uno ante ellos. Convenían idealmente a aquel cuyas contradicciones no estaban resueltas ni podían estarlo, al espíritu zarrandeado e incapaz: ¿qué suerte tenía, en su zozobra itinerante, al poder *probarlos* todos y estar casi seguro de dar con ése precisamente que más necesitaba en lo inmediato! Tras el triunfo del cristianismo, la libertad de evolucionar entre ellos y elegir uno a su gusto se hizo inconcebible. Su cohabitación, su admirable promiscuidad había acabado. Tal esteta, fatigado del paganismo, pero todavía no asqueado, ¿se hubiera adherido a la nueva religión si hubiera adivinado que iba a extenderse durante tantos siglos?, ¿hubiera trocado la fantasía propia del régimen de los ídolos intercambiables por un culto cuyo dios debía gozar de una longevidad tan aterradora?

Aparentemente, el hombre se ha proporcionado dioses por necesidad de estar protegido, resguardado; en realidad, por avidez de sufrir. Mientras creía que había multitud de ellos se concedió cierta libertad de juego, alguna escapatoria; limitándose después a uno solo, se infligió un suplemento de coerciones y torturas. No es más que un animal que se odia y se ama hasta el vicio, que podía ofrecerse el lujo de un avasallamiento tan pesado. ¡Qué crueldad con nosotros mismos ligarnos al Gran Espectro y unir nuestra suerte a la suya! *El dios único* torna irrespirable la vida.

◁ El cristianismo se ha servido del rigor jurídico de los romanos y de la acrobacia filosófica de los griegos, no para liberar al espíritu, sino para encadenarlo. Al encadenarlo le ha obligado a ahondarse, a bajar a sí mismo. Los dogmas le aprisionan, le fijan límites exteriores que no debe rebasar a ningún precio; al mismo tiempo, le dejan libre para que recorra su universo privado, para explorar sus propios vértigos, y, a fin de escapar de la tiranía de las certezas doctrinales, para buscar el ser –o su equivalente negativo– en el punto extremo de toda sensación. Aventura del espíritu amarrado, el éxtasis es necesariamente más frecuente en una religión autoritaria que en una religión liberal; es porque, en tal caso es un salto hacia la intimidad, un recurrir a las profundidades, *la huida hacia uno mismo.* >

No habiendo tenido, durante tan largo tiempo, otro refugio que Dios, nos hemos sumergido tan hondo en él como en nosotros mismos (este buceo representa la única hazaña real que hemos llevado a cabo en los últimos dos mil años), hemos sondeado sus abismos y los nuestros, derruyendo sus secretos uno a uno, tras extenuar y comprometer sus substancias por la doble agresión del saber

y de la oración. Los antiguos no fatigaban demasiado a sus dioses: tenían sobrada elegancia para azuzarles o convertirles en objetos de estudio. Como el paso funesto de la mitología a la teología no había sido dado todavía, ignoraban esa tensión perpetua, presente tanto en los acentos de los grandes sinónimos de lo impracticable, y sentimos que está físicamente cortado el contacto que nos une a él, el remedio no reside ni en la fe ni en la negación de la fe (expresiones una y otra de una misma mutilación), sino en el diletantismo pagano o, más exactamente, en la *idea* que nos hacemos de él.

◁ El más grave de los inconvenientes que encuentra el cristiano es no poder servir *conscientemente* más que a un solo dios, aunque tenga la opción, en la práctica, de enfeudarse a muchos (¡el culto de los santos!). Enfeudamiento saludable que ha permitido al politeísmo prolongarse, pese a todo, indirectamente. Sin lo cual, un cristianismo demasiado puro no habría dejado de instaurar una esquizofrenia universal. Cualquier dios, cuando responde a exigencias inmediatas, apremiantes, de nuestra parte, representa para nosotros un aumento de vitalidad, un «latigazo»; no sucede lo mismo si nos es impuesto o si no corresponde a ninguna necesidad. El fallo del paganismo fue haber aceptado y acumulado demasiados: murió de generosidad y exceso de comprensión, murió de falta de instinto.

◁ Si para sobreponerse al yo, esa lepra, no apuesta uno más que a las apariencias, es imposible no deplorar el desvanecimiento de una religión sin dramas, sin crisis de conciencia, sin incitación al remordimiento, igualmente superficial en sus principios y en sus prácticas. En la An-

«...»  
 tigüedad, lo profundo era la filosofía y no la religión; en la edad moderna, sólo el cristianismo fue la causa de la «profundidad» y los desgarramientos de todas clases que le son inherentes.

Son las épocas sin una fe precisa (como la época helénica o la nuestra) las que se atarean en clasificar a los dioses, rehusando dividirlos en verdaderos y falsos. La idea de que puedan equivalerse todos es, por el contrario, inadmisibles en los momentos en que domina el fervor. No podría dirigirse la oración a un dios *probablemente* verdadero. No se rebaja a las sutilezas ni tolera la graduación dentro de lo supremo: incluso cuando duda, lo hace en nombre de la verdad. *No se implora a un matiz.* Todo esto sólo es exacto desde la calamidad monoteísta. Para la piedad pagana, las cosas funcionaban de otra manera. En el *Octavius*, de Minucio Félix, el autor, antes de defender la posición cristiana, hace decir a Cecilio, representante del paganismo: «Queremos adorar a los dioses nacionales: en Eleusis, a Ceres; en Frigia, a Cibele; en Epidauro, a Esculapio; en Caldea, a Belos; en Siria, a Astarté; en Taúride, a Diana; a Mercurio entre los galos y en Roma a todos esos dioses reunidos.» Y añade, respecto al dios cristiano, el único que no es aceptado: «¿De dónde viene este dios único, solitario, abandonado, al que no conoce ninguna nación libre, ningún reino...?»

Según una vieja prescripción romana, nadie debía adorar particularmente a dioses nuevos o extranjeros, si no habían sido admitidos por el Estado, más precisamente por el Senado, el único habilitado para decidir cuáles merecían ser adoptados o rechazados. El dios cristiano surgido en la periferia del Imperio, llegado a Roma por medios inconfesables, iba a vengarse contundentemente de haber sido obligado a entrar en él fraudulentamente.

No se destruye una civilización más que cuando se destruyen sus dioses. Los cristianos, no atreviéndose a atacar al Imperio de frente, la tomaron con su religión. No se dejaron perseguir más que para poder fulminarla mejor, para satisfacer su irreprimible apetito de execrar. ¡Qué desdichados hubiesen sido si no se les hubiese juzgado dignos de ser promovidos al rango de víctimas! Todo en el paganismo, hasta la tolerancia, les exasperaba. Fuertes en sus certezas, no podían comprender que alguien se resignase, como los paganos, a lo probable, ni que se ejerciese un culto cuyos sacerdotes, simples magistrados degradados a las pantomimas del ritual, no impusiesen a nadie la carga de la *sinceridad*.

Cuando se repite uno que la vida no es soportable más que si se puede cambiar de dioses y que el monoteísmo contiene en germen todas las formas de tiranía, deja uno de apiadarse de la esclavitud antigua. Más valía ser esclavo y poder adorar la deidad que se quisiera, que ser «libre» y no tener ante sí más que una sola e idéntica variedad de lo divino. La libertad es el derecho a la *diferencia*; siendo pluralidad, postula la dispersión de lo absoluto, su solventación en un polvo de verdades, igualmente justificadas y provisionales. Hay en la democracia liberal un politeísmo subyacente (o inconsciente, si se prefiere); inversamente todo régimen autoritario participa de un monoteísmo disfrazado. Curiosos efectos de la lógica monoteísta: un pagano, en cuanto se hacía cristiano, caía en la intolerancia. ¡Mejor hundirse con una masa de dioses acomodaticios que prosperar a la sombra de un déspota! En una época en que, a falta de conflictos religiosos, asistimos a los conflictos ideológicos, la cuestión que se nos plantea es la misma que obsesionó a la Antigüedad feneciente: «¿Cómo renunciar a tantos dioses por uno



solo?»; con el correctivo, empero, de que el sacrificio que se nos pide se plantea más bajo, al nivel de las opiniones y no ya de los dioses. (En cuanto una divinidad o una doctrina pretenden la supremacía, la libertad está amenazada.) Si se ve en la tolerancia el valor supremo, todo lo que atente contra ella debe ser considerado como un crimen, empezando por esas empresas de conversión en las que la Iglesia permanece inigualada. (Y si ha exagerado la gravedad de las persecuciones de las que fue objeto y aumentando ridículamente el número de los mártires, es porque, como ha sido una fuerza opresiva durante tanto tiempo, tenía necesidad de cubrir sus fechorías con nobles pretextos: dejar impunes las doctrinas perniciosas, ¿no era acaso una traición respecto a aquellos que se sacrificaron por ella? Así, pues, es por espíritu de fidelidad por lo que procedía a la aniquilación de los «desviados» y así pudo, tras haber sido perseguida durante cuatro siglos, ser perseguidora durante catorce. Tal es el secreto, el *milagro* de su perennidad. Nunca unos mártires fueron vengados con tanto sistema y encarnizamiento.)

Como el advenimiento del cristianismo hubiese coincidido con el del Imperio, algunos Padres (Eusebio, entre otros) sostuvieron que esta coincidencia tenía un sentido profundo: un Dios, un Emperador. En realidad, fue la abolición de las barreras nacionales, la posibilidad de circular a través de un vasto Estado sin fronteras, lo que permitió al cristianismo infiltrarse y hacer estragos. Sin esta facilidad para extenderse, se hubiera quedado en ser una simple disidencia en el seno del judaísmo, en lugar de convertirse en una religión invasora y, lo que es más enojoso, en una religión de propaganda. Todo le vino bien para reclutar, para afirmarse y extenderse, hasta esos funerales diurnos, cuyo aparato era una verdadera ofensa

tanto para los paganos como para los dioses olímpicos. Juliano observa que, según los legisladores de antaño, «en vista de que la vida y la muerte difieren en todo, los actos relativos a una y otra deben ser cumplidos separadamente». Los cristianos, en su proselitismo desenfrenado, no estaban dispuestos a hacer esta disyunción: conocían bien la utilidad del cadáver, el provecho que se podía sacar de él. El paganismo no ha escamoteado la muerte, pero se ha guardado mucho de exhibirla. Uno de sus principios fundamentales es que no se concilia con el pleno día, que es un insulto a la luz; dependía de la noche y de los dioses infernales. Los galileos lo han llenado todo de sepulcros, decía Juliano, que nunca llama a Jesús de otro modo que el «muerto». Para los paganos dignos de ese nombre, la nueva superstición no podía sino parecer una explotación y un lucimiento de lo macabro. Por esto, debían deplorar tanto más los progresos que hacía en todos los medios. (Lo que Celso no pudo conocer, pero que Juliano conoció perfectamente, fueron los vacilantes del cristianismo, los que, incapaces de suscribirlo enteramente, se esforzaban, empero, en seguirlo, temiendo que, si se apartaban de él, se les excluyese del «futuro». Sea por oportunismo, sea por miedo a la soledad, querían marchar al lado de los hombres «nacidos ayer», pero llamados a desempeñar pronto el papel de amos, de verdugos.)

Por legítima que haya sido su pasión por los dioses difuntos, Juliano no tenía oportunidad alguna de resucitarlos. En lugar de ocuparse en ella inútilmente, habría hecho mejor en aliarse por rabia con los maniqueos y zarpar con ellos a la Iglesia. Así, sacrificando su ideal, hubiera al menos satisfecho su rencor. ¿Qué otra carta que la de la venganza le quedaba todavía por jugar? Una magnífica carrera de demoledor se abría ante él y quizá se hu-

biese adentrado en ella de no haber estado obnubilado por la nostalgia del Olimpo. No se libran batallas en nombre de una nostalgia. Murió joven, es cierto: apenas dos años de reinado; si hubiera tenido diez o veinte ante él, ¡qué gran servicio nos habría hecho! Sin duda no hubiese ahogado al cristianismo, pero le habría obligado a una mayor modestia. Seríamos menos vulnerables, pues no habríamos vivido como si fuésemos el centro del universo, como si todo, *incluso Dios*, girase en torno a nosotros.

La Encarnación es el halago más peligroso del que hemos sido objeto. Nos ha dispensado un estatuto desmesurado, desproporcionado con lo que somos. Alzando la anécdota humana a la dignidad de drama cósmico, el cristianismo nos ha engañado sobre nuestra insignificancia, nos ha precipitado en la ilusión, en ese optimismo mórbido que, a despecho de la evidencia, confunde andadura con apoteosis. Más reflexiva, la Antigüedad pagana ponía al hombre en su sitio. Cuando Tácito se pregunta si los acontecimientos son regidos por leyes eternas o si se desarrollan al azar, a decir verdad no responde, deja la cuestión indecisa, y esta indecisión expresa bien el sentido general de los antiguos. Más que nadie, el historiador, confrontado con esa mezcla de constantes y aberraciones de que se compone el proceso histórico, se ve necesariamente llevado a oscilar entre el determinismo y la contingencia, las leyes y el capricho, la Física y la Fortuna. No hay desdicha que no podamos referir, según gustemos, sea a una distracción de la providencia, sea a la indiferencia del azar, sea finalmente a la inflexibilidad del destino. Esta trinidad, de un uso tan cómodo para cualquiera, sobre todo para un espíritu desengañado, es lo más consolador que nos propone la filosofía pagana. Los modernos sienten repugnancia en recurrir a ella, como les repugna

no menos esa idea, específicamente antigua, según la cual los bienes y los males representan una suma invariable, que no puede sufrir modificación alguna. Con nuestra obsesión del progreso y de la regresión, admitimos implícitamente que el mal cambia, sea que disminuye o que aumenta. La identidad del mundo consigo mismo, la idea de que está condenado a ser lo que es, que el futuro no añadirá nada esencial a los datos existentes, esta hermosa idea no tiene ya vigencia; es que precisamente *el futuro*, objeto de esperanza o de horror, es nuestro verdadero lugar; vivimos en él, lo es *todo* para nosotros. La obsesión por el acontecimiento, que es de esencia cristiana, reduciendo el tiempo al concepto de lo inminente y de lo posible, nos hace ineptos para concebir un instante inmutable, que repone en sí mismo, sustraído al azote de la sucesión. Incluso desprovista del menor contenido, la *espera* es un vacío que nos llena, una ansiedad que nos tranquiliza, mientras permanecemos incapaces de la visión estática. «No hay necesidad de que Dios corrija su obra.» Esta opinión de Celso, que es la de toda una civilización, va contra nuestras inclinaciones, contra nuestros instintos, contra nuestro ser mismo. No podemos ratificarla más que en un momento insólito, en un *acceso* de sabiduría. Va incluso en contra de lo que piensa el creyente, pues lo que se reprocha a Dios en los medios religiosos más que en ningún otro sitio es su buena conciencia, su indiferencia a la calidad de su obra y su negativa a atenuar sus anomalías. Nos hace falta *futuro* a todo precio. La creencia en el Juicio Final ha creado las condiciones psicológicas de la creencia en el *sentido* de la historia; aún mejor: toda la filosofía de la historia no es más que un subproducto de la idea del Juicio Final. En vano nos inclinamos hacia tal o cual teoría cíclica, no se trata por nues-

tra parte más que de una adhesión abstracta; nos comportamos de hecho como si la historia siguiese un desarrollo lineal, como si las diversas civilizaciones que en ella se suceden no fuesen más que etapas que recorre, para manifestarse y cumplirse, algún gran designio, cuyo nombre varía según nuestras creencias o nuestras ideologías. >

\* ¿Hay mejor prueba de la deficiencia de nuestra fe que el que no haya para nosotros ya dioses falsos? No hay modo de entender cómo, para un creyente, el dios al que reza y otro dios completamente diferente pueden ser igualmente legítimos. <La fe es exclusión, desafío. > Porque no puede ya detestar a las otras religiones, porque las *comprende*, es por lo que el cristianismo está acabado; la vitalidad de la que procede la intolerancia le falta cada vez más. Ahora bien, la intolerancia era su razón de ser. Para su desdicha, ha dejado de ser monstruoso. Tal como el politeísmo declinante, está aquejado y paralizado por una excesiva amplitud de miras. Su dios no tiene más prestigio para nosotros del que tenía Júpiter para los paganos desechados. >

¿A qué se reduce todo el parloteo en torno a la «muerte de Dios» sino a un certificado de defunción del cristianismo? Por no atreverse a atacar abiertamente a la religión, la toman con el patrón, al que se reprocha ser inactual, tímido, moderado. A un dios que ha dilapidado su capital de crueldad nadie le teme ni le respeta. <Estamos marcados por todos esos siglos en los que creer en Él era temerle, en que nuestro espanto le imaginaba a la vez compasivo y sin escrúpulos. > ¿A quién intimidaría ahora, cuando los creyentes mismos sienten que está superado, que no

se le puede compaginar con el presente y aún menos con el futuro? > Y lo mismo que el paganismo debió ceder ante el cristianismo, igualmente este último deberá plegarse ante alguna nueva creencia; desprovisto de agresividad, no constituye ya un obstáculo a la irrupción de otros dioses; no tienen más que surgir y quizá surjan. Sin duda no tendrán los dioses el rostro ni siquiera la máscara; pero no por ello serán menos temibles.

Para aquel que considera equivalente libertad y vértigo, una fe, venga de donde venga, y aunque fuese antirreligiosa, es una traba salutífera, una cadena deseada, soñada, cuya función será frenar la curiosidad y la fiebre, suspender la angustia de lo indefinido. Cuando esta fe triunfe y se instale, lo que resulta inmediatamente es una reducción del *número* de problemas que debe uno plantearse, así como una disminución casi trágica de las opciones. Te quitan el peso de la elección; escogen en vuestro lugar. <Los paganos refinados, que se dejaban tentar por la religión nueva, lo que esperaban es que justamente se eligiese por ellos, que se les indicase *a dónde* ir, para no tener que dudar en el umbral de tantos templos ni vacilar entre tantos dioses. > Por un cansancio y un rechazo de las peregrinaciones del espíritu, es por lo que se concluye esa efervescencia religiosa *sin credo* que caracteriza a toda época alejandrina. <Se denuncia la coexistencia de las verdades porque ya no se satisface uno de lo poco que ofrece cada una; se aspira a todo, pero a un todo limitado, circunscrito, *seguro*, tan grande es el miedo de caer de lo universal en lo incierto, de lo incierto en lo precario y lo amorfo. > Ese derrumbamiento, que el paganismo conoció en su época, el cristianismo está ahora experimentándolo. Decae, se apresura a decaer; esto es lo que le hace soportable a los incrédulos, cada vez mejor dispuestos a su

respecto. Al paganismo, incluso vencido, todavía le detestaban; los cristianos eran frenéticos que no podían olvidar, en tanto que en nuestros días todo el mundo ha perdonado al cristianismo. Ya en el siglo XVIII se habían agotado los argumentos contra él. Al igual que un veneno que ha perdido sus virtudes, ya no puede salvar ni condenar a nadie. Pero ha derribado a demasiados dioses como para que pueda en estricta justicia escapar a la suerte que les ha reservado. La hora de la revancha ha sonado para ellos. Su alegría debe de ser grande al ver a su peor enemigo tan bajo como ellos, pues que les acepta a todos sin excepción. En los tiempos de su triunfo derribó los templos y violó las conciencias por doquiera que le plugo aparecer. Un dios nuevo, aunque se le hubiese crucificado mil veces, ignora la piedad, lo tritura todo en su camino, se encarniza en ocupar el máximo espacio. De este modo nos hace pagar caro el no haberlo reconocido antes. Mientras era oscuro, podía poseer aún un cierto atractivo: no percibíamos todavía en él los estigmas de la victoria.

Nunca una religión es más «noble» que cuando llega a tomarse por una superstición y asiste, desapegada, a su propio eclipse. El cristianismo se ha formado y se ha extendido en el odio de todo lo que no era él; este odio le ha sostenido durante su carrera; acabada su carrera, su odio acaba también. Cristo no bajará a los Infiernos; le han vuelto a poner en la tumba y esta vez se quedará en ella, no volverá a salir probablemente y jamás: ya no hay a *quien* salvar ni en la superficie ni en las profundidades de la Tierra. Cuando se piensa en los excesos que acompañaron su advenimiento no puede uno impedirse evocar la exclamación de Rutilio Namaciano, el último poeta pagano: «¡Pluguiese a los dioses que Judea no hubiese sido nunca conquistada!»

Puesto que está admitido que los dioses son indistintamente verdaderos, ¿por qué detenerse a medio camino, por qué no predicarlos todos? Sería por parte de la Iglesia una realización suprema: perecería inclinándose ante sus víctimas... Hay signos que anuncian que siente esta tentación. Así, al modo de los templos antiguos, se sentiría honrada recogiendo las divinidades, los residuos de todas partes. Pero, una vez más aún, es preciso que el *verdadero* dios se oculte para que todos los otros puedan resurgir.

[AD]

✱ ✱ ✱ ✱  
 Para concebir la irrealidad y penetrarse de ella es preciso tenerla constantemente presente ante el espíritu. El día que se la siente, que se la *ve*, todo se hace irreal, salvo esa irrealidad, que es la única que hace la existencia tolerable. Es un signo del despertar el tener la obsesión de lo agregado (el sentimiento más y más vivo de ser tan sólo el lugar de encuentro de algunos elementos, soldados por un momento). El «yo», concebido como un dato sustancial e irreductible, desazona más que tranquiliza: ¿cómo aceptar que cese *eso* que parecía sostenerse tan bien? ¿Cómo separarse de lo que subsiste por sí mismo, de lo que *es*? Se puede abandonar una ilusión, por inverrada que sea; pero ¿qué hacer, por el contrario, ante lo consistente, lo duradero? Si no hay más que lo existente, si el ser se exhibe por doquiera, ¿por qué medio apartarse de él sin desvío? Postulemos la engañifa universal por precaución o por medida terapéutica. (Al temor de que no haya nada sucede el de que haya algo. Es mucho más sencillo acomodarse a decir adiós al no ser que al ser. No)

es que este mundo no exista, sino que su realidad no es tal. Todo parece existir y nada existe. Toda búsqueda tramada, incluso la del mismo nirvana, si no se es libre de apartarse de ella, es una traba como cualquier otra. El saber que se convierte en ídolo se degrada en no saber,

como ya lo enseñaba la sabiduría védica: «Están en espesas tinieblas los que se abandonan a la ignorancia; en más espesas todavía los que se complacen en el saber.»

Pensar sin saberlo uno mismo, o mejor no pensar en absoluto, sino quedarse ahí y devorar el silencio, esto es a

to que debería llevar la clarividencia. Ninguna voluptuosidad podrá compararse a la de *saber* que no se piensa.

Se objetará: pero saber que no se piensa, ¿acaso no es todavía pensar? Sin duda, pero la miseria del pensamiento es superada durante el tiempo que, en lugar de saltar de idea en idea, se permanece deliberadamente en el interior de una sola, que rechaza a todas las otras y que se anula a sí misma, desde el punto en que se da como

contenido su propia ausencia. Esta injerencia en el mecanismo normal del espíritu no es fecunda más que si podemos renovarla a voluntad: debe curarnos del servilismo al saber, de la superstición de cualquier sistema.

La liberación que nos seduce, que nos obnubila, no es la liberación. Hagamos que nada sea nuestro, empezando

por el deseo, ese generador de espantos. Cuando todo nos hace temblar, el único recurso es pensar que si el

miedo es real, ya que es una sensación, la *sensación por excelencia*, el mundo que lo causa se reduce a un ensamblamiento transitorio de elementos irreales, que en

suma el miedo es tanto más vivo en cuanto que damos crédito al yo y al mundo, y que debe inevitablemente disminuir cuando descubrimos la impostura del uno y del

otro. No es cierto más que nuestro triunfo sobre las co-

sas, no es cierta más que esa constatación de irrealdad, que nuestra clarividencia establece cada día, cada hora.

«Liberarse es alegrarse de esa irrealdad y buscarla en todo momento.»

[AD]

«Estoy harto de ser yo», se repite cuando aspira uno a huir de sí mismo; y, cuando uno se huye irrevocablemente, la ironía quiere que se cometa un acto en el que se encuentra uno de nuevo, en el que de repente se llega a ser totalmente uno mismo. En esa fatalidad a la que se quiso escapar se cae de nuevo en el instante en que se mata uno, pues el suicidio no es más que el triunfo, más que la fiesta de esa fatalidad.

[AD]

«Hay tantas razones de suprimirse como razones de continuar, con esta diferencia empero: que estas últimas tienen más antigüedad y solidez; pesan más que las otras porque se confunden con nuestros orígenes, mientras que las primeras, frutos de la experiencia, siendo por ello necesariamente más recientes, son a la vez más acuciantes y más inciertas.»

[AD]

«Los horrores de que el universo rebosa forman parte integrante de su sustancia; sin ellos, cesaría físicamente de existir. Sacar las últimas consecuencias de esto no es co-»

meter un «hermoso» suicidio] Sólo merece el epíteto el que surge de nada, sin motivo aparente, «sin razón»: el suicidio puro. Es él –desafío a todas las mayúsculas– el que humilla, el que aplasta a Dios, a la Providencia y hasta al Destino.

[AD]

¿Por qué no me mato? Si supiese *exactamente* lo que me lo impide, no tendría ya más preguntas que hacerme puesto que habría respondido a todas.

Para no atormentarse más hay que dejarse arrastrar a un profundo desinterés, dejar de estar intrigado por este mundo o por el otro, caer en el nada-me-importa de los muertos. ¿Cómo mirar a un vivo sin imaginarlo cadáver, cómo contemplar a un cadáver sin ponerse en su lugar? *Ser* supera al entendimiento, *ser* da miedo.

[AD]

\* Son nuestros sufrimientos los que dan cierto peso a nuestros pensamientos y les impiden convertirse en piruetas; también son ellos los que nos hacen proclamar que no hay realidad en ninguna parte, que ni ellos son reales. (De este modo nos sugieren una estratagema de defensa: triunfamos sobre ellos declarándolos irreales, refiriéndolos a la engañifa general) Si fuesen soportables, ¿qué necesidad habría de disminuirlos y de desenmascararlos? Como no tenemos otra salida que asimilarlos, sea a la pesadilla, sea al capricho, lo más cómodo es optar por este último.

Pensándolo bien, más vale que no haya nada. Si *hubiese* algo, se viviría en la aprensión de no poder hacerse con ello. Puesto que no hay nada, todos los instantes son perfectos y nulos, y es indiferente gozar de ellos o no.

[AD]

Intente lo que intente, nunca será más que la manifestación de una decadencia, patente o camuflada. Durante mucho tiempo he teorizado sobre el hombre-fuera-de-todo. Ese hombre es lo que he llegado a ser, lo que ahora encarno. Mis dudas han llegado a algo, mis negaciones han tomado cuerpo. Vivo lo que antes creía vivir. Por fin me he encontrado un discípulo.

[AD]

Lo propio de un espíritu rico es no retroceder ante la necesidad, ese espantajo de los delicados; de donde les viene su esterilidad a éstos.

[AD]

Felicidad aterradora. Venas en las que se dilatan miles de planetas.

[AD]

Lo que corresponde a quien se ha rebelado demasiado es no tener ya energía más que para la decepción.

[AD]

\* En todo profeta coexisten el gusto por el futuro y la aversión por la dicha.

[AD]

\* Si uno no creyese en su «buena estrella», no se podría efectuar el menor acto sin esfuerzo: beber un vaso de agua parecería una empresa gigantesca e incluso insensata.

[AD]

\* Concebir un pensamiento, un solo y único pensamiento, pero que hiciese pedazos el universo.

[AD]

\* ¿De qué proviene que, en la vida como en la literatura, la rebelión, incluso pura, tenga algo de falso, mientras que la resignación, aunque brote de la abulia, da siempre la impresión de lo verdadero?

[AD]

\* ¡Ser de natural combativo, agresivo, intolerante, y no poder invocar ningún dogma!

[AD]

El pensamiento es destrucción en su esencia. Más exactamente: en su *principio*. Se piensa, se comienza a pensar, para romper lazos, disociar afinidades, comprometer la armazón de lo «real». Sólo después, cuando el trabajo de zapa está ya muy avanzado, el pensamiento se apoltrona y se insurge contra su movimiento natural.

[AD]

Estás obsesionado por el desapego, la pureza, el nirvana, y empero *alguien* susurra en ti: «Si tuvieras el valor de formular tu deseo más secreto, dirías: “Quisiera haber inventado todos los vicios”.»

[AD]

Ya se trate del individuo o de la humanidad en su conjunto, no se debe confundir avanzar y progresar, a menos de admitir que ir hacia la muerte sea un *progreso*.

[AD]

Cada ser es un himno destruido.

[AD]

No se debería conceder crédito más que a las explicaciones por la fisiología y por la teología. Lo que se sitúa entre las dos, nada importa.

[AD]

\*\*\* [Quien no ha muerto joven *merece* morir.

[AD]

\*\* [Sólo es subversivo el espíritu que pone en tela de juicio la obligación de existir; todos los otros, empezando por el anarquista, pactan con el orden establecido.

[AD]

\* [Mis preferencias: la edad de las cavernas y el siglo de las luces.

Pero no olvido que las grutas han desembocado en la Historia y los salones en la guillotina.

[AD]

\*\* [Frívolo y disperso, aficionado en todos los campos, no habré conocido a fondo más que el inconveniente de haber nacido.

[AD]

^ [Estamos todos en el fondo de un infierno, cada instante del cual es un milagro.

[AD]

### España

Cada pueblo traduce en el devenir y a su manera los atributos divinos; el ardor de España permanece, sin embargo, único; si hubiera sido compartido por el resto del mundo, Dios estaría agotado, desprovisto y vacío de Él mismo. Y es para no desaparecer por lo que hace prosperar en *sus países* –por autodefensa– el ateísmo. Teniendo los ardores que ha inspirado, reacciona contra sus hijos, contra su frenesí que le mengua; su amor quebranta Su poder y Su autoridad; sólo la incredulidad le deja intacto; no son las dudas las que le gastan, sino la fe. Desde hace siglos, la Iglesia trivializa sus prestigios y, haciéndole accesible, le prepara, gracias a la teología, una muerte sin enigmas, una agonía comentada, esclarecida. ¿Si está abrumado bajo las oraciones, cómo no lo estaría bajo las explicaciones? Teme a España como teme a Rusia: en ambos sitios multiplica los ateos. Sus ataques, al menos, le permiten guardar aún la ilusión de la omnipotencia: ¡siempre es un atributo de salvación! ¡Pero los creyentes! Dostoyevski, El Greco: ¿hay enemigos más febriles? ¿Cómo no preferiría Él Baudelaire a Juan de la Cruz? Teme a los que le ven y a aquellos a través de los cuales Él ve.

Toda santidad es más o menos española: si Dios fuera Cíclope, España le serviría de ojo.

[BP]



## Teología

\* \* Estoy de buen humor: Dios es bueno; estoy tristón: es malo; indiferente: es neutro. Mis estados le confieren atributos correspondientes: cuando gusto del saber, es omnisciente, y cuando adoro la fuerza, es todopoderoso. ¿Me parece que las cosas existen? El existe: ¿me parecen ilusorias? Él se evapora. Mil argumentos Le apoyan, mil Le destruyen; si mis entusiasmos Le animan, mis malhumores Le ahogan. No sabríamos formar imagen más cambiante: le tememos como a un monstruo y le aplastamos como a un insecto; si Le idolatramos, es el Ser; si Le repudiamos, es la Nada. La Oración, aunque debiera suplantar a la Gravitación, no lograría nunca asegurarle una duración universal: siempre permanecería a merced de nuestras horas. Su destino ha querido que no permaneciese inmutable más que a ojos de los ingenuos o de los ignorantes. Un examen Le revela: causa inútil, absoluto sinsentido, patrón de los bobos, pasatiempo de solitarios, oropel o fantasma según divierta a nuestro espíritu u obsesione nuestras fiebres.

Si soy generoso, se magnifica de atributos; si amargado, se grava de ausencia. Lo he vivido bajo todas sus formas: no *resiste* ni la curiosidad ni la investigación: su misterio, su infinito, se degrada; su brillo se oscurece; sus prestigios disminuyen. Es un traje raído del que hay que desnudarse: ¿cómo seguir revistiéndose de un dios harapiento? Su despojo, su agonía se prolonga a través de los siglos; pero no nos sobrevivirá, pues ya envejece: su estertor precederá al nuestro. Agotados sus atributos, nadie tendrá energía para forjarle otros nuevos; y la criatura que los asumió, para rechazarlos después, irá a reunirse en la nada con su más alta invención: su creador.

[BP]

## El arquitecto de las cavernas

La teología, la moral, la historia y la experiencia de cada día nos enseñan que para alcanzar el equilibrio no hay una infinidad de secretos; no hay más que uno: *someterse*. «Aceptad un yugo, nos repiten, y seréis felices; sed algo y os libraréis de vuestras penas.» En efecto, en este mundo todo es *oficio*: profesionales del tiempo, funcionarios de la respiración, dignatarios de la esperanza, un *Puesto* nos espera desde antes de nacer: nuestras carreras se fraguan en las entrañas de nuestras madres. Miembros de un universo oficial, debemos ocupar una plaza en él por el mecanismo de un destino rígido, que no se relaja más que a favor de los locos; éstos, al menos, no se ven constreñidos a tener una creencia, a afiliarse a una institución, a sostener una idea, a pretender una empresa. Desde que la sociedad se constituyó, los que pretendieron sustraerse a ella fueron perseguidos o escarnejados. Se os perdona todo, con tal de que tengáis un oficio, un subtítulo bajo vuestro nombre, un sello sobre vuestra nada. Nadie tiene la audacia de gritar: «¡No quiero hacer nada!»; se es más indulgente con un asesino que con un espíritu liberado de los actos. Multiplicando las posibilidades de someterse, abdicando de su libertad, matando en sí mismo el vagabundo, así es como el hombre ha refinado su esclavitud y se ha enfeudado a los fantasmas. Incluso sus desprecios y rebeliones no los ha cultivado más que para ser dominado por ellos, siervo que es de sus actitudes, de sus gestos y de sus humores. Salido de las cavernas, guarda de ellas la superstición; era su prisionero, se ha convertido en su arquitecto. Perpetúa su condición primitiva con mayor invención y sutileza;

pero en el fondo, aumentando o disminuyendo su caricatura, se plagia desvergonzadamente. Charlatán *movido por hilos*, sus contorsiones, sus muecas, aún engañan...

[BP]

### *El decorado del saber*

\*\*\* Nuestras verdades no valen más que las de nuestros antepasados. Tras haber sustituido sus mitos y sus símbolos por conceptos, nos creemos más «avanzados»; pero esos mitos y esos símbolos no expresan menos que nuestros conceptos. El Árbol de la Vida, la Serpiente, Eva y el Paraíso, significan tanto como: Vida, Conocimiento, Tentación, Inconsciente. (Las configuraciones concretas del mal y del bien en la mitología van tan lejos como el Mal y el Bien de la ética. El Saber –en lo que tiene de profundo– no cambia nunca: sólo su decorado varía.) Prosigue el amor sin Venus, la guerra sin Marte, y, si los dioses no intervienen ya en los acontecimientos, no por ello tales acontecimientos son más explicables ni menos desconcertantes: solamente, una retahíla de fórmulas reemplaza la pompa de las antiguas leyendas, sin que por ello las constantes de la vida humana se encuentren modificadas, pues la ciencia no las capta más íntimamente que los relatos poéticos.

La suficiencia moderna no tiene límites: nos creemos más ilustrados y más profundos que todos los siglos pasados, olvidando que la enseñanza de un Buda puso a millares de seres ante el problema de la nada, problema que imaginamos haber descubierto porque hemos cambiado

sus términos e introducido un poquito de erudición. Pero, ¿qué pensador occidental podría ser comparado con un monje budista? Nos perdemos en textos y en terminologías: la *meditación* es un dato desconocido para la filosofía moderna. Si queremos conservar cierta decencia intelectual, el entusiasmo por la civilización debe ser barrido, lo mismo que la superstición de la Historia. (Por lo que respecta a los grandes problemas, no tenemos ninguna ventaja sobre nuestros antepasados o sobre nuestros predecesores más recientes: siempre se ha sabido *todo*, al menos en lo que concierne a lo Esencial; la filosofía moderna no añade nada a la filosofía china, hindú o griega.) Por otra parte, no podría haber un *problema nuevo*, pese a que nuestra ingenuidad o nuestra infatuación querrían persuadirnos de lo contrario. (En lo tocante a *juego de las ideas*, ¿quién igualó jamás a un sofista chino o griego, quién llevó más lejos que él la osadía en la abstracción?) Todos los extremos del pensamiento fueron alcanzados desde siempre y en todas las civilizaciones. Seducidos por el demonio de lo Inédito, olvidamos demasiado pronto que somos los epígonos del primer pitecántropo que se puso a reflexionar.

Hegel es el gran responsable del optimismo moderno. \*\*\* ¿Cómo no vio que la conciencia cambia solamente de forma y de modalidades, pero que no progresa en nada? El devenir excluye una realización absoluta, una meta: la aventura temporal se desarrolla sin un objetivo exterior a ella, y acabará cuando sus posibilidades de caminar se hayan agotado. El grado de conciencia varía con las épocas, sin que dicha conciencia aumente con su sucesión. No somos más conscientes que el mundo grecorromano,

el Renacimiento o el siglo XVIII; cada época es perfecta en sí misma, y perecedera. Hay momentos privilegiados en que la conciencia se exaspera, pero jamás hubo eclipse de lucidez tal que el hombre fuera incapaz de abordar los problemas esenciales, pues la historia no es más que una perpetua crisis, una quiebra de la *ingenuidad*. Los estados negativos –que son precisamente los que exasperan la conciencia– se distribuyen diversamente, pero, sin embargo, están presentes en todos los períodos históricos; si son equilibrados y felices, conocen el Hastío –término natural de la felicidad–; si descentrados y tumultuosos, sufren la desesperación, y las crisis religiosas que de ella se derivan. La idea de Paraíso terrenal fue compuesta con todos los elementos incompatibles con la Historia, con el espacio donde florecen los estados negativos.

Todas las vías, todos los procedimientos de conocer son válidos: razonamiento, intuición, repugnancia, entusiasmo, gemido. Una visión del mundo articulada en conceptos no es más legítima que otra surgida de las lágrimas: argumentos y suspiros son modalidades igualmente concluyentes e igualmente nulas. Construyo una forma de universo: creo en ella, y es el universo, el cual se desploma empero bajo el asalto de otra certeza o de otra duda. El último de los iletrados y Aristóteles son igualmente irrefutables y frágiles. Lo absoluto y la caducidad caracterizan la obra madurada durante años tanto como el poeta surgido a favor del instante. ¿Acaso hay más verdad en la *Fenomenología del Espíritu* que en el *Epipsychidion*? La inspiración fulgurante, lo mismo que la profundización laboriosa, nos presentan resultados definitivos e irrisorios. Hoy prefiero tal escritor a tal otro; mañana le tocará la vez a una obra que antaño abominaba. Las crea-

ciones del espíritu –y los principios que las presiden– se resignan al destino de nuestros humores, de nuestra edad, de nuestras fiebres y de nuestras decepciones. Ponemos en tela de juicio todo lo que antaño amamos, y tenemos siempre razón y siempre estamos equivocados; pues todo es válido y todo carece de importancia. Sonríe: nace un mundo; me entristezco: desaparece, y ya se perfila otro. No hay opinión, sistema o creencia que no sea justa y al mismo tiempo absurda, según nos adhiramos o nos separemos de ella.

No se encuentra más rigor en la filosofía que en la poesía, ni en el espíritu que en el corazón; el rigor no existe más que en la medida que uno se identifica con la cosa que se aborda o se sufre; desde el exterior todo es arbitrario: razones y sentimientos. Lo que llaman verdad es un error insuficientemente vivido, aún no vaciado, pero que no podrá dejar de envejecer pronto, un error nuevo, y que espera comprometer su novedad. El saber florece y se seca a la par que nuestros sentimientos. Y si recorremos todas las verdades, es porque nos hemos agotado juntos, y ya no hay más savia en nosotros que en ellas. La Historia es inconcebible fuera de *aquel a quien decepciona*. De este modo, se precisa el deseo de dejarnos arrastrar por la melancolía y de morir de ella...

El verdadero saber se reduce a las vigilias en las tinieblas: sólo el conjunto de nuestros insomnios nos distingue de los animales y de nuestros semejantes. ¿Qué idea rica o extraña fue nunca fruto de un durmiente? ¿Es bueno vuestro sueño? ¿Son apacibles vuestros sueños?: engrosáis la turba anónima. El día es hostil a los pensamientos, el sol los obscurece; sólo florecen en plena noche... Conclusión del saber nocturno: quien llega a una conclusión tranquilizadora sobre lo que sea da pruebas

de imbecilidad o de falsa caridad. ¿Quién halló jamás una sola verdad alegre que fuera válida? ¿Quién salvó el honor del intelecto con propósitos diurnos? ¡Afortunado quien puede decir: «Tengo el saber triste.»

\*\*\*

La Historia es la ironía *en marcha*, la risotada del espíritu a través de los hombres y los acontecimientos. Hoy triunfa tal creencia; mañana, vencida, será maldita y reemplazada: los que la creyeron la seguirán en su derrota. Después viene otra generación: la antigua creencia entra de nuevo en vigor; sus demolidos monumentos son reedificados de nuevo..., en espera de que perezcan otra vez. Ningún principio inmutable regula los favores y las severidades de la suerte: su sucesión participa en la inmensa farsa del Espíritu, que confunde, en su juego, los impostores y los fervientes, las astucias y los ardores. Contemplad las polémicas de cada siglo: no parecen motivadas ni necesarias. Sin embargo, fueron la vida de ese siglo. Calvinismo, quietismo, Port-Royal, la Enciclopedia, Revolución, positivismo, etc..., ¡qué sarta de absurdos... que *debieron* ser, qué derroche inútil, y sin embargo fatal! Desde los concilios ecuménicos hasta las controversias políticas contemporáneas, las ortodoxias y las herejías han asaltado la curiosidad del hombre con su irresistible sinsentido. Bajo disfraces diversos, siempre habrá *anti* y *pro*, sea a propósito del Cielo o del Burdel. Millares de hombres sufrirán por sutilezas relativas a la Virgen y a su Hijo; otros miles se atormentarán por dogmas menos gratuitos, pero igualmente improbables. Todas las verdades constituyen sectas que acaban por tener un destino tipo Port-Royal, siendo perseguidas y destruidas; después sus ruinas llegan a ser veneradas, y aureoladas por la iniquidad sufrida, se transforman en lugares de peregrinaje...

No es más razonable conceder más interés a las discusiones sobre la democracia y sus formas, que a las que tuvieron lugar, en la Edad Media, sobre el nominalismo y el realismo. Cada época se intoxica con un absoluto, menor y fastidioso, pero de apariencia única; no puede evitarse el ser contemporáneo de una fe, de un sistema, de una ideología, el ser, en resumen, de su tiempo. Para emanciparse haría falta tener la frialdad de un *dios del desprecio*...

Que la Historia no tenga ningún sentido es algo que debería alegrarnos. ¿Nos atormentaríamos acaso por una solución feliz del porvenir, por una fiesta final en la que nuestros sudores y desastres corriesen con todos los gastos? ¿A favor de idiotas futuros, exultando sobre nuestras penas y bailoteando sobre nuestras cenizas? La visión de un desenlace paradisiaco supera, por su absurdo, las peores divagaciones de la esperanza. Todo lo que podríamos pretextar en excusa del Tiempo es que se hallan en él momentos más aprovechables que otros, accidentes sin importancia en una intolerable monotonía de perplejidades. El universo comienza y acaba con cada individuo, sea Shakespeare o Don Nadie; pues cada individuo vive *en lo absoluto* su mérito o su nulidad...

¿Merced a qué truco lo que *parece* ser escapó al control de lo que no es? Bastó un momento de inatención, de debilidad en el seno de la Nada: las larvas se aprovecharon; una laguna en su vigilancia: y aquí estamos. Igual que la vida suplantó a la nada, fue suplantada, a su vez, por la Historia: así la existencia emprendió un ciclo de herejías que minaron la ortodoxia de la nada.

### *Sobre un empresario de ideas*

✱✱ Lo abarca todo, y en todo tiene éxito; no hay nada de lo que no sea contemporáneo. Tanto vigor en los artificios del intelecto, tanta facilidad en abordar todos los sectores del espíritu y de la moda –desde la metafísica hasta el cine– deslumbra, debe deslumbrar. Ningún problema se le resiste; no hay fenómeno que le sea extraño, ninguna tentación le deja indiferente. Es un conquistador que sólo tiene un secreto: *su falta de emoción*; nada le cuesta afrontar lo que sea, puesto que no pone en ello ningún acento. Sus construcciones son magníficas, pero sin sal: categorías encorsetando experiencias íntimas, clasificadas como en un fichero de desastres o en un catálogo de inquietudes. Allí están clasificadas las tribulaciones del hombre, lo mismo que la poesía de su desgarramiento. Lo Irremediable puesto en sistema, o en estado de revista, expuesto como un artículo de circulación corriente, verdadera manufactura de la angustia. El público se reclama de ella; el nihilismo de bulevar y la amargura de los mirones se sacian con ella.

Pensador sin destino, infinitamente vacío y maravillosamente amplio, explota su pensamiento, lo quiere en todos los labios. No hay fatalidad que le persiga: nacido en la época del materialismo, hubiera seguido su simplismo y le hubiera dado una extensión insospechable; en el romanticismo hubiera constituido una summa de sueños; si surgido en plena teología, hubiera manejado a Dios como a cualquier otro concepto. Su habilidad para entrarles de frente a los grandes problemas desconcierta: todo es notable en ella, salvo la autenticidad. Profundamente apoético, si habla de la nada, carece de su estremecimiento; sus as-

cos son reflexivos; sus exasperaciones, dominadas y como inventadas *a posteriori*; pero su voluntad, sobrenaturalmente eficaz, es al mismo tiempo tan lúcida, que podría ser poeta si lo *quisiera*, y, añadiría yo, santo, si se empeñase... Al no tener ni preferencias ni prevenciones, sus opiniones son accidentes; uno lamenta que él crea en ellas: sólo interesa el decurso de su pensamiento. Si le oyese predicar en un púlpito, no me sorprendería, hasta tal punto es cierto que se pone por encima de todas las verdades, que las domina y que ninguna le es necesaria ni orgánica...

Avanzando como un explorador, conquista dominio tras dominio; sus pasos son empresas no menos que sus pensamientos; su cerebro no es enemigo de sus instintos; se eleva por encima de los otros, al no haber experimentado ni cansancio, ni esa mortificación odiosa que paraliza los deseos. Hijo de una época, expresa sus contradicciones, su inútil hormigueo; y cuando se lanza a conquistarla, pone en ello tanta consecuencia y tanta obstinación que su éxito y su fama igualan a los de la espada y rehabilitan el espíritu por medios que, hasta ahora, eran odiosos o desconocidos.

[BP]

### *Fisonomía de un fracaso*

Sueños monstruosos pueblan las tiendas de ultramarinos ✱✱ y las iglesias: no he sorprendido a nadie que no viviese en el delirio. Como el menor deseo oculta una fuente de insania, basta con conformarse al instinto de conservación para merecer el asilo. La vida, acceso de locura que estre-  
mece a la materia... Respiro: eso basta para que me encierran. Incapaz de alcanzar las claridades de la muerte, rep-

to en la sombra de los días, y aún *existo* tan sólo por la voluntad de dejar de existir. >

Antaño imaginaba poder pulverizar el espacio de un puñetazo, jugar con las estrellas, detener la duración o maniobrarla a mi capricho. Los grandes capitanes me parecían grandes timoratos; los poetas, pobres balbuceadores; no conociendo en absoluto la resistencia que nos oponen las cosas, los hombres y las palabras, y creyendo *sentir* más de lo que el universo permitía, me entregaba a un infinito sospechoso, a una cosmogonía surgida de una pubertad incapaz de concluir... ¡Qué fácil es creerse un dios por el corazón, y qué difícil serlo por el espíritu! ¡Y con qué cantidad de ilusiones he debido nacer para poder perder una cada día! La vida es un milagro que la amargura destruye.

El intervalo que me separa de mi cadáver es una herida para mí; sin embargo, en vano aspiro a las seducciones de la tumba: no pudiendo separarme de nada, ni cesar de palpar, todo en mí me asegura que los gusanos permanecerían inactivos sobre mis instintos. Tan incompetente en la vida como en la muerte, me odio, y en este odio sueño con otra vida, con otra muerte. <Y, por haber querido ser un sabio como nunca hubo otro, sólo soy un loco entre los locos...>

[BP]

*Quosque eadem?*

\*\*\* ¡Que sea maldita para siempre la estrella bajo la que nací, que ningún cielo quiera protegerla, que se disperse por el espacio como un polvo sin honra! Y el instante traidor que me precipitó entre las criaturas, ¡sea por siempre ta-

chado de las listas del Tiempo! Mis deseos no pueden ya compadecerse con esta mezcla de vida y de muerte en que se envilece cotidianamente la eternidad. <Cansado del futuro, he atravesado los días, y, sin embargo, estoy atormentado por la intemperancia de no sé qué sed. Como un sabio rabioso, muerto para el mundo y desencadenado contra él, sólo invalido mis ilusiones para excitarlas mejor.> Esta exasperación, en un universo imprevisible —donde empero todo se repite—, ¿no tendrá fin jamás? <¿Hasta cuándo repetirse a uno mismo: «Execro esta vida que idolatro»?> La nulidad de nuestros delirios hace de nosotros otros tantos dioses sometidos a una insípida fatalidad. ¿Por qué insurgirnos aún contra la simetría de este mundo cuando el mismo Caos no podría ser más que un *sistema* de desórdenes? Pues nuestro destino es pudrirnos con los continentes y las estrellas, pasaremos, como enfermos resignados, y hasta el final de las edades, la curiosidad por un desenlace previsto, espantoso y vano.

[BP]

# Índice

E. M. Cioran: El alma alerta, por Fernando Savater .....	7
Genealogía del fanatismo .....	13 灵魂
Variaciones sobre la muerte .....	17 灵魂
La soberbia inutilidad .....	20 灵魂
Los ángeles reaccionarios .....	22 灵魂
Sobre una civilización exhausta .....	25 灵魂
Pequeña teoría del destino .....	38 灵魂
Carta sobre algunas aporías .....	47 灵魂
San Pablo .....	99 灵魂
Gogol .....	104 灵魂
La tentación de existir .....	109 灵魂
Adiós a la filosofía .....	127 灵魂
El «perro celestial» .....	130 灵魂
Triple aporía .....	133 灵魂
La mentira inmanente .....	134 灵魂
Rostros de la decadencia .....	135 灵魂

Los nuevos dioses .....	137	***
España .....	163	*
Teología .....	164	**
El arquitecto de las cavernas .....	165	***
El decorado del saber .....	166	***
Sobre un empresario de ideas .....	172	**
Fisonomía de un fracaso .....	173	**
Quosque eadem? .....	174	**